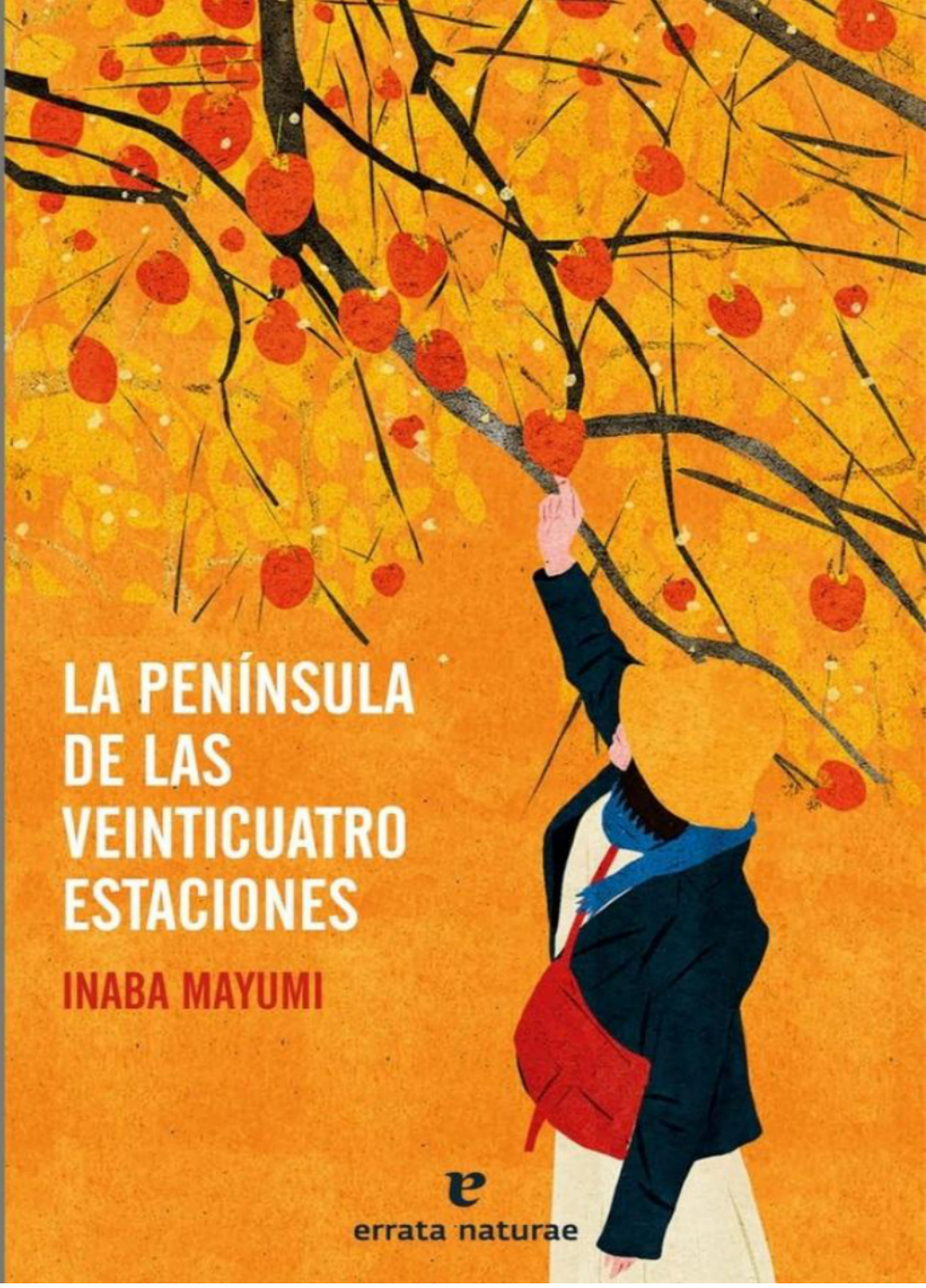
LA PENÍNSULA DE LAS VEINTICUATRO ESTACIONES
INABA MAYUMI
errata naturae

EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO

Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.

Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO_2 por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).

Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Enviromental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.

Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m^2 de plástico).

El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.

Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería ecológica: el 100 % de las recogidas y buena parte de las entregas se hacen andando o en bici. Para las entregas que no se pueden hacer sin medios motorizados hemos elegido a la mensajería con el plan de reducción de emisiones más ambicioso para 2025.

Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.

Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

LA PENÍNSULA DE LAS VEINTICUATRO ESTACIONES

INABA MAYUMI

TRADUCCIÓN DE RUMI TANI MORATALLA

errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2023
TÍTULO ORIGINAL: 半島へ

© Inaba Mayumi, 2011
All rights reserved. First published in Japan in 2011 by Kodansha LTD., Tokyo.
Publication rights for this Spanish edition arranged through Kodansha LTD., Tokyo.

© de la traducción, Rumi Tani Moratalla, 2023
© Errata naturae editores, 2023
c/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-19158-40-6
DEPÓSITO LEGAL: M-20867-2023
CÓDIGO IBIC: FA
IMAGEN DE PORTADA: Xuan Loc
MAQUETACIÓN: Eztizen Uriarte
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

I

Me despierto y me acuesto según el humor del día.

El desayuno de esta mañana consiste en pan, mermelada casera y una sopa con muchas verduras. Me lo acabo, recojo la mesa, pongo la lavadora y saco el futón al sol para airearlo. Después me voy a dar un paseo por el bosque: es mi propio ritual matutino. Me calzo las botas y me echo al hombro la mochila, a la que tengo mucho cariño. Luego bajo la cuesta del jardín para dirigirme hacia el follaje oscuro y frondoso.

A mi espalda se encuentran el gran bosque de bambúes del señor Kurata y mi pequeña cabaña. También la casa de los Mochizuki, que vienen de cuando en cuando de Osaka. Frente a ella se alza la casa de los Hiraoka, que hacen el trayecto desde Nara una vez cada dos o tres meses. Un poco más lejos están la casa y el taller de los Tachibana, unos artesanos que fabrican tinte vegetal y que se mudaron hace tanto tiempo que ya se consideran lugareños. Y, más allá, la de otro matrimonio que también vino a vivir aquí: los Kawahara. Él fue director de una fábrica de papel.

Todas ellas se erigen en terrenos de casi mil metros cuadrados, lo que da una sensación de amplitud. Sus propietarios, de entre sesenta y cinco y ochenta y tantos años, se instalaron en estas tierras después de jubilarse.

Cultivan f rutas y hortalizas de temporada y están en plena forma: juegan al golf o van a nadar a la piscina municipal. El resto del tiempo lo pasan tranquilamente en sus casas. La única en la que se ve cierta animación es el taller de los Tachibana, donde imparten clases de técnica para el tinte vegetal una o dos veces por semana. Los días de clase, se escuchan las risas de sus alumnos, que irrumpen como el rumor del mar.

Mi cabaña se encuentra en un rincón de esa pequeña pedanía, en

una pendiente en forma de V. El camino está asfaltado hasta la casa, antes de terminar bruscamente allí donde comienza la cuesta. Mi cabaña es la última que tiene luz y agua corriente; es decir, que es el límite donde se puede vivir con los servicios básicos. Lo único que hay más allá es un sendero de tierra por el que a duras penas cabría una persona; un coche ya sería imposible. Por lo general, sólo yo lo uso para ir al estuario.

Al final de la pendiente, a mano izquierda, se extiende un gran bosque, y a mano derecha, arrozales abandonados y convertidos en ciénagas.

«¡Claro que era un paseo bonito! Desde aquí se divisaba el mar, y cada lado del sendero estaba rebosante de violetas, arándanos y otras flores silvestres cuyo nombre desconozco. Además, los campos de arroz se extendían hasta el mar. ¿Has visto las típicas imágenes de paisajes rurales en alguna revista? Pues te digo yo que eran como esas fotos. Extensos y llanos, y de un verde intenso. Sí, sí, así eran. En otoño, el bosque se llenaba de setas *matsutake* y *shimeji*, y de niño solía ir a cogerlas. Todavía recuerdo que las cocinábamos en la cazuela de *sukiyaki*. ¡En lugar de carne de buey se comían setas *matsutake*!

¡Todo un lujo!».

El empleado de la tienda de jardinería, que vino con su pequeña camioneta a traerme la tierra que había comprado para el macizo de las flores, me contó sus recuerdos de infancia con el dulce acento tan peculiar de estas tierras sin dejar de mirar el empinado sendero. Ahora, el mar ha quedado oculto por las ramas de los árboles, y tampoco crecen ya las setas *matsutake* ni *shimeji*. Aquellos arrozales que «se extendían hasta el mar» fueron expropiados por la ley de reforma agraria de 1960 y acabaron recuperando el aspecto que tenían antes de ser cultivados.

Las tierras que nadie ocupa se vuelven salvajes. En ellas crecen plumeros amarillos, juncias reales, cañas, bambúes, juncos y cualquier vegetación que aprecie la humedad. La maleza, como la planta camaleón y la espadaña, nunca llega a desaparecer, por mucho que se arranque de raíz.

El arrozal que se vislumbra justo debajo de mi cabaña, de unos ciento treinta metros cuadrados, ha sufrido el mismo destino. Sin embargo, a pesar de ser una ciénaga, no desprende ningún tipo de hedor debido a las corrientes de varios manantiales que recorren la zona. Sus aguas fluyen a los pies de los matorrales de bambú y de los altos juncos, hasta acabar desembocando, al fin, en el mar. Solamente el agua que cambia su curso es capaz de sobrevivir, incluso en tierras áridas.

En el cielo, el canto alegre de los pájaros se entremezcla con los rayos de sol que se cuelan entre el follaje. Un día espléndido, ideal para un paseo. Camino cada vez más rápido. Mi destino es el estuario que se encuentra al final del sendero. Si uno no se distrae, el recorrido no lleva más de diez minutos a pie; sin embargo, siempre me entretengo, intrigada por árboles que no me resultan familiares, o porque se me van los ojos a los nidos que voy descubriendo en lo alto.

Para llegar a mi destino he de atravesar antes un pequeño puente de madera que está al otro extremo de mi terreno en forma de V. Consiste en dos tablas sólidas, de unos treinta centímetros de ancho y un metro y medio de largo, atadas con varias vueltas de cuerda, que fortalecen la estructura y evitan que se deslice. Se construyó hace unos años sobre la acequia que canaliza las aguas de lluvia. Usamos la madera de la librería de mi padre, que murió en 1964; era un mueble muy apreciado.

Cuando se reconstruyó la casa de mi madre hace ocho años, nos deshicimos del viejo mobiliario y de piezas de la casa que ya no nos resultaban útiles. «¡Qué pena!», decía mi madre, mirando afligida la estantería. «Es de madera de ciprés. ¿No la querrá alguien? No me atrevo a tirarla».

Recuerdo que mi padre, que por aquel entonces era profesor de inglés, solía guardar sus libros occidentales favoritos en aquella estantería. Por entonces, cuando estaba repleta de ellos, era del color de la madera recién lijada; sin embargo, una vez vacía, las baldas se habían ennegrecido. Mi madre consiguió transmitirme su pesar y congoja hasta tal punto que acabé llevándomela. Me costó mucho desmontarla cuando decidí construir el puente, porque sus tablas eran gruesas y estaban muy bien ensambladas. Eso sí, la solidez de su madera le proporcionó una estabilidad inigualable.

—¡Qué bien ha quedado! —exclamó mi madre cuando vino a verme.

—¿Verdad? Además, se cruza con comodidad.

—Es Yukio.

—¿Cómo?

—El nombre del puente. Llamémosle Yukio.

Yukio, el nombre de su marido, mi padre, que murió enfermo con tan sólo cuarenta y tres años. El tono ámbar de la madera se fundía con el entorno y, sin explicarme muy bien por qué, me parecía una deidad protectora de esas tierras.

A mi cabaña de la península fueron a parar también las tejas negras y viejas de la casa de mi madre, la piedra para prensar condimentos que estaba en la despensa de la cocina, el tarro de barro fabricado en la región de Seto, para conservar *umeboshi*, y también

una gran vasija de piedra cubierta de telarañas. Las tejas negras sirvieron para bordear el macizo de flores; la gran piedra de prensar, parcialmente enterrada, se convirtió en una losa; los tarros y los jarrones, en bebederos para los pájaros; y la gran vasija de agua, en una maceta para plantar flores a la entrada de la casa.

Hizo falta un tiempo hasta que todos los utensilios y los trastos inútiles provenientes de la casa familiar encontraron su lugar en el nuevo destino; sin embargo, a diferencia de los objetos de plástico o que imitan la madera, éstos suelen ser discretos los coloques donde los coloques. Y, entre todos ellos, el que más se ha fundido con el paisaje y ha resultado realmente útil ha sido el puente de madera que antes era la estantería de mi padre. Lo primero que hago al comenzar el día es atravesarlo. Más arriba discurre un camino asfaltado que rodea la pedanía; si bien podría tomar esa ruta, llego antes al bosque o al estuario por mi itinerario habitual.

Nada más cruzar el puente Yukio, me adentro en un lugar sombrío. Un frondoso vergel donde coscojas, pinos, cipreses, azaleas silvestres y *clethra* crecen por doquier. Aunque apenas quepa una persona en el estrecho sendero, me hace sentir que es posible pasar de un mundo luminoso a uno umbrío con un solo paso.

De repente, me detengo. Se me antoja aburrido dirigirme al estuario sin dar un rodeo. Prefiero atravesar el bosque, de modo que cambio de rumbo. Aunque el trayecto es empinado, sé que me encontraré con sorpresas inesperadas, ya sea cuando lo recorra cuesta arriba o cuesta abajo, agarrándome a los árboles. Nunca me cansaré de contemplar el musgo que cubre los troncos, su verdor henchido de humedad y sus delicadas líneas; además, allí me toparé con esas telarañas gigantescas que penden entre las ramas, que además hacen de paraguas y me protegen cuando llueve.

Hoy hace un día espléndido. Las azaleas silvestres están en su plenitud, con sus pétalos rojos como llamaradas de fuego. Voy caminando por un bosque en el que hasta el aire parece verde. A veces he de pasar por encima de troncos caídos, y otras recojo nueces y avellanas del suelo, que guardo en los bolsillos del pantalón; las hojas con formas curiosas las meto entre las páginas de la guía de plantas que llevo en la mochila.

Cuando llego al estuario, enclaustrado entre las rocas, estoy empapada de sudor. Más allá de las casetas de trabajo de los recolectores de ostras se extiende el océano azul. Unos diminutos pájaros se deslizan volando y atraviesan el cielo.

¿Son chorlitos? Su vuelo es, en verdad, ligero y veloz. Ni un ruido. Tan sólo un claro y vasto cielo que ilumina el estuario.

Hasta hace un mes vivía en un apartamento junto a la bahía de

Tokio. Desde la terraza del cuarto piso de un edificio de diez plantas se divisaba la gran aglomeración de bloques grisáceos y desabridos junto a los cuatro carriles de la carretera nacional. Las filas de coches de noche y de día, las voces de los niños de los colegios vecinos, el estrépito de las obras repartidas por la ciudad, las ensordecedoras sirenas de las ambulancias y los coches patrulla, el estruendo de los moteros que desfilaban en grupo cada noche hasta el dique de la bahía de Tokio… Y el calor tórrido del asfalto que comenzaba al final de la estación de lluvias y duraba hasta el equinoccio de otoño. Todo aquello formaba parte de mis días en Tokio, ya estaba acostumbrada.

Llegué a este paraje nada más terminar el agitado equinoccio de primavera. Había decidido tomarme un descanso, aún no sabía si de seis meses o de un año entero.

¿Me había olvidado de algo? Recostada en el asiento del tren de alta velocidad, iba repasando la lista de tareas una por una. Había avisado del cambio de domicilio para el envío de correo y paquetes. Había cancelado la suscripción a algunos periódicos. Había vaciado la nevera, la caja de arena y el recipiente de comida y agua de mi gato. Al portero del edificio le había notificado mi nueva dirección por si pasaba algo, dejando claro que podía regresar enseguida en caso de emergencia. Había metido las plantas de la terraza en una caja de cartón y las había enviado a mi futura residencia, y había cerrado el gas y el agua. En el interior de mi bolso llevaba mi tarjeta de la Seguridad Social, el pasaporte, la cartilla del banco y las tarjetas de crédito.

En cuanto al trabajo, decidí aceptar solamente aquellas obligaciones que pudiera hacer desde mi nuevo hogar. Avisé debidamente a una pequeña editorial con la que tenía una larga relación profesional y a otro responsable editorial con el que solía tratar. «No me voy al extranjero. Estaré cerca», les dije sin darle mayor importancia. De Tokio a la península de Shima, en la prefectura de Mie3, se tardan alrededor de cinco horas. Si hubiera algún imprevisto, me llevaría medio día regresar.

Un ordenador portátil, un poco de ropa —la imprescindible, para cambiarme—, unas decenas de libros y unos cuantos CD de mi música favorita fue todo lo que me traje de mi piso de Tokio. El único que me acompañaba era mi gato de once años, con el que compartía mi vida. Venía conmigo cada vez que visitaba la península, así que estaba acostumbrado a los viajes en tren de alta velocidad o en otras líneas privadas ferroviarias. En alguna ocasión había maullado en el camino, como pidiéndome que lo sacara lo antes posible, pero solía permanecer tranquilo dentro de la cesta, sin rechistar y sin moverse.

Era la primera vez que me marchaba de la capital para una larga temporada. «¿Qué me esperaría en mi nueva vida?», pensaba en el tren. A pesar de que en parte me invadía un sentimiento de incertidumbre, no pude evitar recordar la sensación de optimismo que me embargó cuando, de joven, abandoné mi ciudad natal con destino a Tokio. En aquel entonces también me decía a mí misma: «Tranquila, sí, tranquila. Todo saldrá bien. Sólo hay que dejar atrás el pueblo, sumergido en la absoluta oscuridad de la noche, y acostumbrarse al resplandor de las luces de neón de la capital». Pensé que ahora era todo lo contrario: se trataba de pasar de las noches luminosas a la oscuridad. «Pronto me acostumbraré», me apaciguaba. «No son más que quinientos kilómetros».

En el paisaje que se me ofrece ahora no hay casi nada que haya sido creado de un modo artificial. Salvo, quizá, los postes que llevan la electricidad a la caseta de los cultivadores de ostras. Por lo demás, únicamente existe la línea continua que une el bosque y la playa, y un sinfín de acantilados, de un gris teñido de rojo.

Acantilados. Lo primero a lo que me habitué cuando llegué a este lugar fueron los acantilados, que dominan el entorno con su rudeza. Y cada vez que aparecen ante mis ojos, soy incapaz de no sonreír al recordar lo equivocada que estaba, pues durante mucho tiempo tuve la errónea convicción de que aquí el terreno era frágil y peligroso. En efecto, creía que era un lugar de restos fósiles, un suelo antiguo.

Sin embargo, nada de ello era cierto. Me había equivocado, y me di cuenta cuando por casualidad me topé con un libro en una biblioteca de Tokio.

En aquel entonces, me dedicaba a clasificar los manuscritos de un viejo investigador y coleccionista de minerales que había publicado por su cuenta La vida de las piedras, en el que explicaba que en algunos estratos podían encontrarse rocas de gran valor. ¿Cómo, que las piedras variaban según el tipo de suelo? No tenía ni la menor idea sobre todo aquello, así que me picó la curiosidad, y busqué entre los libros de geología hasta que encontré un volumen que trataba el tema.

Quería saber en qué suelo se encontraba mi cabaña en la península de Shima, quería saber el nombre de estos estratos calcáreos, secos y quebradizos, y mi mirada se centraba en todos los elementos que constituían mi entorno natural. Así conseguí un documento que indicaba todos los “lugares estabilizados para evitar movimientos del terreno así como las zonas de riesgo”. Mientras comparaba mecánicamente los dos textos, casi grité. Las capas estratigráficas que constituían la península no fueron clasificadas en ninguna parte como zona de riesgo. Mientras que la ciudad de Toba, situada justo al lado, así como el sur de Ise, fueron señalados en varios lugares como

peligrosos, la península no fue mencionada. ¡Estaba convencido de lo contrario!

¿Era esto realmente cierto? Sin poder evitar albergar dudas, leí con gran expectación estos nombres que me eran desconocidos, las listas de eras geológicas. La zona de riesgo ubicada en la aglomeración de Toba pertenece al Paleozoico, período de piedra verde Mikabu, el sur de Ise al período Pérmico y Carbonífero de la capa Chichibu. Paleozoico, rocas verdes Mikabu, Pérmico, Carbonífero, capa Chichibu… Tantos nombres que me arañaron la garganta como textos de sutras.

El suelo de la península de Shima estaba formado por cuatro capas que datan del Cretácico al Jurásico de la era Mesozoica: las capas Izumi, Ryôseki, Torisu y Shimantô. Cretácico, Jurásico, lo sé. La aparición de amonitas y dinosaurios, mamíferos marsupiales y reptiles, las primeras plantas con flores, plantas leñosas como los helechos dando paso a las angiospermas. La raza humana aún no ha hecho su aparición y cruza fugazmente por mi mente la imagen de una Tierra aún inacabada. La nomenclatura que siguió tuvo ecos más suaves, sin que yo pudiera decir por qué. Capas Izumi, Ryôseki, Torisu, Shimantô. Los nombres resonaban con un tono más tierno que no podía explicar.

También aprendí que esta región nació a raíz de agitaciones en la corteza terrestre que habían provocado un retroceso del mar. Entonces, el lugar donde me encontré era una tierra originalmente enterrada bajo el océano. Me costó mucho imaginar lo que había sucedido cien millones de años antes, pero pude capturar la imagen de rocas blancas desnudas que sobresalían por todas partes. Al mismo tiempo, términos como Cretácico y Jurásico me sonaron agradables al oído antes de filtrarse en mí como palabras familiares. Cuando pensaba en el reino de los amonites y los dinosaurios, a los que estuve tentado de considerar en cierto modo como ancestros, el aliento de la era mesozoica hacía estremecer mi sensibilidad. Lo que había aparecido en la Tierra en las primeras etapas de la vida, todo lo que había resistido más allá del diastrofismo, ¡eso fue lo que me hizo sostenerme sobre mis propias piernas! ¡Fue simplemente extraordinario! Al cavar la tierra, ¡quién sabe si no aparecerán preciosos fósiles! La alegre emoción hizo que mi corazón se acelerara.

Le di la vuelta al mapa y noté que la península parecía un pájaro de cuello largo acicalándose el plumaje. Como el extremo de un candado que se curva hacia adentro, la península es como un bastión que

protege la bahía. Mi casita está situada exactamente al borde del paso de los pájaros. "¡El terreno es una extensión del acantilado, ciertamente no tiene la más mínima solidez y debe estar listo para colapsar como si nada!" Esta convicción que había sido mía hasta entonces se hizo añicos al leer esto.

Cuando lo pienso, fue un viaje corto que hice hace unos quince años el que me llevó a decidir construir una casa en la península de Shima. Me había perdido en la orilla interminable, una orilla del mar que se adentraba en el bosque, y había caminado durante un buen medio día. Esta vez, fuera cual fuese el cabo o el estuario en el que me encontrara, mi mirada inevitablemente se topaba con acantilados blancos y secos. Las raíces violentamente retorcidas de los pinos inclinados hacia el mar, los alcornoques aferrados a la pendiente, el verde de los árboles y el azul del mar mezclándose, todo era sorprendentemente hermoso. El suelo que soportaba el peso de todos estos árboles, los acantilados que revelaban los estratos geológicos que los constituían, todo me sedujo.

A menos que… sí, mi yo en ese momento sin duda estaba lleno de ambigüedad. Estaba pasando por un momento problemático. Había dejado a un hombre, había perdido a un amigo precioso, mi vida se deslizaba con la monotonía de los días que pasaban sin encontrar una salida. Quería huir, a cualquier parte, pero huir. Fue en ese momento cuando me encontré con los acantilados, estos bloques de material indefinible, que no desprenden el menor olor humano.

Miro a mi alrededor, todo son acantilados. Además, al estar expuestos al viento del mar, la mayoría de ellos quedan destrozados, como hechos jirones. ¡Qué vacíos están de deseos, qué faltos de comodidades! Eso es lo que me fascinó. Estos acantilados que nadie miraba me tranquilizaron. Y sin embargo… me encontré murmurando.

"¡De todos modos, me dejo llevar fácilmente! ¡Yo, que me había convencido ligeramente de que ésta era la especificidad de la roca! Me culpé, me hubiera gustado disculparme. Pero ya era demasiado tarde. En ese momento, mis ojos sólo vieron las lágrimas. Entiendes, ¿no?, ese deseo de identificarse con algo…"

Sin embargo, mi amor por los acantilados no ha disminuido; la idea de que esta tierra haya sobrevivido desde el principio de los tiempos fortaleció aún más mi apego a la península.

Cuando una tarde de otoño hace dos años sentí una violenta sacudida que sacudió la casa, me sentí extrañamente confiado. Además, esta casa siempre sorprende a quien la visita. Los pilotes

hundidos en el terreno inclinado y la base de hormigón que sostiene la construcción allí arriba, suscitan preocupación general. Todos coinciden cuando miran la casa: “¡Realmente es una vivienda peligrosa!” Construir en una pendiente, en el lado del terreno, ¡de todos modos debería dar que pensar! Además, ¡subir y bajar no es poca cosa!”

Una mujer soltera que llega descuidadamente desde Tokio y tiene una casa construida en un terreno que se ha mantenido llano... Sin duda, esto había contribuido a despertar curiosidad y cierta sospecha.

En la planta baja, una sala de estar de unos veinte metros cuadrados y una habitación japonesa de seis tatamis, arriba una habitación occidental de unos diez metros cuadrados con techo alto. Desde fuera, la casa tiene el aspecto de la hoja de un cuchillo. Pero la solidez del suelo de esta región, que no se ve afectada por los peligros de un deslizamiento de tierra, me permitió permanecer indiferente a todas las advertencias, yo que estaba convencido de que los cimientos sobre los que descansaba eran como tierra de caucho viscosa. Cuando la tierra tembló, pude mantener la calma mientras esperaba que pasara. La lámpara que cuelga de una de las vigas de ciprés que enmarcan el techo ha dibujado círculos de luz como el contorno de una risa. Primero se balanceó hacia la derecha, antes de temblar hacia la izquierda. Luego se añadió un movimiento vertical y las pequeñas olas formaron un círculo que poco a poco desapareció.

Dicen que los shocks vienen después del hecho.

¿Vendrá, no vendrá?

Abrí de par en par el ventanal y miré la pendiente desde la terraza. Desde la oscuridad surgía el canto resonante de los insectos, era como si sus voces vinieran del centro de la tierra. A pesar del terremoto que acababa de producirse, los árboles habían vuelto a su profundo silencio. Ningún ruido, ningún crujido de hojas, ningún ruido sordo del suelo. Reinaba un silencio extrañamente denso.

Ha sido desde entonces. Cuando la gente me decía: “Ah bueno, ¿te vas un rato ahí? En lugar de quedarte ahí, ¿no sería mejor que siguieras yendo y viniendo? ¿Qué significa este cambio de mentalidad? ", respondí: "Entiendes, la tierra me está llamando. Es un terreno desnudo, pero tan fuerte…” Podría fácilmente haber dicho que estaba respondiendo al llamado del Cretácico y del Jurásico. Cualquiera de los dos habría funcionado. Me hizo gracia ver la expresión asustada de mi interlocutor, o incluso su pura y simple negativa a comprender.

“¿La llamada de los estratos, dices? Ésta es una razón que me resulta difícil de comprender. Sin mencionar que Tokio debe ser mucho más conveniente para tu trabajo, ¿verdad?”

Me di cuenta de que no sabía cómo ser convincente. Es más, desde el principio, cuando regresé de un viaje hace unos quince años y decidí construir una pequeña casa en la península, me pregunté cómo justificar ante los ojos de quienes me rodeaban mi actitud irreflexiva. Sí, eso es todo, es porque los acantilados me hechizaron. Sí, ahí lo tienes, no puedo olvidar estas formas que pueden romperse en cualquier momento. Además, en definitiva, ¿no es más atractivo un escondite si está ubicado en un lugar sorprendente?

Al reunir estas razones ambiguas, finalmente me cansé de mi propia irresponsabilidad. Pronto decidí actuar con orgullo y declarar: "¡Como este es un escondite, no necesito contárselo a nadie!" y me acostumbré a ir solo a la península.

Un solo día me bastó para sentirme purificada por el viento que me penetraba. Este día, a veces una semana en verano cuando escapé de Tokio, creó un tiempo de descanso teñido de misterio. En mi oficina, el contestador me avisó que estaba ausente. Podría estar perdiendo algo importante (un trabajo lucrativo o una comida con amigos), pero por lo demás estaba disfrutando plenamente de la alegría que me traía precisamente estar lejos. Es posible que esta alegría me hiciera querer vivir un tiempo en la península, como una extensión de esta plenitud.

Estuve o no allí, los días se sucedían y eran parecidos. A nadie le importaba mi presencia o ausencia. ¿Qué necesidad me hizo estar donde estaba? ¿Qué gané al quedarme en Tokio? No encontraba respuesta y la pregunta acabó transformándose y tomando una nueva forma que me hizo pensar: "Una vez tomada la decisión, las cosas saldrán bien". ¡Podré arreglármelas!”

Sin embargo, sigo sorprendiéndome de haber podido seguir siendo tan ingenuo durante treinta años. Hasta que finalmente tuve una casa en la península, nunca dejé de creer que el único lugar donde podía vivir, el único lugar que necesitaba, era Tokio. A menudo se lo decía a mis amigos. Tokio es maravilloso. ¡No hay manera de que me escape de esto! Me siento cómodo allí. Toda la gente parece turistas. Nos encontramos y listo. No hay nadie que te mire, estado de ánimo que corresponde perfectamente a mi sensibilidad. Estaba dispuesto a llorar mi país natal si eso significaba vivir en Tokio.

Cuando llegué a la capital con el hombre con el que había pasado mi vida, aún no tenía treinta años, salté sobre su cuello y exclamé

entusiasmado: "¡Es fantástico! ¡Toda esta gente! ¡Todas estas cosas! ¡Tendremos que empezar recordando el mapa del metro!"

Alquilamos una casa en las afueras de Nagoya, casi en el campo, rodeada de arrozales, y aunque por la noche las nuevas casas se iluminaban aquí y allá, yo ignoraba las luces de los grandes edificios. Lo que es bien conocido de Nagoya son las galerías comerciales subterráneas y las avenidas de cien metros de ancho, pero, aparte de las torres, la ciudad era mucho menos animada que Tokio.

"Hoy también había mucha gente, ¡la vida era palpable!"

Enfrentándome a los sátiros en el tren, con los pies aplastados por jóvenes impasibles, evitando por poco que me arrebataran el bolso, estaba exultante. El último metro donde había mucho ruido de hombres borrachos con aliento de borracho, las multitudes que me asombraban, la indignación que me animaba ante los gestos de manoseo, todo en Tokio fue para mí la oportunidad de vivir experiencias infinitamente más intensas que en el campo.

Los días libres íbamos a los restaurantes en lo alto de las torres para admirar el paisaje nocturno, frecuentábamos los baños públicos equipados con saunas donde podíamos tumbarnos en la piscina, aprendí a escabullirnos en las intersecciones hacia Shinjuku o Shibuya. sin empujar a la gente. Mi look provinciano no tan elegante iba dando paso a una silueta cada día más relajada.

En las librerías, las últimas novedades se amontonaban como rascacielos, podía adquirir todos los discos que quisiera. Se escuchaba música en cada esquina, y cuando bajaba los escalones de ciertas escaleras oscuras y estrechas señalizadas con carteles y carteles originales, inmediatamente me asaltaban Coltrane o Miles Davis.

Diez años después de mi llegada a la capital nos separamos, pero ni mi pareja ni yo regresamos a nuestra provincia natal. Cuando comencé a vivir solo en un estudio de la ciudad, me decía a mí mismo que aunque estaba lejos de mis amigos y de mi región, tenía Tokio. El lugar donde ahora pasaría mi vida era Tokio. Había tomado la decisión de vivir en esta ciudad. Y ahora, en este lugar tranquilo, frente a esta ría desierta, estuve a punto de decir lo contrario.

Tengo este lugar. Si no tengo Tokio, al menos tengo este lugar. Si me quedo aquí, debo poder sobrevivir. Pero sí, ya que... tal vez la gente se burle de mí, pero este suelo, esta tierra constituye un lugar sólido y fuerte.

Mientras caminaba, pensé en el misterioso giro que habían tomado las cosas. Sin darme cuenta, los papeles de Tokio y la península se

habían invertido. Estaba a punto de convertirse en el centro de mi vida, y Tokio estaba a punto de quedar relegada a un segundo plano. Nunca antes las cosas se habían visto así. Había construido mi vida en Tokio, vivir en otro lugar era impensable. Y ahora me encontraba deambulando de aquí para allá por la península, sin siquiera pretender ir a trabajar... Sí, había acabado por forjar un vínculo entre este lugar y la ilusión de seguir viviendo.

Ahora que he decidido descansar aquí por un tiempo incierto, Tokio se ha ido alejando gradualmente. Ya no sueño con letreros de neón, terminé olvidándome del sabor del coñac estrellado que probé en un bar al que estaba acostumbrado. ¿Adónde se fue el tiempo que paseaba por Ginza, qué fue de mis carreras de tienda en tienda en el barrio de Aoyama, todos esos días en los que me veía adornada con pulseras, collares, pendientes?

Ahora mi vestimenta diaria consiste en pantalones de algodón negros sujetos con tirantes y una camisa blanca de algodón grueso. En los pies, botas de pantera amarillas y negras. Un delantal de jardinería lleno de bolsillos y guantes gruesos de flores. Cuando estuve en Tokio, ni siquiera sabía que existían esos guantes. También tengo un sombrero de paja que me gusta mucho y cuyo color se ha descolorido. Las botas de pantera son porque quiero sentirme cerca de los jaguares y leones que deambulan por los prados.

¡Qué elegancia en mi traje de paseo cuidadosamente elegido! Me sentí en un estado de ánimo conquistador. Quería proclamarme a mí mismo que era un joven imbécil cuando miraba escaparates, envidioso de la ropa cara.

No es imposible que esta manera de sentir las cosas esté ligada a "esta elección de vida" de la que hablaba Nanako.

Nanako… Esta amiga de Tokio desapareció repentinamente. Yo había sido su amiga íntima durante diez años, pero ella había decidido partir hacia el otro mundo. Sólo ella sabía el motivo. A menos que se enfrentara a una situación que ella misma no pudiera explicar. Recuerdo ahora con menos nitidez las palabras que siempre tenía en la boca, "a partir de ahora mi objetivo será sobrevivir", o incluso "quiero acabar con este trabajo de mierda". Como ambos éramos de la misma generación y de la misma profesión, muchas veces recurría a ella para la parte tediosa de la escritura. Ella, que llevaba el pelo como una leona, siempre a la defensiva, ¿había acabado perdiendo el equilibrio?

¿Qué pensaría Nanako cuando me viera "tomando un descanso",

como tan bien lo dije? Poco después de su muerte hice construir la casa en la península. Nunca tendré la oportunidad de pasar tiempo con ella en mi “escondite”. Es lo único de lo que me arrepiento, un arrepentimiento que se me queda en la garganta.

La ría que tengo ante mis ojos, esta orilla tortuosa que se extiende sin fin, es de un brillo enceguecedor. Más allá de la bahía, una isla deshabitada parece un pastel de arroz. Hoy en día no se ven barcos navegando hacia la isla. Cuando los barcos van y vienen, la ría se cubre de espuma blanca, pero ahora sólo lo envuelve agua azul. Sólo escuchamos el chapoteo del agua contra las rocas, porque el mar empieza a subir.

Parece que las costas de las rías tienen otro nombre, el de “valle hundido”. Al sufrir ataques del mar y levantamientos de la corteza terrestre, la costa se habría convertido en un valle perdiendo sus suaves formas. Si la compleja configuración de la península presenta violentas asperezas, también cuenta con un gran número de promontorios y profundas oquedades capaces de acabar con un ser humano en poco tiempo.

Aunque las olas de la ría parecen tranquilas, basta con dar un paso hacia el mar para descubrir otro mundo, formado por innumerables huecos invisibles en la playa, quizás esto es lo que le dio el nombre de "valle hundido". Más allá de la ría hay otro promontorio que al redondearse presenta una nueva ría, y así sucesivamente. Allá donde caminamos descubrimos el mismo paisaje, que ninguna demarcación altera. Miré hacia abajo desde lo alto de un acantilado y pude ver que era un paisaje que no conocía límites. Un mundo luminoso, sin gente, sin coches, sin semáforos.

Me digo que una metrópoli también esconde muchos valles donde corremos el riesgo de ser tragados. Nanako podría haber caído allí y no volver a levantarse nunca más, Nanako, a quien un solo eslabón era incapaz de sujetar.

Hoy también voy a dar una vuelta por la península. Mientras contemplo la bahía desde lo alto de un acantilado, me dejo llevar por un momento en esta tranquilidad solitaria, me trago. Ahuyento la imagen de Nanako con los rododendros rojos como telón de fondo. La luz que viene del mar hace deslumbrar la blancura de las mangas de mi blusa.

Cuando regresé de mi caminata, encontré una montaña de brotes de bambú recién cortados frente a la entrada. Sin duda fue el Sr. Kurata

quien los dejó. Eran nueve, de buen tamaño.

Parece que el año pasado, Kurata desenterró más de trescientos en tres meses. Era temporada alta, estaban desbordados de trabajo. Recoger, cocinar, pelar, cortar en trozos del mismo tamaño y poner en frascos desinfectados. En el tanque colocado a la entrada del jardín siempre había agua hirviendo. La madera procedía del bambú y entre dos recogidas echamos un vistazo a la olla, levantando la tapa de madera para ver cómo avanzaba la cocción. Todos los gestos se repitieron al mismo ritmo, creando una intensa actividad.

Los días de lluvia se sucedían y el crecimiento de los brotes era vertiginoso. Afortunadamente, el compartir con la gente del barrio se intensificó en la misma medida.

Se me olvidó cuando Kurata dijo:

"Cuando cruzas un bosque de bambú, pierdes las ganas de dormir. Los bambúes pueden absorber toxinas que se encuentran en el cuerpo.

— ¿Los bambúes absorben toxinas? ¿Cómo es eso?"

Hice la pregunta en un tono ligeramente burlón. Kurata simplemente asintió y dijo: "Probablemente debido al tallo que es hueco, perfectamente vacío por dentro. ¿No crees que es como el universo? Además, los brotes de bambú crecen varios centímetros al día. Esta energía, pues, debe penetrarnos, seguramente. Cuando cruzo un bosque de bambú, tengo la impresión, cómo decirlo, de que nunca moriré. ¡Tengo setenta años, pero creo que aún me quedan treinta por delante!"

¿El bambú estaba realmente hueco por dentro?

A Kurata le encantaba la pesca, venía a menudo desde Nara, donde él y su esposa tenían su casa, pero alguien que había conocido por casualidad había puesto en venta un terreno al que se sumaban casi tres mil metros cuadrados de bosque de bambú. Como era bastante rara una casa con un bosque de bambú, no lo dudó y, a pesar de la feroz oposición de sus allegados, vino a instalarse allí después de su jubilación. Desde entonces, el bosque de bambú se había convertido en un lugar sagrado para Kurata.

Saqué una olla enorme que había comprado el año pasado del armario debajo del fregadero de la cocina e hice los preparativos para cocinar. Cuando quité la tierra, se extendió un olor fuerte. Un dulce olor a tierra mezclado con hojas podridas.

A partir de ese día, las comidas durante casi una semana consistirían en platos de brotes de bambú. En finas tiras crudas, escaldadas, adornadas con miso, cocidas en arroz, doradas en aceite, mezcladas

con huevo batido. Como en esta temporada todas las casas del barrio compartían los brotes de bambú, cuando nos encontramos todos decían:

"¡Siento que van a crecer bambúes dentro de mi cuerpo!"

— Por cierto, me parece que has crecido un poco, ¿no crees?

— ¡No tienes idea de cuánto me agrada lo que dices! ¿Podría ser esto un efecto del extracto de bambú?

— ¡Digamos simplemente que es simplemente gracias al Sr. Kurata!"

III

Unos días antes, Kayoko había prometido darme miel.

Llamé para ver si podía pasar. Ella dijo que sí sin la menor duda.

Sin que nos diéramos cuenta, el sol se había vuelto más caliente. Me puse el sombrero de paja y me puse una bolsa vacía en la espalda.

Pasé por delante de la casa Mochizuki cuyas contraventanas permanecían cerradas, pasé por la casa Hiraoka y me dirigí hacia el este, frente al camino que conduce a la ría. Después de caminar durante aproximadamente un cuarto de hora por una carretera asfaltada, nos encontramos con una aldea de algunas casas, todas ellas habitadas desde hace varias generaciones. Las tejas de una de ellas, aparentemente muy grandes, reflejan los rayos del sol. Otro tiene cajas alineadas a la entrada del jardín sobre las que se secan plantas marinas. Debe pertenecer a un criador de algas; Todas estas casas parecen estar atravesadas por un pasillo interminable y dan la impresión de gran tranquilidad.

En la cima de la colina, en la vertiente sureste, se encuentra la propiedad de Kayoko y su marido. Ni valla ni puerta. La casa está construida como una granja, se entra directamente desde la carretera. Delante de la puerta de entrada crece un pequeño seto bajo, se ha extendido grava para el coche y descubrimos, colgado de una rama de árbol que sobresale del costado de la carretera, un cartel que dice Miel Ochi. Cuando el cartel está colgado, significa que hay alguien allí. Las letras dibujadas en tinta china con un movimiento vigoroso son de la mano de Yôji, su marido.

Detrás de la pequeña furgoneta estacionada, hay otro edificio que Kayoko llamó “taller de miel”. ¡Buen día! " Llamé. Asomó la cabeza fuera del pequeño edificio, su rostro iluminado por una sonrisa

amistosa.

"Me preguntaba si no lo habías olvidado". Además, ¡podría habértelo traído también!" dijo, agitando la mano para invitarme a pasar.

La cosecha parecía prácticamente terminada, y sobre la mesa de la pequeña fábrica brillaban tarros de cristal de un hermoso color dorado. Cada frasco recibió la luz que entraba por la ventana y brilló intensamente. Un olor dulce flotaba en la habitación, el líquido transparente y denso era tan hermoso que no pude contener un grito de admiración.

"¡Qué transparencia! ¡La miel está cubierta de oro!

—Es porque es puro. Espera un minuto, limpiaré la mesa".

El color de la miel varía según las flores que hayan visitado las abejas. Parece que el amarillo oscuro es para la miel de colza y el blanco cremoso para la miel de acacia. Así aprendí de boca de Kayoko las diferencias de matices.

La miel de color amarillo claro que llenaba los frascos era miel de temporada, extraída del trébol. Me gustó la densidad de la miel de acacia, pero probablemente tendría que esperar un poco.

"Un bote de dos kilos, ¿te conviene?

- Sí.

— Es un poco pesado para llevarlo a casa, ¿no?

— No te preocupes, tengo lo que necesitas".

Al mismo tiempo, golpeé mi mochila que no había desabrochado. Este bolso rojo oscuro es parte de mi elegante conjunto isleño. Tengo varios, rojos, azules, beige claro, todos resaltados por el verde del bosque.

Kayoko metió el tarro de miel que pesaba en una bolsa del supermercado, mientras decía: "Qué bueno, estaba pensando que era hora de preparar una taza de té". Tan pronto como una visitante llega al taller, comienza a preparar té, sea cual sea la hora. Esta es una de las razones que me hace venir al taller de Ochi.

Suele servir té inglés, probablemente porque combina bien con la miel. A veces me hace probarlo para preguntarme qué pienso. Dado que el té está destinado a un uso específico, Kayoko elige cuidadosamente las hojas en función de cómo complementan la miel y las compra en línea todos los meses. La bebida siempre es fragante y tiene un sabor delicado.

"¡El otro día vi un árbol que goteaba!" anunció Kurata en voz alta, mientras aparecía silenciosamente entre los bosques de bambú,

mientras yo ponía a secar la ropa. “¡Te das cuenta, un árbol que gotea!

— ¿Qué fluye? ¿Qué quieres decir con qué fluye?” No podía creer mi sorpresa, y Kurata comenzó a explicarme de qué se trataba. Unos días antes, había aprovechado la recolección de brotes de bambú para talar algunos árboles que obstruían el paso por el bosquecillo de bambú. Por la mañana, notó que los árboles estaban todos mojados a pesar de que no había llovido.

“¡Dios! ¿No es esto simplemente un efecto del rocío nocturno?” Al mismo tiempo, me puse las botas apresuradamente y lo seguí, sólo para descubrir varios árboles tirados entre los bambúes. Los troncos contiguos estaban todos mojados, cortados a unos treinta centímetros del suelo, y el agua goteaba silenciosamente sobre la corteza. A causa de este líquido transparente, la corteza, áspera como la piel de un elefante, parecía cruda.

Acerqué mi mano, el baúl mojado estaba tan frío como el suelo helado. Me parecía que los árboles derramaban lágrimas, pero me guardé ese sentimiento.

Siempre le daba un pequeño informe a Kayoko una vez que me sentaba en un taburete en el taller. También fue a ella a quien le revelé por primera vez mi intención de vivir una temporada en la península. Luego me dijo: “No sé tus razones, pero al fin y al cabo la casa es tuya, sólo tienes que quedarte allí todo el tiempo que quieras, hacer sólo lo que quieras y cuando te sientas libre. , regreso a Tokio. Sin embargo, una cosa que quiero que sepas es que, aunque todo parezca ideal, ¡no faltan los inconvenientes!”

Estas sinceras palabras me hicieron bien. También aquí hubo dificultades y discordias. En el caserío también. Lo que Kayoko quiso decir, simplemente, es que el cielo no existe en ninguna parte.

“¿Árboles goteando? Oh, sí, lo sé, Kurata me lo contó, pero ya sabes, no tiene nada de extraordinario.

— ¡Es inteligente! ¡Tú también lo sabías!” Dije, un poco decepcionado.

La miel artesanal tuvo un gran éxito en el barrio, y la gente que venía a instalarse en la zona venía muy seguido. Kurata también. El día que él trajo brotes de bambú, ella le sirvió una taza de té, y fue en esa ocasión que él le habló de los árboles mojados.

“Es la primera vez que vi eso, quedé asombrado, árboles que absorben agua y la escupen, eso no es común ¿no?”

Kayoko admitió el hecho con calma, mientras vertía con cuidado agua caliente sobre las hojas.

“En mi opinión, debe ser el árbol llamado mochinoki, que es un tipo de tuya. No recuerdo exactamente, pero hace unos años, en verano, vi estos árboles por cuyos troncos corría agua, parecía un aguacero. Estaban plantadas en los canales de los arrozales y se podía oír claramente el sonido del agua que aspiraban. Era como si el suelo mismo estuviera cantando.

— Árboles que beben agua, ¡parece de película de terror!

— Cuando los hombres tienen sed, sacian su sed, ¿no? Bueno, los árboles hacen lo mismo. Cuando no llueve, ponen todas sus fuerzas en absorber agua”.

Kayoko conocía bien los árboles del bosque y siempre me sorprendía con sus conocimientos. No podía creer lo mucho que sabía sobre las diferentes bayas, cuáles eran comestibles y cuáles no. Cuando caminaba con ella, de repente exclamó: "Qué delicioso, su boca morada de moras, cuando no está untada con el jugo rojo del madroño o las picantes fresas silvestres".

Vestida con un mono y una toalla blanca al cuello con la marca de alguna tienda, Kayoko vivía en la antigua aldea, pero algo en ella la distinguía del resto de habitantes. Sin duda porque antes de casarse había vivido en Tokio. Una vez me contó que conoció a su marido, Yôji, que entonces trabajaba en una empresa de cerámica y vivía solo en Fuchû en un alojamiento reservado para los empleados. Kayoko vivía en la misma ciudad que su madre y trabajaba en la industria del metal en Tokio.

"¿Metalurgia?"“

No pude establecer la conexión entre Kayoko, tan pequeña y esbelta, y la metalurgia, a tal punto que no pude evitar mirarla de pies a cabeza sin la menor restricción.

“Pero sí. Fue mi tío quien me recomendó, él mismo vivía en una urbanización destinada a trabajadores. Era una pequeña empresa que fabricaba pernos y tornillos, y cuando había mucho trabajo ayudaba a revisar las piezas y limpiarlas también. Aprendí a hacer muchas cosas, originalmente ¡soy una mujer de hierro!” dijo en broma, riendo.

No podía creerlo, ignorante como estaba de los motivos que habían convertido a la "dama de hierro" en esposa de un fabricante de líquido adiposo. Kayoko, intrigada a su vez al verme quedarme con la boca abierta, continuó:

“La empresa que me contrató estaba al borde de la quiebra. Fui la primera en ser despedida, obviamente, por ser mujer. Estaba impaciente, lleno de desilusión y rabia. Fue mientras corría por un

terraplén del río Tama que lo conocí…”

Cuando Kayoko habla de su marido, siempre parece feliz.

“En ese momento, mientras yo corría con rabia en el corazón, él también estaba disgustado por las relaciones humanas que imperaban en la empresa donde trabajaba. Aparentemente, estaba dudando entre regresar con sus padres o quedarse en Tokio. Después de cruzarnos cada mañana, terminamos intercambiando un saludo y… ¡digamos que ambos éramos corredores con el corazón roto!”

¿Qué, la dama de hierro y el corredor de maratón con el corazón roto? Ahora entendí y le pregunté si seguían corriendo juntos.

Agitó sus frágiles brazos en el aire y se rio antes de decirme que no, por supuesto.

"¡No tengo tiempo!" Cuidar la urticaria me lleva todo el día. También hay que vigilar el origen de la miel, el campo de tréboles, ¡ya sabes!”

De hecho, fue cerca de un campo de tréboles donde nos conocimos. Una primavera, algunos años después de haber construido la casa en la península, traje a mi madre, que entonces todavía estaba sana, de su provincia de Aichi, y dimos un paseo juntas. Íbamos por un camino que yo nunca había tomado, con intención de bajar a la ría.

Grité, creyendo ver el mar frente a mí, pero eran terrazas de arroz. El trébol estaba en plena floración, era como si los arrozales estuvieran cubiertos por una alfombra rosa. Alrededor, un bosque de alcornoques en pendiente. ¡Que haya arrozales en lo más profundo de un bosque! No encontré palabras, solo le grité a mi madre: “¡Mira, mira!”

También cerca de la casa de mis padres había una finca que cultivaba trébol. A menudo iba a divertirme en los campos suavemente inclinados de un hermoso color rosa, hacía ramos de flores o me los ponía en el pelo. Las hojas delicadas, las florecitas adormecidas. Mis tobillos quedaron atrapados en las raíces retorcidas. Como en ese momento no sabía que el trébol era un tesoro utilizado como fertilizante y pasto, creí que un amante de las flores venía a sembrar semillas. Un buen día, el campo de tréboles se transformó en un fraccionamiento de casas nuevas.

“Hacía mucho tiempo que no veía un campo de tréboles tan grande”, dijo mi madre.

— Sí, me trae recuerdos”.

Los dos continuamos charlando mientras contemplamos el campo inclinado. Si prestabas atención, podías ver abejas volando por todas

partes. El ligero susurro de sus alas establecía una correspondencia con los arroyos a nuestros pies y los pétalos de rosa.

Sin embargo, un temblor apenas perceptible llenaba mis oídos, estaba de espaldas al campo, cuando a un lado del camino apareció un alto muro de piedra, y llegamos frente a una casa antigua medio escondida por el bosque. Era la única casa. Dimos la vuelta al lado sur, bastante sorprendidos de encontrar una casa allí. Una vieja puerta estaba abierta y podíamos ver la madera partida de la puerta principal y el piso de tierra. El gran tejado de tejas estaba medio destruido y las paredes se estaban desmoronando. Estos muros de adobe en mal estado completaban el aspecto de la casa que estaba desequilibrada. Debe haber sido una granja abandonada hace mucho tiempo.

Fue mi madre quien notó una gran cantidad de cajas alineadas en el vasto jardín. Algunos estaban uno encima del otro. Eran un poco más pequeñas que las cajas que se usaban para almacenar las hojas de té.

"¿Qué podría ser?"

— En cualquier caso, es impresionante. ¿Echamos un vistazo?"

Justo cuando estábamos a punto de cruzar el umbral, una fuerte voz nos detuvo.

"¡No, no entres! ¡Hay urticaria!"

Una mujer frágil pero esbelta se acercó a nosotros. Parecía un poco más joven que yo. Mono con blusa a cuadros de manga larga, botas, la cabeza cubierta con un sombrero con un velo que le llegaba hasta la barbilla. Guantes de goma y encima unos puños blancos que cubrían el codo. Los ojos que se podían ver a través del velo eran grandes y vivaces. Nos quedamos allí y ella se cruzó de brazos para decirnos que no nos permitían entrar, antes de explicarnos en voz baja: "Entiendes, las abejas corren el riesgo de picar a los extraños, ¡así que ten cuidado!"

Dije riendo: "¡Esa vez realmente nos asustaste!"

— Yo también, ya sabes, tenía miedo. Porque muy a menudo la gente entra en pánico al ver las abejas, y ellas, que suelen ser pacíficas, se vuelven agresivas en cuanto intentamos ahuyentarlas con grandes gestos. A veces atacan en grupos. Si alguien es alérgico, es un gran problema. Puedes morir si tienes mala suerte. ¿Quieres intentar que te piquen una vez para ver?"

A menudo teníamos la oportunidad de repetir nuestro primer encuentro, y cada vez charlábamos con total familiaridad, entre risas. No sé qué tiene Kayoko, pero por mi parte, si la amé inmediatamente fue porque algo en ella me recordaba a Nanako, mi amiga que había

muerto. Ella que había dicho que quería terminar con "su trabajo de mierda", su expresión sincera y feroz se superponía con la cara de Kayoko regañando a mi madre y a mí, y cada vez que venía a la península, mis pasos me llevaban naturalmente al taller de miel.

Según Kayoko, cada una de estas cajas contenía un enjambre, y al menos entre diez y veinte mil abejas iban y venían, incluso entre treinta y cuarenta mil en algunos casos. Las colmenas que había visto en el jardín de la casa en ruinas eran cincuenta, de modo que si mi madre y yo hubiéramos entrado sin darnos cuenta, ¡podríamos haber sido atacados por un batallón de un millón de abejas!

El campo de tréboles que habíamos visto en el camino lo alquilaba la pareja para alimentar a las abejas; En cuanto a la casa en ruinas, pertenecía a personas que se habían mudado al pueblo, quienes se la alquilaron por un año. Como no había otras casas cerca, la ubicación era perfecta para instalar colmenas. Las abejas que habíamos visto en el campo de tréboles sin duda formaban parte de un enjambre del taller de Ochi. Parece que algunos comparan el susurro de las alas de las abejas que forman un enjambre gigantesco con una “ópera grandiosa”, a la que lamentablemente no pudimos acercarnos. Probablemente sólo lo sepan aquellos que se preocupan por la miel. Kayoko siempre va y viene entre su casa y la granja en ruinas. ¿Cómo se ve el temblor de las alas?

La pareja no tiene hijos. En cuanto a sus gustos, me contaron un detalle curioso: aunque ambos son apicultores, a Kayoko le gustan las abejas japonesas, mientras que su marido tiene preferencia por las abejas de origen occidental. Están acostumbradas a desplazarse para buscar alimento de un campo a otro, Yôji instala las colmenas en un camión y, de primavera a verano, viaja por todo Japón en busca de flores para sus abejas. Las abejas japonesas permanecen en grupos y buscan alimento sin tomar ninguna decisión, lo que permite a Kayoko cuidar sola de las colmenas en ausencia de su marido. Este es el momento en el que silenciosamente extrae la miel y elabora en el taller el líquido espeso que distribuye en tarros. La mayoría de las veces, ella es quien repara las máquinas o herramientas averiadas.

“Ya sabes, las máquinas son como animales, a fuerza de manipularlas entienden lo que decimos. Llevo unos veinte años haciendo miel. ¡Así que yo también me siento como una abeja! Dijo Kayoko, riendo. Para mí, Tokio ha estado en la niebla durante mucho tiempo. El ruido y el temor son las abejas que me los dan, ¡y es exactamente como si estuviera en medio de una encrucijada!”

No sé nada de las diferentes especies, abejas japonesas u otras, pero el taller está perfumado todo el año con un olor dulce, como el de la maravillosa lámpara de Aladino.

La miel de trébol que me regalaba Kayoko cada vez que estuve en la península me duró seis meses, aunque la usé con moderación. Estos dos kilos de jugo de trébol que habían recogido las abejitas... Todas las mañanas tomo una cucharada y me unto unas tostadas. Lo puse en yogur. Yo lo uso para espesar salsas. Y siempre, en un rincón de mi mente, aparece la primera visión de las colmenas y del campo de tréboles, y oigo el estremecimiento del aire que vibra con el batir de las alas de las abejas que se cruzan frenéticamente.

A los adictos al trabajo se les compara a veces con las abejas recolectoras, pero a diferencia de los seres humanos, trabajan incansablemente, con sólo dos meses invernales de descanso durante los cuales no necesitan moverse mucho, y parece que sólo viven unos cinco meses. La tarea de la reina es aparearse con los machos para poner dos mil huevos en un día, y cuando ha cumplido su misión, la sucede otra reina. Los machos dan su vida para fecundar a la reina y las demás abejas no tienen nada que ver con la cópula y sólo se agotan en el trabajo, buscando flores para recoger néctar. Luego mueren discretamente, sin dejar arrepentimientos.

"¡Qué determinación! ¡Dedica tu vida a cumplir tu misión!" No oculté mi asombro.

Fertilizando, poniendo huevos, trabajando, a esto se reducía su breve existencia. No lo encontramos más sencillo ni más sobrio. Los seres humanos no podemos imaginar una vida así, prisioneros como estamos de nuestros deseos, de nuestra sed de amar, de nuestras pasiones. ¿Sería tal modo de vivir el símbolo de la ausencia de deseo y del desinterés absoluto? Este sistema, imposible de poner en práctica para un hombre que no puede olvidar el disfrute del amor carnal, fue el fundamento de la vida de Kayoko y Yôji.

"Dime, ¿la hembra elige al macho antes de copular? Por ejemplo, puede que ella prefiera un hombre machista o puede que no quiera si su cabeza no vuelve a ella, ¿qué sé yo? "Kayoko simplemente se encogió de hombros. "Puedes imaginar que nunca he pensado en la pregunta. Porque finalmente, el destino de las abejas es dejar en el mundo a la próxima generación y supongo que ninguna elección precede al acto, ¡hay que hacerlo más o menos según sucede!" ¿Sin castidad ni fidelidad, entonces? Kayoko me miró con lástima. "¡Pero después de todo, sólo los hombres tienen consideraciones morales!

¿Está ahí? Ahí está la abeja reina. Los machos se agrupan alrededor. Eso es todo. No hace falta buscar más, el orden de la naturaleza es sencillo".

Si confiamos porque la reina es vigorosa, por una razón u otra el enjambre desaparece en una sola noche, pero cuando miramos con atención, vemos que ha nacido una nueva reina. ¿De dónde viene el nuevo enjambre que entra en la colmena vacía, como humo negro? Siguiendo su vuelo con la vista y escuchando el sonido de las alas, han pasado veinte años, me dijo Kayoko.

"Aunque estoy en constante contacto con las abejas, sólo encuentro enigmas. Lo único que logré entender es que están llenos de inteligencia e independencia. Tanto la reina como los zánganos y obreras conocen desde su nacimiento el papel que les ha sido asignado. ¡Cuando pensamos en los seres humanos!… Realmente me pregunto qué deseo los impulsa. ¿Sabías que ellos mismos regulan la temperatura de la colmena? Cuando hace calor, agitan sus alas constantemente para airear los huevos; si hace frío, se agrupan como un escudo a su alrededor para protegerlos y que no mueran. ¡Y esto, las veinticuatro horas del día en pleno invierno, sin el más mínimo respiro! Los admiro. También saben cuando se acerca la muerte. Quizás estén orgullosos de morir después de completar su misión. Pero ya sabes…" Aquí, la expresión de Kayoko se oscureció. "Desde hace algún tiempo, ha habido algo más que muertes naturales. ¡Un misterio más!"

Hace unos años, parece que en el taller de miel se habían visto desaparecer varios miles de abejas japonesas. Un helicóptero había rociado una nube de insecticida y, debido al viento, el producto había cubierto un área mayor de lo esperado. Ciertamente, era una explicación plausible. Pero como las abejas no hablan, quedó la duda y nos vimos obligados a contentarnos con creer que el insecticida era el único responsable.

"Cuando aparecen los bichos de la madera, son más fuertes que yo, me contrajo. Pero tampoco puedo evitar que el helicóptero intervenga por nuestra culpa, algunos agricultores lo necesitan, así que obviamente…" explicó Kayoko, sacudiendo la cabeza con preocupación.

Era precisamente la temporada en la que iban a aparecer las chinches, estos insectos que desprenden un olor nauseabundo difícil de soportar si se tiene la mala suerte de tocarlos.

Desde entonces ya no voy al campo de tréboles. Me encantaría

escuchar la “gran ópera”, pero me niego a morir bajo el ataque de un enjambre. Hay una razón más profunda, y es que ahora veo a través de la miel el destino frágil y efímero de las abejas recolectoras que solo viven unos pocos meses. Me pasa por la mente la imagen de la pequeña celda donde la reina no deja de poner sus huevos, estos huevos blanquecinos emergiendo del vientre hinchado en una dolorosa procesión.

La reina que ponía huevos todos los días, las obreras que recogían el polen desaparecieron hace mucho tiempo. El suave temblor de las alas sobre el néctar dorado, la silenciosa soledad que permite escuchar la música de las alas, las células hexagonales de estas abejas que dan su vida y cuyos restos yacen amontonados, me ponen en un estado febril. estado. Por eso no quiero desperdiciar ni una sola gota de este beneficio matutino.

En la habitación sonaba suavemente una música, un disco que la propia Kayoko había compilado. La canción Imagine de John Lennon, After a Dream de Fauré, Dream of Love de Liszt, Wake in the Sky de Matsutôya Yumi, The Beautiful Blue Danube de Strauss. Este disco, que unía música pop y música clásica sin distinción, me molestó.

“¿Si pudieras arreglar un poco las cosas?…

— No, así está bien, porque pone de buen humor a las abejas. Puede que no me creas, pero la miel es más dulce”, dijo Kayoko, luciendo completamente seria. Esta espesa miel que estaba absorbiendo aparentemente contenía la música que impregnaba las paredes. Lennon, Fauré, Liszt, el extracto sonido había penetrado la miel.

Independientemente de que la recopilación de Kayoko fuera popular o no, sus elecciones demostraron vívidamente que ella estaba a favor de la paz mundial y que tenía un temperamento romántico.

Sobre la mesa humeaban dos grandes tazas de té. Ese día, Kayoko había recogido hojas de menta que cultivó frente al jardín. Sólo uno fue suficiente para darle al té un aroma fresco. Como de costumbre, echamos una gran cantidad de miel en nuestras tazas. Mientras bebía, Kayoko dijo:

“El trébol es bueno, la acacia también, pero un día te daré la mejor miel del mundo. Sólo puedo cosecharla una vez, después de varios años. Tiene el aroma del bosque que te encanta, ya puedes esperar probarlo.

— ¿Miel del bosque?

- Eso es todo. Miel de bosque. ¡Es una miel muy especial, enteramente pura y densa, de una densidad incomparable!” Ella

enfatizó las palabras.

IV

El bosque.

Sólo necesito decir esta palabra para sentir que me encuentro con lo desconocido. Cuando me levanto por la mañana y abro las contraventanas para descubrir el cielo azul, experimento una alegría pura. La certeza de poder caminar por el bosque me hace saltar de alegría.

A veces camino con Kayoko, pero a menudo no puedo compartir mis paseos con ella, ya que está ocupada cuidando a sus abejas. Además, es mejor entrar solo al bosque. Porque el silencio suele ser más fructífero que el intercambio de palabras. Al dejarnos llevar por la conversación, corremos el riesgo de perder de vista lo esencial.

Siempre estoy solo cuando hago descubrimientos. El año pasado encontré un nido de pájaros carpinteros moteados en un tronco grande. Todas las preguntas que me había hecho hasta entonces fueron respondidas inmediatamente, un poco más y me eché a reír. De hecho, temprano en la mañana, escuché un ligero ruido que sonó como un golpe en un árbol. Como esto era algo cotidiano, me preguntaba quién podría estar clavando clavos a una hora tan temprana. Era el sonido que hacía el pájaro al golpear con el pico el tronco en busca de insectos.

Todavía estaba solo cuando descubrí capullos salvajes durante una caminata. En un rincón del bosque, los racimos de uva colgaban de una morera. Las semillas eran de color verde claro y al principio se podría pensar que eran vainas de guisantes. Si entendí inmediatamente que eran capullos fue gracias a un criador al que había ido a buscar trabajo hace unos quince años en la provincia de Gunma.

Los capullos que podemos ver en esta época del año suelen estar perforados con pequeños agujeros, porque las orugas transformadas en mariposas arrancan sus crisálidas al volar.

Recogí estos capullos salvajes vaciados de su sustancia y los alineé en un estante frente a la entrada de la casa. Al instante, la pequeña entrada pasó a ser parte del bosque, y me pareció que yo, que vivía en esta casa, era parte del bosque.

No son sólo los seres vivos, animales u otros, los que habitan el bosque. El bosque está constantemente lleno de presencias invisibles. El aire azul, por ejemplo, la fina niebla de la mañana, el humo blanquecino que se eleva no se sabe dónde. A veces cosas más misteriosas, el olor a bacterias o microbios. Sólo alguien acostumbrado a caminar por el bosque es capaz de detectar este olor, tan tenue, tan delicado.

Diferente al olor del humus, diferente al del liquen, diferente nuevamente a la savia de los árboles. Por supuesto, tampoco es el olor a fertilizantes ni a pesticidas. Al tratar de encontrar una combinación con un color, es un olor gris azulado. Ligeramente plateado, suave y fresco.

Ansioso por respirar ese olor, suelo dejar abierta la puerta de entrada cuando estoy aquí, así como el ventanal de la terraza. A través de la mosquitera, el aire pasa en direcciones que varían según el día.

En la península nunca cierro la puerta con llave. En su interior, un viejo modelo de televisión, un pequeño frigorífico de dos puertas, un sofá que venía de lo de mi madre y cuyos muelles han perdido su fuerza, una mesa y sillas tambaleantes, por no hablar de ropa de segunda mano y una vieja estantería, también. como unas pocas docenas de libros. Si un ladrón entra por la fuerza, sólo se sentirá decepcionado. Lo único que no me gustaría que desapareciera es el ordenador que uso para mi trabajo, intercambiando correos electrónicos entre otras cosas, pero por lo demás no me arrepentiría.

A veces mi hermana y mi madre me reprochan mi imprudencia, pero me conformo con responder que la vida encerrada en dobles cerraduras, puertas metálicas y doble cristal es buena para Tokio. En su lugar, escuche el canto del ruiseñor o del pájaro de anteojos, el sonido del viento y el susurro de las hojas, ¡la melodía del agua que fluye por el pantano! ¿No parecería un barrido mágico?

Sarasara, sawasawa, sôsô, sayusayu, suyusuyu, sayo…No, definitivamente, ¡dejar las puertas y ventanas cerradas aquí sería pecado!

Dejo mi sermón aquí. Después, murmuro cosas para mí mismo.

…Y eso no es todo. Aspira un poco el aroma del aire, con los ojos cerrados. Simplemente creo que es el olor de las bacterias que se esparcen por el suelo. ¿Me estás siguiendo? No hay ni hombre ni mujer. Sólo hay reuniones y separaciones. Y, sin embargo, difunde un aroma erótico. Todo crece libremente, sin olor a podredumbre. Nada que ver con el olor de los humanos. Bueno, yo también quiero vivir y desarrollarme así…

Al gato también le encantaba el bosque. A través del hueco de un mosquitero decidió qué camino tomar y desapareció y regresó varias veces durante el día. Algo que había estado tranquilo en la vida del apartamento estaba saliendo a la luz, y él estaba adoptando el estilo de vida de los gatos en libertad. Sin duda él era mucho más consciente que yo de las incesantes transformaciones de la vida forestal.

Yo, que crecí en una región perfectamente plana, una llanura situada a cero metros sobre el nivel del mar, creía hasta que entré en el jardín de infancia que el suelo se extendía hasta el infinito sin el más mínimo relieve.

Pronto supe la existencia del horizonte, de la altitud, y cuando supe escribir la palabra toga, “col”, entendí que había algo en la Tierra más que llanuras. Aprendí que a gran altura había prados, que estaban marcados con líneas sinuosas en los mapas, así como montañas. Dejando a un lado el placer de observar mapas, llegué a los veinte años sin saber qué era un bosque, conociendo sólo las mesetas. Nunca me abandonó la idea de que vivir en una llanura era el colmo del aburrimiento.

Siempre fue en un bosque donde sucedieron las cosas en las historias. El bosque donde secuestraban a los niños, que estaba lleno de hadas, brujas, fugitivos. Ogro y ogresa, Reina de las Nieves. Mis favoritos eran los cuentos de Grimm que mi abuela me leía a menudo. Caperucita Roja devorada por el lobo, Rapunzel encerrada en una torre, Jeannot y Margot cuyos padres los abandonaron y cuyo encuentro tuvo lugar en una casa de galletas en el bosque. En otro bosque, Blancanieves, perseguida por una madrastra, vivía con enanos; en otros lugares, una princesa dormía esperando al príncipe azul.

¡Qué encantador era el bosque!

El bosque era para el niño que yo era un lugar lleno de aventuras y sorpresas. Al mismo tiempo, incluso si nos perdíamos, la regla era que

algún día podríamos encontrar la salida. En su inocencia, los niños lo creyeron. Como Jeannot y Margot, si superáramos los desafíos, descubriríamos un nuevo yo, una nueva felicidad. La Reina de las Nieves y la Bella Durmiente terminaron conociendo al Príncipe Azul (más tarde, me pregunté por qué todos los Príncipes Azules, sin excepción, caminaban por el bosque; mucho más tarde aún, me di cuenta de sus intenciones secretas) y todos encontraron la felicidad al final. Los cuentos siempre tenían los mismos preceptos: mantente alerta, ten paciencia, sé sabio y obediente, y el Príncipe vendría algún día.

Le pregunté a mi madre que estaba junto a mi cama:

"Dime, ¿por qué no hay bosque aquí? ¿No hay bosque?"

Entonces ella respondió:

"Pero sí, lo hay. Los árboles que rodean el santuario. Sin olvidar el bosque que está ahí para proteger a los dioses tutelares".

¡No merecía el nombre de bosque, todo eso! ¡Árboles flacos aquí y allá! ¡Cómo podría haber Príncipes Azules en lugares como éste!

En cualquier caso, el bosque era un mundo de otra naturaleza, infinitamente alejado de la llanura. De todas las páginas de los cuentos se elevaba una niebla de miedo imbuida de un encanto irresistible.

Los bosques de los cuentos de mi juventud se sustentaban en las cándidas ensoñaciones de la infancia, pero de adulta, la poderosa atracción y la íntima cercanía que sentía hacia los bosques nunca se desvanecieron, es porque entendí que allí estaba el jardín secreto de las mujeres. . Fue gracias a un novelista francés que lo descubrí. No recuerdo a qué libro corresponde este o aquel pasaje, pero esto es aproximadamente lo que ella dice. A ver, trato de recordar...

… Sí, en la Edad Media los hombres siempre estaban ausentes, iban a la guerra o a otros lugares, las mujeres eran obligadas a quedarse solas en el pueblo. Pasaron meses y meses en sus cabañas al borde del bosque. Su soledad es difícil de imaginar. Es la consternación y la angustia lo que explica su recurso a la naturaleza para calmar sus corazones. ¿Cómo no hablar con los árboles, las plantas y los animales salvajes? En ocasiones escuchaban las voces de los árboles y las plantas, recolectaban hierbas medicinales y calmaban el dolor de sus heridas, tanto corporales como mentales. Unirse a la naturaleza para suavizar la soledad ha sido una forma de no perderse desde tiempos prehistóricos. ¿Qué más podrían hacer, dime? Ya estaban hartos de los asesinatos. En el bosque se sintieron seguros, una fuerza misteriosa los

protegía. Esto es lo que creían las mujeres, por su ingenuidad y su resistencia. Pero aparecieron hombres, que organizaron su caza alegando que estas mujeres que hacían pociones eran brujas a las que había que destruir, y las quemaban vivas. Miles, cientos de miles de mujeres perecieron así... ¡Qué cosa tan horrible! ¡Qué tragedia tan injusta! Así empezó la caza de brujas. No se debe cuestionar el animismo ni las creencias locales. ¡Todas estas mujeres sólo querían encontrar la paz en la naturaleza!

El bosque es un refugio, una forma de refugio. Las hojas suaves le sirven de lecho, basta buscar un poco para descubrir alimento. Sin duda de vez en cuando confeccionaban ropa arrancando la corteza de los árboles. El bosque donde no hay hambre era una preciosa despensa, un verdadero tesoro de la vida cotidiana. Yo, que estaba convencido de que el bosque era un lugar para hombres que lo recorrían armados de herramientas y armas, un lugar creado para hombres que llevaban un objeto misterioso en el pantalón, vi mientras leía estos libros las piras donde las llamas devoraban a las mujeres, Escuché los gritos de estos amantes del bosque. Incluso ahora, cuando camino por el bosque, escucho las voces de estas mujeres que me dicen: "¡No temas, porque este es un lugar hecho para nosotras!"

Sin embargo, ya no estamos en la Edad Media. Aunque todavía persisten ciertas creencias relacionadas con las plantas medicinales, casi nadie puede ir a recogerlas y la mayoría de las mujeres ya no están familiarizadas con el bosque. Especialmente aquellos que han hecho de las grandes ciudades su refugio. Sé de lo que hablo, ya que ayer mismo fui uno de ellos.

En apartamentos o casas donde la vida diaria es fácil, estamos rodeados de cemento y rejas. Un paso afuera y todo lo que necesita está a su alcance, en el cercano distrito comercial. Además, todo está limpio. Los sanitarios, los baños públicos, desinfectados, desodorizados, están grabados en mi cabeza como algo que me pertenece. El único vagabundo en este mundo desinfectado, quizás la cucaracha.

El bosque donde abundan parásitos y bacterias desconocidos, donde corremos el riesgo de encontrarnos con serpientes y tejones, incluso jabalíes, presenta un aspecto totalmente opuesto a la higiene y al artificio que rigen en las metrópolis. Es precisamente este salvajismo que sólo posee el bosque lo que lo ha convertido en un lugar muy alejado de los beneficios que proporcionaba en la Edad Media. El bosque ya no es el refugio que salva a quienes allí se pierden; incluso

hay personas que mueren por esta tierra húmeda, vencidas por la espesa oscuridad de los árboles y los gritos de los animales nocturnos.

La imagen de una mujer cruza por mi mente. Nunca la conocí, pero en el bosque, de repente se me aparece su recuerdo.

Esta mujer vivió aquí por un tiempo. En el fraccionamiento "Lis des sables". Cuando tomo el autobús para ir y venir entre las segundas residencias y la ciudad donde voy a hacer la compra, veo a la derecha casas en venta, construidas en una ladera de montaña urbanizada. Puede que el área de la subdivisión no sea tan grande como la nueva ciudad de Tama en Tokio o los proyectos de vivienda pública de Takashimadaira, pero aquí el lugar se considera un barrio destinado a los recién llegados a la región. Varias decenas de casas nuevas se apiñan en la ladera de la montaña arrasada. Todos tienen el mismo aspecto, con sus techos de tejas naranjas al estilo del sur de Europa, sus paredes completamente blancas y sus balcones de madera. Las paredes de terracota son ahora de un color un poco menos brillante, pero cuando se puso a la venta por primera vez, debía ser una urbanización llena de encanto, un encanto de otra parte.

Lo que me contaron fue la historia de una mujer casada que vino de una gran ciudad a vivir en una de estas casas.

Por cierto ¿quién me habló de ella? Recuerdo que era un taxista al que conocía. Yo estaba sentado atrás. Mientras conducía, miró hacia el barrio de Lis y empezó a decirme lentamente:

"¿Ves esta subdivisión? ¡Imagínense que hay una mujer de Osaka que se quedó apenas un año! Entiendes, aquí no hay lugar para distraerse. Tampoco hay muchos residentes. Parece que la calma circundante lo asustó. Además, en estas casas se pueden escuchar todas las conversaciones de los vecinos, el sonido de la cisterna del inodoro, el sonido de la televisión, la música, incluso la gente tosiendo o hipo. Bueno, la mujer en cuestión casi pierde la cabeza... Su marido la llevaba a jugar al golf, o a dar un paseo, así que a menudo tenía la oportunidad de llevarlos en coche, también a mis compañeros, pero la señora se estaba volviendo cada vez más extraña. No solo escuchaba los ruidos que hacían los vecinos, no, escuchaba cosas en su cabeza, cómo decirlo, ah sí, como alucinaciones auditivas, sí, eso le terminó pasando. Finalmente regresaron a Osaka y parece que tuvo que ser hospitalizada".

Dejé escapar una exclamación de sorpresa, pero el conductor continuó sin prestar atención:

"¡Enfermándome por el silencio!" ¡Sí, estas cosas pasan!

“Debió sentirse aislada, seguramente”, dije, con la impresión de haber rozado a una de esas mujeres medievales abandonadas en el bosque, que se habían transformado. Al mismo tiempo, al igual que el escritor francés que relacionaba el bosque con las mujeres, me preguntaba qué habría pasado si la mujer del barrio de Lis hubiera podido conocer el bosque lleno de riquezas. Si hubiera tenido el bosque a su lado, el bosque capaz de hablar con los árboles, los animales, el viento... tal vez no habría sentido esta soledad...

Pero me imagino otro escenario. Esta mujer debía estar acostumbrada desde hacía mucho tiempo a un refugio sólido que la protegiera del peligro. Y sin duda el miedo le había impedido adentrarse en el bosque, en ese lugar misterioso cuyos límites desconocemos. Quizás a ella tampoco le gustaban especialmente los pájaros ni los árboles. La calma que se extendía a su alrededor, durante los días que pasó sola, había tomado la forma de un abismo. Su cuerpo, acostumbrado al ruido de las grandes ciudades, no había logrado acostumbrarse al silencio del lugar.

La calma que impregna los lugares junto al mar, especialmente si los rodea un bosque, es de un carácter especial. A mí también me sorprendió el ruido de los martillos neumáticos procedentes de obras de construcción lejanas. Las voces humanas también, siempre que hables en voz alta, se pueden escuchar a varias casas de distancia. Sin olvidar el altavoz de la ciudad que emite información por la mañana y por la tarde y cuyo eco resuena en todo un barrio costero. El ambiente se había apoderado de ella. La voz de un tercero que no queremos escuchar. La del marido de la casa vecina que exige la cena. Es posible que también se haya sorprendido al escuchar los gemidos amorosos o las escenas domésticas. Algunas noches tenía que soportar los gritos de un jabalí atrapado en algún lugar profundo del bosque. Poco a poco llegó a no poder discernir de dónde venían las voces; era como si vinieran del suelo, de las paredes, del techo. Las calumnias, los reproches, las quejas, la tristeza, el enfado, los llantos... Las voces, las voces, las voces, todas las innumerables voces que brotaban como espuma del interior de ella misma, ella que estaba a punto de volverse loca.

Para salvarse no le quedó otra solución que regresar a su refugio, en la inmensa ciudad ensordecedora, donde sólo el estrépito era capaz de neutralizar las voces ajenas. Yo estaba en el caso contrario, había sentido la necesidad de huir de los demás, de la velocidad, y había venido a la península para vivir plenamente la luz y la animación de

la naturaleza que no cesa de pasar durante las veinticuatro horas del día. un día. No pude evitar murmurar: "¡Pobre mujer, qué infeliz debe haber sido!"

Hoy, mientras subo y bajo la colina a la luz del estuario que a veces veo más allá de los árboles al borde de mis pestañas, descubro un macizo de azaleas de colores pálidos. Una parte del bosque donde se entrelazan los alcornoques deja pasar los rayos del sol en algunos lugares, hasta el punto de que las azaleas han extendido sus raíces ampliamente. Su color incierto, como el rostro de un niño que se despierta, aparece en el bosque de principios de verano.

Vuelvo a mirar a mi alrededor y noto que las azaleas muestran sus vagas formas al abrigo de la hierba baja y el bambú sasa. Comparado con el rojo violáceo de los rododendros, su floración posterior es discreta y sobria. Cuando los rododendros han perdido su brillo, las modestas flores florecen y luego se marchitan, derramando una especie de líquido viscoso.

El bosque, por este color, parece adornado con una leve sonrisa. A la vez indiferente y lleno de gentileza. Entre los árboles, y también en el suelo, se mueven los seres vivos. Los cantos del ruiseñor y del pájaro de anteojos se mezclan, apenas perceptibles, con el sonido de las alas de las abejas. ¿Podrían ser estas las abejas del taller de Ochi? Sabiendo que la actividad de los trabajadores se extiende sobre una circunferencia de dos o tres kilómetros, pude deducir que el zumbido efectivamente venía de ese lado.

Regularmente escucho los sonidos del bosque y respiro el aroma fresco que emana del follaje. En el calendario de la semana pasada se mencionó el shôman, ese momento en el que la naturaleza parece tomar impulso. Cuando llegamos a finales de mayo, las plantas y los árboles empiezan a crecer todos a la vez. En Tokio uso un calendario de doce meses, pero aquí colgué uno en la pared que resalta los veinticuatro momentos de las estaciones del año. Cada mes se divide en dos con un color diferente. En minúsculas indicamos las particularidades de cada temporada y lo que se debe hacer. Por ejemplo:

Entrando en verano. Pode los árboles en flor. Plante los bulbos y las plantas. Siembra las semillas de flores anuales. Planta los esquejes. Recoger las judías, los espárragos, los brotes de puerro. Plante berenjenas, tomates, pimientos.

Shoman. En Kagoshima las hortensias están en flor. Deutzias, azaleas satsuki y trillizos están floreciendo. Bellas de día, bellas de noche, crestas de gallo. Siembre semillas de plantas anuales, semillas de plantas perennes, campanillas, malvaviscos. Recoge los frijoles y las fresas.

Comparado con el calendario que divide los doce meses en treinta o treinta y un días, el que divide los períodos del año en veinticuatro estaciones alivió la monótona repetición diaria y me provocó una ligera excitación. Estas estaciones que llegaban cada dos semanas eran como estaciones en las que subíamos y bajamos. Cierta pequeña estación apareció de repente cuando sentiste el cambio en el aire.

Fue el señor Tachibana, el artesano especializado en colorantes naturales, quien me hizo conocer la existencia de este calendario antiguo.

"Con este sistema sabemos inmediatamente cuándo aparece tal o cual planta. Si miro la fecha del equinoccio de primavera, veo que se mencionan achicoria y perifollo o incluso colas de caballo. Ya casi es hora, me digo, y me voy al campo, lo que me permite preparar los tintes primaverales. Cuando este período ha pasado, es la temporada de floración de los cerezos. Por supuesto, me preparo para ir a admirar las flores, pero también es un momento privilegiado para arrancar la corteza de las ramas tiernas, que hiervo y que me permite obtener decocciones. El término koku u es bonito, ¿no crees? El significado literal es "lluvia por grano". Sólo hace falta mirar el kanji para comprender que esta es la época del año en la que comienza a llover para permitir el crecimiento de los cultivos. Cuando llega el período bôshu, sembramos semillas de índigo y rubia. Ya sabes, parece que puedes escribir el primer carácter de la palabra con el kanji que significa "ocupado", sí, que se lee isogashii, "ocupado, abrumado", ¡todo un programa en resumen! Hay que desmalezar... En definitiva, es una de las épocas del año en las que ya no sabemos a quién acudir. ¡Todo esto para explicarte que el resto de nosotros no operamos durante doce meses, sino durante veinticuatro temporadas! Estas divisiones anticuadas son una guía valiosa para nosotros".

Cuando estuve en Tokio, ni siquiera sabía de la existencia de tal calendario.

Sumando las fases de la luna y las mareas, pudimos ver el movimiento del planeta de un vistazo. Cuál era la mejor hora para ir a la playa a recoger mariscos, qué hora era la adecuada para caminar de noche bajo la luna llena, qué mes y día eran los adecuados para

abonar, sembrar semillas, recoger, cosechar… Bastaba con Mira el calendario para que los campos, las montañas, el mar cobren vida con una presencia intensa.

En otra ocasión, Tachibana, decididamente ferviente seguidor de las veinticuatro estaciones, me dijo:

"A menudo hablamos de lo que ganamos al desarrollar nuestros cinco sentidos, ¿no? Bueno, últimamente me he estado preguntando si, en términos de cinco sentidos, ¡el hombre en realidad no tiene veinticuatro! El tacto, el oído, la vista, el olfato, el gusto, son demasiado rudimentarios y no puedo evitar encontrar el razonamiento simplista. Por ponerte un ejemplo, por aquí hay un montón de paulownias y castaños, pues dentro de quince días podremos diferenciar el olor de las flores. Las flores son iguales, pero su olor cambia. Oye, hoy el olor es fuerte, y si sé que las flores han empezado a pudrirse, creo que es porque una sensibilidad más sutil está jugando su papel. Dependiendo de la temperatura, el estado de ánimo del día, el olor que percibe mi olfato cambia según las sensaciones de mi cuerpo. ¡Imagínense que leo en un libro que el hombre tiene doce sentidos! Pero ya sabes, cuando organizamos nuestra vida en función de veinticuatro estaciones, me parece que todavía es demasiado poco y me pregunto si el organismo humano no se articula simplemente sobre veinticuatro sensaciones que se producirían a partir de quince. días a quince días".

Estaba totalmente de acuerdo con esta forma de ver las cosas. "Cuando hace frío, el aroma de las flores se vuelve penetrante, incluso embriagador, y en los días de viento, es como si los árboles estuvieran fragantes. Después de todo, es posible que salga el lado salvaje del hombre, ¿verdad? Por cierto, las rosas han adquirido un tono más oscuro durante los últimos quince días. No sé exactamente los matices de las veinticuatro estaciones, pero cuando estoy aquí me doy cuenta de que algo dentro del cuerpo está en movimiento. ¡El cuerpo humano es verdaderamente prodigiosamente rico!

—¿Quién se atrevería a afirmar lo contrario? El papel de la sensibilidad es innegable, y sin duda hay algo en el funcionamiento del organismo que no permite razonar".

Ahora que las plantas crecían más rápido, el taller de Tachibana necesitaba llenarse de hojas tiernas para teñirlas. Y entre las paredes, moléculas de todo tipo de sensaciones, provenientes de las veinticuatro estaciones, impregnaban los cuerpos de los Tachibana, a través de los brebajes hirviendo. Con solo imaginar la actividad de

estas partículas invisibles, surgió en mí el deseo de apropiarme de una parte de esta sensibilidad, aunque fuera minúscula.

Solo cuido el jardín por capricho, pero ya era hora de arrancar las malas hierbas que habían crecido. ¡Cuidado con quien deja escapar el momento! Porque entonces habrá que desarraigarlos. Para las hierbas rebeldes, uso un garfio. Pero a veces es necesario recurrir al pico y al rastrillo. ¿Las sensaciones cambiarían cada quince días dependiendo del crecimiento de las hierbas? Si es así, el hombre es ciertamente un ser vivo dotado de una sensibilidad infinitamente compleja.

Mañana probablemente saldré corriendo. De hecho, mientras caminaba por el bosque, encontré *biwas* salvajes que ya habían adquirido color. Durante varios días, una imagen permaneció grabada en mi mente: me veía vestido con ropas de lana salpicadas de *biwas*. Estaba planeando ir a recogerlos de inmediato. Mañana, sin duda, los pájaros todavía no los picotearían.

En un rincón de mi mente, el *bi* comenzaba a madurar, el vello blanco, el color vibrante de los frutos a los que se les quita la piel, el olor fuertemente dulce subía. En ese mismo momento, fui consciente de que las mismas paredes de mi cerebro vibraban intensamente, intensificando mis sentidos y revelando otro yo, un yo con cara salvaje.

V

Un pantano de aproximadamente ciento treinta metros cuadrados.

Un día llegué a llamar “mi pantano” a esa especie de superficie húmeda abandonada que había justo debajo de la casa. Cuando compré este terreno de poco más de doscientos metros cuadrados y construí la casa, estaba cubierto de bambú sasa, juncos y juncos, y el camino que conducía a la ría era un rastro confuso. Ahora el pantano y el camino que serpentea por los campos tienen contornos claros, pero originalmente todo estaba cubierto de maleza y árboles de todo tipo, y nadie sabía exactamente qué había allí ni dónde estaba.

Cuando la distribución del terreno debajo de la casa se hizo evidente, ya llevaba mucho tiempo saliendo de Tokio cada tres o cuatro meses para venir a la península. En cada una de mis visitas puse todo mi empeño en arrancar el césped y podar los árboles. Mi perseverancia se vio recompensada: el agua brotaba y en el lugar cubierto por el puente Yukio noté canales naturales. ¡Qué veo, por aquí pasa el agua! Pero claro, ¡fue un camino que se tomó! ¡Conduce a la ría! No podía creer mi descubrimiento.

Quizás debería felicitarme por no haber podido trabajar continuamente, por haberme faltado tiempo. Porque generalmente solo podía despejar un área equivalente aproximadamente a un tatami, reservando el resto para mi próxima estadía, pero esta vez fui de descubrimiento en descubrimiento.

El principal motivo que me impulsó a querer adquirir el terreno contiguo a la casa, aunque no sabía quién era el propietario, fue que quería mejorar la vista que teníamos desde la terraza, obstruida por todo tipo de árboles, sasa. bambúes que medían casi dos metros de altura, sin mencionar los juncos y varas de oro que lo invadían todo.

Un día, vestido con mi habitual delantal de trabajo, mangas largas, jeans gastados, botas, las manos protegidas con guantes de goma y un afilado garfio en la mano, entré al terreno pantanoso. El barro era profundo, tropecé y casi termino de culo en el suelo.

Como llevaba varios años arrancando juncos y juncos sin desanimarme, el paisaje que ofrecía la marisma había mejorado mucho. Pero dos tercios todavía estaban cubiertos de hierba de todo tipo. Mientras me decía que me sería imposible deshacerme de él durante mi estancia, contra todo pronóstico arranqué juncias y espadañas una tras otra.

Era justo antes de las vacaciones de la Semana Dorada de mayo y el clima era magnífico. Donde había arrancado las malas hierbas brillaba el agua poco profunda. El barro era espeso, un olor agradable surgía de las zonas de maleza, el canto de los ruiseñores surgía continuamente del bosque.

Imposible hacerlo todo yo solo como Henry David Thoreau. Leer las notas que recogió en Walden o La vida en el bosque nos permite hacernos una idea de la vida que llevaba sin ayuda de nadie, limpiando el bosque donde había construido una cabaña, pero para mí, que me había acostumbrado a la vida de la ciudad, cuidar varias docenas de plantas por día era lo máximo que podía hacer, y aun así. En cuanto a los árboles, lo mejor que pude hacer fue uno al día. Si por casualidad no venía durante varios meses, mi decepción era grande al ver las malas hierbas que invadían los lugares que debía haber limpiado. Volví al punto de partida. Pero no podía rendirme. Me animé a seguir adelante. Cada vez me invadió el deseo de compararme con la energía de la gran naturaleza, con su vitalidad primitiva.

Unos minutos más tarde, detuve el movimiento de mi garfio y grité de sorpresa. En el lugar donde acababa de arrancar varias raíces de juncia, había aparecido una masa negra, algo así como un cuerno.

Miré con atención, preguntándome si era el final de una teja grande o de cerámica rota.

Hasta entonces, entre la hierba del pantano habían surgido los objetos más diversos. No sabía quién ni cuándo habían tirado todas aquellas latas vacías de cerveza o de zumo de frutas. También había muchas aguas embotelladas. Bolsas de plástico que contenían fertilizante, trozos de barras de cortinas, tubos de pasta de dientes, trozos de goma de tacones de zapatos, ruedas de cochecitos. Los escombros estaban hechos jirones, oxidados, obviamente el tiempo había pasado sobre ellos. Agruparlos en un mismo lugar y depositarlos

el día de la recolección de basura fue parte del trabajo de desmalezado.

Cuando se construyeron las casas del barrio, ¿los albañiles habían tirado todo esto sin pensarlo? Originalmente eran zonas cubiertas de altos helechos y bambúes enanos, donde terminaba el camino. Ya sea que arrojemos cajas o botellas, la tierra y el barro eventualmente lo cubrirán todo. Nadie vendría a protestar. ¿Es sorprendente que razonemos así?

La cosa negra y puntiaguda que sobresalía del barro debía ser parte de este tipo de desechos. En cualquier caso, esa es la primera idea que se me ocurrió.

Como el objeto era incómodo, seguí cavando y me di cuenta de que lo que me parecía el final de un gran azulejo decorativo me decía algo. Los contornos que aparecían, curvos, estaban profundamente enterrados en el pantano y se ensanchaban en forma de V. Por mucho que tirara, la masa no se movía ni un milímetro.

"¡Pero, pero es un barco!" A pesar de mí mismo, dejé escapar un grito de sorpresa.

El fondo debía estar podrido hace mucho tiempo. Sin embargo, la parte que emergió del barro conservaba su forma original. A medida que limpiaba el lugar con mi pala, los contornos se iban aclarando poco a poco. De unos dos metros de largo. Esto es sólo una aproximación, porque el barco quedó casi completamente enterrado en el barro. A primera vista se notaba que la madera era de calidad y el trabajo de detalle estaba cuidado. Lo que inicialmente tomé por un azulejo parecía ser una escultura de madera destinada a adornar el arco.

Tenía las dimensiones y forma de un barco. No recuerdo exactamente cuándo, vi en un restaurante cerca del puerto deportivo de Hayama un barco de madera de teca que habían puesto allí como decoración. La madera era de un hermoso color miel, con un brillo refinado. Pero aquí estábamos como en el fondo de un valle inclinado. Si el mar no estaba lejos, no había puerto deportivo. ¿Qué hacía este barco en un lugar así?

¿Alguien de una casa de vacaciones había arrojado aquí este barco ahora inútil?

La mitad estaba carcomida, y si la fachada se había conservado era porque la madera había estado expuesta a la sequedad del viento y del sol. Sólo la parte que no había sido enterrada en el barro debió conservar su forma original. Mirando de cerca, la decoración que

adornaba el arco parecía la cabeza de un cormorán negro.

Han pasado unos diez años. La parte delantera del barco todavía sobresale del agua, justo en medio del pantano. Aparte de los fósiles y las conchas, es un objeto perdido rodeado de misterio. Si lo empujas con todas tus fuerzas, se mueve ligeramente, pero no parece querer romperse. La parte delantera del barco está justo a la altura adecuada para apoyar la zona lumbar.

Desde este descubrimiento, aquí es donde mis ojos han recorrido el pantano. Como un marinero que examina la forma de un banco de peces desde lo alto de su barco. Y yo digo: "Visibilidad perfecta. ¡A babor todos! ¡A estribor, todos!"

Las malas hierbas y arbustos de todo tipo que proliferaban casi han desaparecido. En cambio, cuando llega el mes de mayo, los lirios morados o amarillos, aquellos con pétalos moteados, comienzan a florecer, el verano ve florecer los hangueshô, con sus hojas que comparten el verde y el blanco.

Esta tierra salvaje que dejé durante mucho tiempo sin tocarla, ¡ahora se ha transformado! Los lirios amarillos son un regalo del Sr. Mochizuki, que viene de Osaka de vez en cuando. Un día apareció inesperadamente y me dijo: "Sólo planta eso. Los saqué de un arrozal cercano a aquí. ¡Verás, las flores son de un amarillo intenso!" Y me entregó unas plantas de las que aún goteaba agua. Había sólo unos pocos, pero crecieron inmediatamente y producen flores de tallo largo cada año. Las otras flores, que compré a un horticultor local, cubrieron el pantano antes de que tuviera tiempo de darme cuenta.

La proa del barco apunta hacia el cielo, en medio de todas estas plantas acuáticas. A veces un pájaro descansa sus alas y deja escapar un grito estridente. La punta del barco está perfectamente integrada en el paisaje.

No son sólo las personas las que se convierten en nuestros amigos. De año en año, la proa del barco se iba calentando dentro de mí, y al igual que el puente Yukio, acabó volviéndose indispensable para mí. Casi me sorprendió que no fuera un ser vivo.

La intimidad que siento con el barco me llevó a crear historias a mi gusto mientras permanecía allí contemplándolo. Los detalles variaban cada vez y disfruté haciendo evolucionar la "historia del barco".

A ver, ¿qué escenario me imagino del misterioso barco?

Quizás hace veinte años, o incluso mucho más, se abandonó un barco. Un hombre lo había dejado allí (bueno, supongo que era un hombre), después de haber tenido muchas dificultades para colocarlo

en un coche, luego lo había extraído del vehículo, todavía con dificultades. No sé si actuó solo o con la ayuda de alguien. Si miras el pantano desde arriba, parece un pequeño valle. La superficie está cubierta en primer plano por helechos de color verde intenso. La canoa, como si hubiera atravesado los helechos, había caído al valle pantanoso con un violento crujido.

Al tirar su barco, el hombre había renunciado a la vida que había llevado hasta entonces, a su vida en el mar. Durante mucho tiempo había amado su barco. Pero algo había sucedido que le había impedido conservarlo. Sin duda podría haber pensado en venderlo, pero ya ve, le resultaba tan familiar que lo había usado durante tanto tiempo. Prefería deshacerse de él mismo en la medida de lo posible. Ya había decidido el lugar. Si lo dejaba en la playa, enseguida venía uno de sus conocidos y le decía: "Pero es tu barco, ¿no?" Por casualidad, conoció un lugar en lo profundo del bosque, similar a un valle.

No podía imaginar que muchos años después, una mujer de mediana edad construiría allí una casa, removería el barro y descubriría el barco.

¿Qué sentimiento sintió el hombre al separarse de su barco? ¿Tristeza o enfado ante la idea de tener que realizar esta pesada tarea? Nada le impidió abandonar el barco en la playa. Podría fácilmente haberlo convertido en el emblema de su casa, decorarlo en una habitación o en el balcón, como lo había visto hacer en el restaurante de Hayama. Pero él no lo había querido así, había querido enterrar el barco, que había acabado convirtiéndose en parte del pantano...

Mucho más tarde le conté a Kayoko las circunstancias que me habían hecho descubrir el barco; ella no sabía nada de su presencia en el pantano.

"¡Dios! ¡Un barco en el barro!

— No puedo explicar cómo llegó allí.

— ¡Ya sabes, nada puede resistir la voluntad ciega!"

Kayoko no se tomó la historia en serio.

"Los fósiles, las ruinas, acaban dando la cara, en lugares perdidos. El viejo barco hizo lo mismo.

— Pero como has descubierto, ya no es un vestigio olvidado.

- ¡De lo contrario! Para mí sigue siendo un desastre. Pero ya sabes, cuando la miro durante mucho tiempo, termino encontrando en ella una especie de personaje, me siento como una personalidad que la habita. ¿Cuál podría ser este sentimiento? En cualquier caso, no puedo

permanecer indiferente".

Mientras hablo, me viene la idea de que esta cosa viene del mar. Me cruzan en la mente los seres que vienen del mar y toman los caminos a través de los campos. En mi imaginación, lentamente se desarrolla otro escenario.

Un barco medio destruido cruza el pequeño y olvidado estuario hacia el pantano abandonado. Las hierbas se encuentran a su paso. Como no tiene fondo ni mástil, sólo puede mantenerse en pie por sus propias fuerzas. Cada tarde, el barco avanza un poco. Los caminos entre los campos son como un río imaginario. Pronto, el barco llega al pantano y él se deja caer con todo su peso... Para no volver a levantarse nunca más. Pasarán muchos años, muchos meses antes de que se pudra. Él está feliz por eso. Desde que finalmente ha llegado aquí, quiere disfrutar por un momento del contacto del agua…

Si le digo esto a la Sra. Kawahara, se reirá. "¡Es magnífico poder hacer que las cosas evolucionen mediante el poder de la imaginación! ¿Llegarían cosas del mar a las montañas? ¿Es eso posible?" Su risa estalla.

No me importaba si la gente se burlaba de mí. Quería hacer míos el barco y el pantano. Sin duda el agua nunca más volvería a salir porque el manantial que alimentaba el pantano manaba durante todo el año. Su proa, que emergía del barro, recibía el sol y seguiría viviendo durante mucho tiempo.

Hace tres años supe quién era el dueño de este pantano de aproximadamente ciento treinta metros cuadrados. El director de una agencia inmobiliaria que conocía llegó un día por casualidad y me vio quitando hierba del pantano: "¡Dios, en esto se ha convertido el arrozal!" ¡Día y noche, dímelo!" No encontré nada que decir en ese momento, preocupado como estaba ante la idea de incurrir en el reproche de cuidar un terreno que no me pertenecía. Pero quería aprovechar la oportunidad para descubrir quién era el propietario de este pantano en el que se habían plantado lirios silvestres y otras flores. Y aquí está mi hombre que se da por vencido de inmediato:

"¿Esta tierra? ¡Imagínate que simplemente me pertenece!

— ¿Qué, es tuyo?

- Sí. Pero no podemos sacar nada de esto. Estaba pensando en rellenarlo para construir una carretera, alcantarillado y convertirlo en un fraccionamiento, pero eso ya no está a la venta. Voy a dejar las cosas sin resolver por un tiempo hasta que la situación mejore".

Entonces, habíamos formado el proyecto de rellenar el pantano para convertirlo en un terreno edificable. Como había sido adquirido por una agencia inmobiliaria, habíamos calculado que podíamos apostar por él. ¿El proyecto seguía funcionando con fuerza? Las palabras del hombre me causaron un ligero shock, pero no dejé que se notara y pregunté casualmente:

"¿El dueño anterior es alguien local?"

— Si no me equivoco, la tierra primero se vendió a X, luego pasó a otras manos, en cuanto a mí, se la compré al hijo de B. Todos los arrozales de por aquí eran de tal o cual, pero la gente ha muerto, y como los herederos tienen otros trabajos, ya no hay nadie para cultivar los arrozales. ¡Además, ahora todo está tan en barbecho que no queda más que dejarlo todo como está!"

¿El hombre que abandonó allí su barco era el hijo de B? ¿O incluso el propio B? A menos que sí, ¿tal vez fuera A? Las preguntas que me hice quedaron sin respuesta.

Al cabo de un tiempo compré los ciento treinta metros cuadrados del pantano. Porque finalmente, ¡nada me aseguraba que el director de la agencia inmobiliaria no volvería a su proyecto inicial si la economía se reactivaba! Entonces, la barca en la que estaba recostado, los lirios, las flores, el agua de manantial, todo desaparecería bajo la tierra con la que todo quedaría cubierto.

Sin que yo entendiera el motivo, se añadió una colina boscosa al pantano. El gerente me explicó que no podía separar los dos y me pidió que los comprara al mismo tiempo. Un poco más de trescientos metros cuadrados plantados de alcornoques, alisos, olmos… En definitiva, compré un terreno de unos quinientos metros cuadrados. Me endeudé.

No estaba seguro si era caro o no. Así como había construido aquí porque los acantilados me habían seducido, sin pensar demasiado, el mismo impulso me hizo actuar.

Mi madre, mi hermana, mis amigos, todos se quedaron sin palabras. Estaba plagado de reproches.

"Comprando un pantano, ¿dónde estás pensando? Será mejor que pienses en tus viejos tiempos".

"¡Con este dinero viajaría por todo el mundo!"

"Por el momento, disfrutas yendo allí de vez en cuando, haciendo retoques. Pero dentro de diez o veinte años, verás, ¡será una carga pesada para ti!"

Seguramente tenían razón. Sólo yo quedé cautivado. El dinero, si

tuviera salud, podría devolverlo. Iba a trabajar más. No compré ropa. Nunca me gustó ir a restaurantes, viajar por el mundo no me interesaba. Si fuera necesario, me convertiría en una mujer que viviría en el pantano o en el bosque con su gato. Incluso si me obligaran a vivir en el campo o en la montaña, lograría alimentarme bien.

Ajos silvestres, colas de caballo, aralia silvestre, brotes de bambú, perifollo, boniatos, petasita, hierba cana, berros, biwa, uvas silvestres, fresas silvestres, trébol, castañas, caquis…

Enumeré todo lo que me vino a la cabeza, tantas cosas sencillas como se pudieron encontrar aquí sin tener que buscar. Los campos producían hortalizas y frutas en abundancia. Al ir a la ría, los cangrejos se aferraban a todos los acantilados. Las pequeñas conchas asari aparecían muchísimo si las buscabas en la playa, algas y peces, aquí las tienes. Viviría de la tierra. Me iría al mar, me haría pescador y cazador, aprendería a pescar, a cultivar la tierra. ¡Qué vejez tan lujosa!

Me encontré soñando. El lujo puede adoptar muchas formas. Mi lujo era poseer los restos de un barco enterrado en un terreno que ya no servía para nada. Era sentir el placer de tocar con mi cuerpo la proa del barco, cuyo calor se transmitía a mis nalgas y mis caderas. Para poseer algo que no necesitaba, había pedido dinero prestado, pero esta adquisición me trajo una alegría que no esperaba. Lo que más me alegró fue poder plantar tantos lirios y plantas acuáticas como quisiera, sin tener que molestarme. Las flores de hojas verdes y blancas que empezaban a convertirse en el símbolo mismo del pantano, las iba a multiplicar tanto como me pareciera conveniente.

También había tortugas. Decenas de estas tortugas kusagame poblaban el fondo del pantano. Sin duda vivieron aquí desde el principio. Los veía a menudo cuando iba al bosque, moviéndose lentamente cerca del puente Yukio. Una familia había subido al extremo del barco, cuya madera estaba seca, y el lugar parecía haber agradado a todos, tanto que acabaron poniendo allí sus huevos. Las familias grises no huyeron cuando me acerqué. Pegados a la madera del barco calentado por el sol, parecían decir: “¡Siempre puedes intentar asustarnos, no es cuestión de movernos!”. Así pude vigilar lo que se había convertido en el balcón favorito de los blindados.

En otra ocasión... Era una tarde de luna llena después de la lluvia. Vi la proa del barco que parecía querer acercarse a la luna para unirse a ella.

En el halo de la luna reflejada en la ola, el arco se movió, estoy

seguro. El reflejo que brillaba en la superficie del agua en brillantes ondulaciones perfilaba exactamente un barco que se movía en el mar. Como pocos me creerán, me guardo este secreto.

Si no llevo un diario, en cambio, apunto las cosas en el calendario de las veinticuatro estaciones, en letras minúsculas. El trabajo lo realicé durante el día, recordando ciertos detalles a medida que avanzaba. Lo que escriba seguramente me será útil el año que viene. Basta decir que lo grabo con atención para no olvidarlo.

Se agregó tierra alrededor de las plantas de iris. Preparativos antes de la temporada de lluvias (cuando llueve mucho, la superficie del pantano se daña y es bueno echar tierra de vez en cuando).

Hace mermelada con las fresas silvestres que se encuentran en lo alto del cerro. Primera cosecha del año.

Por la noche, a veces veo la televisión, a veces hojeo los libros que traje de Tokio. Las palabras que leo mientras lucho contra el sueño son como agua en un arroyo, se deslizan por las paredes de mi cerebro sin que yo capte su significado. Y el libro rápidamente se me cayó de las manos.

Muchos libros quedaron revueltos dentro de una caja, sin que yo los alineara en un estante. Todos son libros que prometo releer algún día. Una colección de poemas de Kaneko Mitsuharu, una recopilación de festivales y ritos anuales, varios volúmenes de haikus (sin duda me serán útiles cuando mi madre esté aquí), algunos libros de reproducciones de cuadros que realmente nunca he mirado. Libros de cocina, libros de bolsillo de todo tipo.

Yo mismo me sorprendo por la cantidad de libros con fotografías que saco de las cajas, libros llenos de espacios en blanco. Apenas unos pocos volúmenes llenos de textos bien impresos. Los días que paso en la península son como los espacios en blanco de mi vida. Estoy harto de días llenos desde la mañana hasta la noche de cosas que hacer. Me gustaría vivir aquí tanto como sea posible en los días blancos. Rechace las ideas complicadas que se contagian a este blanco. Esta conciencia probablemente me hizo elegir libros aireados.

Como he reducido mi trabajo, comprobar el contenido de mi correo electrónico se ha vuelto tedioso. Una vez cada dos días, en el mejor de los casos, hago el esfuerzo de abrir mi computadora. Un mensaje en el que una amiga del instituto anuncia su llegada a Tokio, otro que me

pide detalles sobre la remuneración de un trabajo, otro que me pide un breve mensaje de texto. De mi hermano, este mensaje: “Cuento contigo para mamá”. Eso significa que mi madre vendrá al final de la semana. Él confía en mí para todo.

Apagué la computadora, la luz de la sala y me dirigí a mi habitación. El gato llevaba mucho tiempo acurrucado sobre mi edredón. No importa lo fuerte que le dé una palmadita o le tire del bigote, no se despertará.

Es lo mismo para mí. No pude conciliar el sueño en Tokio, aquí, es porque paso mis días afuera, el sueño llega después de unos segundos, un sueño denso como la miel.

Buenas noches mi felino. Nos vemos mañana.

VI

Sin que nadie tuviera tiempo de darse cuenta, la semilla de pasto había terminado y según el antiguo calendario, habíamos entrado en la temporada de lluvias. Sin embargo, el cielo seguía despejado y de un hermoso azul. De vez en cuando pasaban grandes nubes que desaparecían muy rápidamente.

Puse futones y mantas al sol en la barandilla de la terraza. Tenía muchas cosas que hacer antes de que llegara mi madre. La cama ya estaba preparada. También le puse un orinal, porque por la noche no podía levantarse para ir al baño.

Todavía tenía que coger el autobús para ir a comprar productos alimenticios que empezaban a agotarse. Tuve que sacar de los armarios toallas nuevas, un sombrero para el sol y la ropa que ella usaría. Un día sería suficiente.

Desde que se construyó la casa, mi madre se había convertido en una de las personas, no eran muchas, que venían regularmente a hacerme compañía en la península. Todos los años, en primavera y otoño, siempre que le diera una señal, ella vendría corriendo. Si mi madre viniera, mi hermana que trabajaba en una empresa en Osaka arreglaría su agenda para venir también a pasar unos días. Últimamente teníamos la oportunidad de reunirnos aquí más a menudo que en casa de mi madre. Para nosotros también fue una forma encubierta de unirnos para cuidarla.

Mi madre empezó a tener dificultades para caminar hace cinco años: le descubrieron un tumor maligno que sólo afecta a una de cada veinte mil personas, la operaron y le amputaron la pierna derecha. Tenía entonces ochenta y tres años. Haber perdido una pierna significaba que ya no podría caminar. Esto es lo que pensamos

después de la operación, sin aludir a ello. Sin duda permanecería postrada en cama por el resto de su vida, antes de que lo peor saliera a la luz después de unos años. Nos preparábamos para el día fatal, que parecía cercano.

Pero ahora se había recuperado milagrosamente. Sin duda gracias a su perseverancia innata, que le impidió renunciar a la rehabilitación. Dos horas de caminata todos los días, ejercicios diseñados para fortalecer los músculos de sus brazos que deberían sostener un cuerpo que ya no respondía. Mi hermano, que es fisioterapeuta, también contribuyó a la rapidez de su recuperación. Gracias a su cuidadoso cuidado, una prótesis perfectamente elaborada se convirtió en la nueva pierna derecha de mi madre. Aunque había perdido velocidad, podía moverse empujando ella misma su silla de ruedas.

Durante los dos años que tardó la herida en sanar por completo, mi madre no había salido de la casa de Aichi. Sin duda no quería exponer su cuerpo mutilado a la vista. Ella era reacia incluso a conocer a sus amigos cercanos. Sus únicas salidas consistían en paseos cerca de la casa, que también eran de rehabilitación. Los días de lluvia, se turnaba para mover una pierna artificial y la otra, la izquierda, y pedaleaba suavemente en la máquina instalada en el salón.

Cada vez que la veíamos así no intercambiábamos una palabra, pero todos teníamos el mismo pensamiento: nuestra madre nunca más volvería a la casa de la península. Estaba demasiado lejos y ya no tenía la misma energía que antes. Viajar estaba fuera de discusión. Sin embargo, la vitalidad de mi madre superó con creces nuestra imaginación, tanto para su recuperación física como psicológica.

"La semana que viene voy a la península, pero ¿supongo que no podrás venir?" Le dije por teléfono un domingo. Pero mi madre dijo sin dudar: “Pero sí, por qué no, hace mucho que no estoy allí”. Es una buena idea. Por tu parte, ¿a qué hora piensas salir? Te dejaré decidir”.

Era la primera vez que intentaba encontrarse con el “afuera”, ella que durante mucho tiempo se había negado a salir o ver gente. El tiempo, el médico invisible, le había permitido saltarse los pasos.

" Es cierto ? ¡Qué feliz soy!”

Me apresuré a comprar una cama plegable que le fuera fácil de usar. Para poder bañarla sin que perdiera el equilibrio, hice una especie de tabla ancha alrededor de la bañera donde podía sentarse. Como no se dejaba la prótesis puesta para dormir y, por tanto, no podía ir al baño por la noche, coloqué los elementos necesarios junto a su cama.

Por primera vez desde su enfermedad, mi madre llegó a la casa

donde todo estaba preparado para ella, tres años después de su operación, una luminosa tarde de mayo. Un viento fresco soplaba entre los árboles, cuyas hojas tiernas despedían brillantes destellos.

Unas cuatro horas en coche desde casa. En el Land Cruiser que conducía mi hermano habíamos puesto la silla de ruedas de mi madre, una bolsa de viaje que contenía una muda de ropa, zapatillas para la casa (solo un pie), los objetos que ella usaba a diario. Para mí, diez kilos de arroz. Siempre fue así con mi madre. Cuando vino a Tokio, había arroz en el fondo de su bolso, el cual me dio diciendo que era arroz recién cosechado, arroz nuevo en definitiva. Tenía un gran afecto por el campo de arroz que tenía alguien que mantuviera. El arroz que allí se cosechaba se había convertido para ella, después de la muerte de su marido, en una preciosa muestra de apoyo a nuestra familia.

Cuando salió del auto, mi madre dijo, entrecerrando los ojos para protegerse del sol: "¡El aire huele a árboles!". ¿Qué está floreciendo ahí abajo, todo ese amarillo?"

Lo que tenía ante sus ojos eran los innumerables iris amarillos que cubrían el pantano y, entre los árboles, el color flamígero de las azaleas silvestres. Después de mirar un rato el jardín, se apoyó en un pilar de la entrada para descansar un poco.

"Finalmente llegué. Estaba un poco preocupado de no poder asistir. Estuve tanto tiempo sin salir de casa que, ya sabes, ¡estaba tensa!"

Desde entonces, mi madre ha cogido la costumbre de venir a la península a principios de verano, cuando el clima se estabiliza. Su estancia dura de una a dos semanas. Mi hermano sólo la acompañó las dos primeras veces, desde entonces soy yo quien se desvía desde Tokio para recoger a mi madre en una estación de una línea ferroviaria privada cercana a la casa familiar.

Su estancia, que inicialmente tuvo lugar en mayo, se pospuso dos meses después, a finales de junio, hasta mediados de julio, simplemente porque en junio del año pasado notamos que el pantano estaba poblado de luciérnagas.

"¿Luciérnagas?

— ¡Sí, una cantidad inimaginable!

- ¿Dónde?

— Del lado de la marisma, eso es, la marisma que ves abajo. Y no sólo están en el pantano, sino que también se acercan a los árboles y revolotean por el bosque. ¿Qué dices? ¿No te haría feliz venir?

"luciérnagas…"

Mi madre pensó un poco antes de responder: “Sí, ¿por qué no?” Creo que voy a venir”.

La sorpresa estuvo de mi lado. Ciertamente, las luciérnagas habían aparecido, pero de todos modos mi madre acababa de regresar a su casa, a más tardar en mayo, y casi no podía creer que ella iba a hacer el viaje otra vez, ella que nunca había tenido libertad para moverse. . Tenía entonces ochenta y seis años. Ella no estaba en condiciones de volver a moverse así, y si había mencionado las luciérnagas era simplemente para hacerle saber, en cuanto a mi propuesta, venía de mi amor por ella.

Una vez que llegué, mi madre mostró un apasionado interés por las luciérnagas, mucho más de lo que había imaginado. No podía quedarse quieta, todas las noches, alrededor de las ocho, gritaba: "¡Bueno, vámonos!"“. Su mirada abandonó la pantalla del televisor, se volvió hacia mí y sus ojos expresaron una especie de tensión cuando se levantó para salir a la terraza.

Mi madre, que se dirigía hacia la terraza cerrada por el negro lacado de la noche, sólo miraba sus pies. Cuantos pasos más, la pregunta estaba escrita en su rostro. El piso casi no tenía diferencia de nivel, pero como no era su casa en Aichi a la que estaba acostumbrada, tomó medidas cuidadosas. Como si temiera que al tropezar causaría daño a quienes la rodeaban. Sabía que si volvía a romperse, estaría condenada a ir a la cama. Sin embargo, el deseo la impulsó a avanzar más entrada la noche.

La terraza de madera, construida de forma que se pueda contemplar el pantano y el bosque, está sostenida por hormigón. Una vez que decidió dónde quería colocarse, usando una linterna o la luz de la casa, se sujetó firmemente la barandilla con ambas manos y miró hacia arriba con cara tranquila. Por mi parte, tras comprobar que estaba correctamente instalado, apagué las lámparas. Esa era la señal, se inclinó y miró hacia la oscuridad. Luego susurró, con voz casi imperceptible:

“¡Ahí está! ¡Ahí también! ¡Están por todas partes! ¡Cómo brillan los que son tan pequeños! Tiran luz verde, todo eso, ¡vengan luciérnagas, por aquí!”

Mi madre empezaba a cantar una canción divertida. Tenía una voz aguda, una voz bonita. Cada vez que las luciérnagas se movían, ella giraba la cabeza hacia su lado y cambiaba el tono de su canción según el vuelo de las luciérnagas, a un ritmo vertiginoso. Como un niño absorto en la contemplación de un espectáculo que le fascina.

“¡A partir de ahora junio será el mes para convocar luciérnagas! Si quieres, ¿podemos venir aquí a esa hora?” Sugerí. Una sonrisa radiante iluminó el rostro de mi madre. “¡Oh, sí, qué gran idea!”

Esta vez mi madre llegó el último sábado de junio, las hortensias y anémonas japonesas estaban en flor y los hanguesho del pantano competían en belleza. Mi cuñada acompañó a mi madre hasta la estación de la línea privada que sirve directamente a la península. Estaba esperando su llegada, le tendí la mano. ¿Será porque mi madre se tranquilizó al encontrarme esperándola, de haber llegado sano y salvo a mi destino? Se rió en dirección a mi cuñada que nos observaba a través de la ventanilla del tren. Sonriendo, agitó la mano para despedirse. Cuando el tren arrancó, ella me miró y levantó gravemente la cabeza de su silla de ruedas. “Dime, ¿te va todo bien? ¿Estás comiendo siquiera?” Las mismas preguntas de siempre. Las mismas palabras, la misma expresión en su rostro.

Al mismo tiempo lo recuerdo. Antes construí la casita en la península. Con motivo de la conmemoración de los treinta y tres años de la muerte de mi padre, había pasado unos días en la casa familiar, y recordé ciertas palabras que mi madre se decía a sí misma: "¿Cómo es -cómo puede ser este niño?". , tener que estar de mal humor todo el día..”. En ese momento, estaba agotado por mi trabajo y la repentina pérdida de Nanako, ya no reía, estaba sufriendo, no podía soportar más tristeza. Estas imágenes mías tocaron mi memoria. ¿Qué fue ahora? ¿Era yo, para mi madre, una niña que tenía una sonrisa? Ojalá fuera así.

Cuando mi madre está cerca, mi vida diaria avanza a un ritmo más lento de lo habitual. Comer, moverse, cambiar, todo requiere ayuda. Mi madre que controla sus ojos, sus dedos, su pie (el que le queda), su tacto de las cosas, se mueve lentamente, me da la impresión de alguien que ha venido de muy lejos, un ser vivo extraño, fuera del tiempo. .

“¡Todo lleva el triple de tiempo!”

Adopto este nuevo ritmo, reprimo mis ganas de ir más rápido.

Como no tenemos nada en particular que decirnos, los días pasan en silencio.

A los pocos días de llegar mi madre, empezó a llover, pero justo cuando pensaba que ya teníamos suficiente para el día, salió el sol, un sol pálido, y el cielo tomó un aspecto incierto. El antiguo calendario indicaba que estábamos entrando en verano, pero la temperatura se mantuvo baja durante varios días seguidos. Sin embargo, los árboles

se iban volviendo más verdes bajo la lluvia, y las ranas croaban de alegría y su canto era ensordecedor. Al parecer, en el pantano bullían varias especies de ranas, con las más variadas voces, tenor, barítono, bajo, soprano, mezzosoprano, contralto, y su concierto llegaba hasta la casa.

Durante un claro, mi madre extendió la mano hacia la silla de ruedas guardada en el pasillo y dijo: "¡Creo que voy a caminar un poco!"". Y se fue con pasitos. Como prácticamente no pasan coches, puede avanzar sin miedo empujando ella misma su silla. Elige cuidadosamente los lugares llanos y completa las dos horas de caminata que se ha propuesto. De vez en cuando se sienta y dormita a la sombra de los árboles que bordean el camino. Cuando me preocupa no volver a verla todavía, voy a su encuentro y la encuentro dormida. El coche del jardinero pasa junto a ella y él parece sorprendido. La gente se muestra muy amable con ella y se ríe al verla dormitar. "¡Oye, la anciana de la casa ha vuelto!" piensan. Me parece que mi madre se ha convertido, sin que yo me dé cuenta, en la anciana que duerme bajo los árboles, en definitiva, en una celebridad.

" ¡Mamá! ¡Estás exagerando un poco!" Levantando la barbilla que le colgaba sobre el pecho, se ríe como una niña a la que han pillado una falta y se disculpa: "¡Ah, qué buena estuve!"

Durante la estancia de mi madre, mi hermana vino al menos una vez, de modo que los tres, empujando ligeramente la silla de ruedas, como si mi madre todavía estuviera sana, subimos a lo alto de un sendero desde donde se ve el mar. En junio, los madroños dan multitud de frutos rojos. Recolectamos lo suficiente como para llenar una canasta, así no vamos rápido. Cerca de nosotros, mi madre levanta la cabeza en nuestra dirección y empieza a charlar:

"Ha pasado mucho tiempo desde que vi al Mochizuki, ni al Hiraoka. ¿Están bien? Las contraventanas todavía están cerradas, la casa debe estar dañada... ¡Oh, este año también las Andrómedas han florecido bien! También abundan las rosas. ¡Qué bien huelen estas flores! Me encanta este olor. ¿El árbol que vemos allí es un árbol de caqui? Tengo la impresión de que no podemos comer la fruta. ¿Recuerdas al Profesor X? Bueno, veamos, era colega de tu padre. Pero sí, continuó escribiendo a menudo, incluso después de la muerte de Yukio. Debes haberlo visto varias veces. Pero parece que ha perdido un poco la cabeza, esto me lo dijo su hija en una tarjeta de felicitación que me envió... ¡Ay, un enjambre de avispas! Estas son avispas salvajes, ten cuidado de que no te piquen, porque sus picaduras son muy

dolorosas…”

La mirada de mi madre se lanza a todas partes, sin dejar escapar nada. Palabras para ella misma, sin seguimiento. Mientras lo escucho, recuerdo a mi madre, joven y alerta, caminando por los campos.

Después de la muerte de mi padre, mientras cuidaba de sus tres hijos, mi hermano, mi hermana menor y yo, ella cultivaba el huerto de nuestra casa cuando tenía tiempo, entre su trabajo en el ayuntamiento y la preparación de la cena para los empleados. quedarse en una empresa constructora. Iba de un lado a otro, de la casa al exterior, del jardín al trastero, poniendo a secar la ropa, saliendo por la puerta trasera para ir al huerto. Cuando no tenía tiempo, iba directamente del huerto a su lugar de trabajo. Cuando lo pienso, no puedo creer toda esta actividad de un lugar a otro en el mismo día.

Fue Osaka donde fue con los ojos cerrados, que era la fuerza impulsora de nuestra vida diaria. Mi madre siempre estuvo activa. Nunca la he visto estirar las piernas sobre los tatamis o holgazanear en el sofá de la sala.

Si a veces dejaba de moverse era por la mañana, cuando se marchaba. En el umbral de la puerta o incluso desde la puerta trasera, en tono de recomendación, decía: “No olvides cuando vuelvas del colegio darle de comer al perro. Piensa también en el agua, ¿eh?” En otra ocasión: “Hoy estoy trabajando horas extras. Haga arreglos para la cena. Cociné un poco de pescado, que dejé en la sartén. Mira también en la nevera”.

Mi madre, que nunca había estado sin trabajar, ahora había perdido una de sus piernas que antes le permitían correr a todas partes... Tenía unas piernas robustas, sin la más mínima partícula de grasa, una estructura sólida. Entonces un día no pude evitar preguntarle:

“Por cierto, la pierna derecha que te quitaron en el hospital, ¿dónde podría estar? ¡Deberíamos habértelo devuelto!”

Mi madre se echó a reír, una risa agradable.

"¿Qué te gustaría hacer con él?" La pierna de un anciano no sirve, ¡veamos! Una pierna momificada, no quiero ver eso, para mí es muy poco. Finalmente, ¿en qué piensas cuando haces una pregunta como esa? ¡Qué chica tan rara eres!

— Pero tenías unas piernas bonitas, por eso. Creo que es un desperdicio.

— ¡Si algún día me tienen que cortar el izquierdo, no me olvidaré de dártelo!” dijo, riendo.

A mi vez, me reí.

“Gracias, mamá. Lo aceptaré con mucho gusto”.

Los días en que la lluvia no daba señales de parar, después de leer el periódico o hojear catálogos de plantas, mi madre se quedaba más o menos dormida en el sofá. En esos días, me sentaba frente a mi computadora e intentaba ir a trabajar, pero mi corazón no estaba en eso. Con esfuerzo lo único que pude hacer fue hacer trapos con toallas viejas o fregar las ventanas con algún producto, o incluso sin producto, para intentar quitar las marcas verdosas que dejaban el musgo y el follaje. Los harapos instantáneamente se volvieron verdes.

Pasó el tiempo, esas horas largas y breves que unieron a madre e hija. La madre envejecida, la hija que pronto envejecería, la tarde se acercaba, una tarde de estación lluviosa. Curiosamente, precisamente en este clima húmedo y con poca luz las luciérnagas revoloteaban alegremente. O mejor dicho, cuanto más duraba la temporada de lluvias, más vivían las luciérnagas.

En estas noches se había establecido un nuevo rito el año anterior. Después de cenar, mientras esperábamos las ocho de la mañana, cuando las luciérnagas empezaban a iluminar la noche, compusimos haikus.

El pasado mes de junio, mi madre empezó a leer con pasión un periódico que accidentalmente había quedado abierto sobre la mesa. Se trataba de poemas, haikus o tankas escritos por lectores, que habían sido seleccionados por la redacción del periódico. Pasó el dedo por cada hiragana, leyendo los poemas uno por uno, y no ocultó su admiración. "¡Todos ellos están compuestos con mucha habilidad!" “Su actitud no dejó de suscitar cierta emulación. "¿Quieres probarlo?" Le di la pértiga. Ella lo agarró inmediatamente. Así empezaron las cosas.

Cada noche, al terminar la comida, comenzaba la espera ritual de la aparición de las luciérnagas. Teníamos a la mano una recopilación de haikus clasificados por estaciones y eventos rituales, un manual de Introducción al Haiku y permanecimos en silencio durante aproximadamente una hora. Pronto uno de nosotros preguntó:

"¿Estás listo?"

— Sí, eh, bueno, casi”.

Pareciendo mezclados, nos mostramos lo que habíamos notado. Y nos reíamos. Las diecisiete sílabas estaban esparcidas en todas direcciones sobre el papel, garabateadas, tachadas, añadidas.

“¡Oh Dios! ¡Qué decepción! Todos apestan. Ninguno para redimir al otro”.

Apenas había hablado cuando mecánicamente estiró el cuello hacia

la oscuridad lacada que rodeaba la terraza. Ya se sentía atraída como un imán por la espera de las luciérnagas, indiferente a componer haikus. Casualmente, lo observé. Como para asegurarme de la velocidad con la que la vejez hacía su trabajo. Su rostro conservaba la misma expresión gentil de antes, pero me preocupaba la idea de descubrir alguna forma de tormento allí. El rostro de mi madre estaba sereno y gentil. Esta actitud que la envolvía, como la aceptación de todo lo que le pasaba, por el contrario me quitó la calma, porque me preguntaba si no lo estaría asumiendo ella misma.

Sólo le quedaba una pierna, ya no podía tomar el camino que bajaba desde la casa, incluso terminó por no cruzar más el Puente Yukio. ¿Qué puede sentir alguien que ha perdido la libertad de movimiento? Intenté vagamente imaginar sus sentimientos, pero era difícil leer el rostro de mi madre mientras caminaba tranquilamente con su prótesis cubierta por un calcetín grueso. Su rostro estaba marcado sólo por una profunda atención.

Yo, por mi parte, había notado la rapidez con la que sus ojos se fijaban en las cosas cuando observaba el jardín, desde lo alto de la terraza.

"¿Qué estás mirando?" Le pregunté un día. Ella respondió simplemente: “Miro las cosas viejas, abajo”.

El puente de madera, las tinajas y vasijas viejas, las tejas aquí y allá, las cosas medio rotas que había traído de casa, cosas de cuando mi padre estaba en este mundo. La casa del pasado ya no era la que era, nos habíamos deshecho de lo que había envejecido. Pero mi madre seguía pensando en tiempos pasados. Aunque ya no podía cruzar el puente Yukio, continuó tocándolo por dentro. De hecho, parecía retroceder en el tiempo, caminaba con el recuerdo de sus piernas buenas, cruzaba el puente en su corazón, recordaba el sentimiento de los objetos que había acariciado. Yo, durante este tiempo, miré su espalda, imaginé lo que veían sus ojos, no pude evitar seguirla en el caminar de su corazón. En esos momentos, las palabras vinieron a mis labios.

“Dime, deberías venir más a menudo. ¡Para contemplar cosas del pasado!”

Incluso los fragmentos de recuerdos, los pedazos de un jarrón, de un plato o de un cuenco rotos, están imbuidos de tiempo, llevan la marca de los días en que estuvieron vivos, porque fueron usados. Los viejos azulejos negros recuerdan la pobreza de la antigua casa, el calor del sol que inflaba colchones y edredones, el cuenco con el borde

desconchado sin duda recordaba a mi madre el olor de la cocina donde trabajaba al regresar de su trabajo. Ella no dijo nada, pero su mirada, que iba de un objeto a otro, apenas ocultaba el ardiente deseo de redescubrir este tiempo ya tan lejano.

¿Por qué mi madre se sentía tan atraída por las luciérnagas? Ella, que había sufrido una enfermedad grave y que ahora había recuperado la salud, parecía impregnada de un sentimiento diferente al mío, que me regocijaba ante el espectáculo de las luciérnagas como si fuera un acontecimiento excepcional.

Este año volvieron a aparecer las luciérnagas. Incontable. El año pasado no sabía que eran luciérnagas en miniatura. En comparación con las demás, las luciérnagas genji o heike, son infinitamente más pequeñas. Apenas cinco milímetros en el dedo que lo agarra con delicadeza. A diferencia de otras luciérnagas que sólo pueden nacer cerca de agua clara, las princesas surgen de la tierra. Ponen sus huevos sobre humus, hojas muertas o ramas de árboles caídas, también viven en el bosque. ¿Será por la intensidad de su actividad, no sólo cerca del agua de manantial, sino también en lo profundo del bosque, que brillan con su hermosa luz fosforescente? Las luciérnagas que se habían posado sobre el blanco inmaculado de las flores me dieron la impresión de una iluminación mágica de un verde maravilloso. Los machos no pueden volar, pero tienen el poder de emitir luz y se desplazan sobre árboles y hojas. Esta luz brillante brilló por todo el pantano.

Una pequeña luciérnaga salió a la terraza, casi rozando la cara de mi madre, antes de desaparecer inmediatamente. ¡Qué serenos son estos insectos que viven apenas dos semanas! En medio de la oscuridad, líneas dispares, arabescas, en dientes de sierra, redondas u ovaladas, todo tipo de formas luminosas revolotean con gracia. Cuando se acerca una luciérnaga, mi madre extiende su mano hacia la luz verdosa y tararea, llamando a las luciérnagas: “¡Ven, linda mía, ven, hermosa mía, descansa en mi dedo tierno!”

Mi madre se quedó diez días. Luego regresó a su casa, no sin decirme: “¡Qué día tan agradable tuve! Vi algunas cosas realmente lindas, la comida también estaba deliciosa, ¿sabes?” Esta vez fue mi hermana menor quien la acompañó, luego de pasar el fin de semana.

“La próxima vez, me pregunto si… En cualquier caso, ¡me encantaría poder volver!”

Mi madre dijo en la estación las mismas palabras que el año pasado y agitó las manos cuando nos fuimos, sentada en su silla de ruedas.

Guardé los artículos de cuidado, luego, mientras lavaba las sábanas y el pijama que había usado mi madre, olí el viento del mar, un olor fuerte, que se mezclaba en algún lugar con el aire cálido y húmedo. El viento parecía haber cambiado. Sin duda la temporada de lluvias duraría algún tiempo, pero dentro de una semana o diez días como máximo, retumbarían los truenos anunciando el fin del mal tiempo. Una lluvia torrencial que arrasa con todo. No pude evitar sentir cierta impaciencia, eso sí, no podía esperar a que rompiera la lluvia.

En una esquina de la mesa, un cuaderno lleno de haikus basura, sujetos por un pisapapeles de cristal. Un montón de malos poemas. Los ordené cuidadosamente antes de insertarlos en una carpeta transparente. Al releerlos veo que los haikus que mi madre compuso durante su estancia en la península, salvo algunos, todos tienen que ver con las luciérnagas.

vine y
Vi el estanque todo blanco de blancura
flores
Las luciérnagas revolotean
Las exclamaciones revolotean
Noche en Shima
(Mi madre notó tímidamente que esto es una imitación de un haiku Bashô.)

en la palma de mi mano
ligero como un soplo
La luz de una luciérnaga
La blancura de la oscuridad
Blancura de las flores
Las luciérnagas vuelan
Noche blanca del bosque
Las luciérnagas vigilan
noche incandescente
De repente la lluvia
¿Dónde están las luciérnagas?
que el aguacero ha sorprendido
La silla de ruedas pasa
Evitando la oruga
Por cierto
Al final, esto es lo que leí:

Llegada desde lejos
En vísperas de la temporada de lluvias
Estoy ablandado por el mío

Entonces, una madre que había mirado con tanto ardor "las cosas del pasado", estaba pensando en mi hermano y su familia con quienes vivía en la región de Nagoya. Cuando comprendí, después de leer esto, hasta qué punto sus pensamientos se dirigían a su propia casa, me quedé sin aliento. El día a día de mi madre no era en la península, era en la casa de Nagoya, en su casa, allí estaba su lugar infalible.

Hoy es 11 de julio. Durante la estancia de mi madre, la luna y las estrellas apenas se asomaban, pero esta noche, entre las nubes, pudimos ver la luna. Equipado con una linterna, me dirigí al puente Yukio. Sencillamente porque desde este lugar se puede observar toda la marisma y lo más profundo del bosque.

A medida que pasaban los días, las luciérnagas eran cada vez menos. Fue cerca del pantano donde descubrí algo inusual. Sobre la tierra negra seguían brillando vagas luces. Al principio pensé que eran piedras con líquenes fosforescentes brillando sobre ellas. Al mirar más de cerca, distinguí algo similar a los extremos de unos palillos afilados. Las ramitas marchitas estaban cubiertas de parásitos terrestres que dispersaban la luz azulada de sus moléculas halógenas. Aquí y allá, alrededor del estanque, parecían los fantasmas del verano.

Extraordinarias todas estas cosas que emiten luz. Aquí todo brillaba. ¡Hasta las ramas muertas!

De pie en la terraza, miré a mi alrededor en busca de todas las luces. Este año, ¿se habían reproducido con éxito las luciérnagas? Esta tarde también las luciérnagas brillaban pero iban a morir. Seguramente mañana las luces serían aún más raras. Por otro lado, más allá de la oscuridad del bosque, se acercaba el apogeo del verano.

Poco calor. Es la época en la que enviamos tarjetas de verano. Preparados para proteger las plantas del sol. Los lirios empiezan a florecer. Recogemos los frutos de los arbustos de bayas. Sembramos las semillas del cosmos. Se plantan árboles de hoja perenne. Plantamos los bulbos de lycoris. Las berenjenas, los pimientos, los pepinos, los chiles y los núcleos de verduras están maduros. Ahora es el momento de dividir matas de plantas ornamentales, etc.

Como siempre, apunto en el calendario:

Hace mermelada de madroño y zumo de frutas.

Saca del tarro las ciruelas maceradas en alcohol y haz mermelada con ellas.

Se arrancaron los pastos de los pantanos que habían crecido considerablemente durante la temporada de lluvias.

Compré una piedra de afilar y un encendedor, hilo, estacas para plantas, tijeras y papel de fax.

VII

De vez en cuando pienso en Tokio.

En esta época del año, el sol de pleno verano debe calentar el asfalto de las carreteras, quemándolo de negro. En mi casa, donde todas las ventanas están bien cerradas, de las tuberías viejas sale un mal olor, un olor nauseabundo y pesado. Viví allí durante más de veinte años. Pensé que era el único lugar donde podía existir.

En verano, temblando por el aire frío del aire acondicionado, miraba a menudo mi balcón seco, blanco por la luz del sol. Las plantas se asfixiaban, apretadas unas contra otras, en ese espacio que no medía más que dos tatamis. En cuanto tiraba uno que ya se había descolorido, otro se secaba. Esta pequeña terraza donde coloqué una nueva planta que iba a comprar la semana siguiente en la calle comercial cercana al edificio. Dediqué mi tiempo a poner algo en lugar de lo que había desaparecido. Dejar la pérdida visible me asustó.

No estaba comprando plantas nuevas por el deseo de una frescura verde. Yo, que no tenía marido ni hijos, quería tener algo de qué cuidar, cualquier cosa servía, tenía que cuidar de algo. Regar, cambiar de lugar, renovar el suelo, añadir un poco de fertilizante. La vida de una planta no es tan pesada como la de un ser humano. Es difícil hablar de responsabilidad, se trata más bien de jugar a sentirse responsable. Pensé que era más o menos lo mismo que los humanos. Después del nacimiento, las extremidades se alargan, la planta toma forma, necesita agua, pide alimento, mira al sol, si está cansada, las hojas se marchitan, el tallo se vuelve pesado. En este intervalo, la planta depende de alguien, no tiene dudas de que la cuidarán. Por supuesto, él no es una persona, pero me dije que yo también tenía una

familia, el balconcito y sus plantas servían de familia. Estaba feliz de tener algo que vigilar.

En la península no fue lo mismo, entendí que tenía ideas formadas, no fue eso en absoluto. La vida y crecimiento de las plantas no cumplía con las expectativas de un individuo, y las ramas que pensé que podía alcanzar estaban tan enredadas que ni siquiera podía tocar una. Si me ausentaba por unos días, bajo el ardiente sol del verano las raíces crecían por todos lados bajo la superficie, y por más que apoyaba mi peso sobre la hierba, se resistían ferozmente. El agua que vertí al final del día fue inmediatamente absorbida por la tierra y en menos de media hora se secó bajo el sol que lanzaba sus rayos hacia el oeste.

Después de establecerme en la península, mi trabajo cambió de forma. Ya no se trataba de cuidar las plantas, el campo del cuidado había cambiado, sólo reinaba la lucha con las plantas y los animales. Las telarañas que las arañas tejían entre los árboles se me pegaban a la cara o al cuerpo cada vez que bajaba al jardín, las hormigas, por donde entraban, inmediatamente olían azúcar o restos de comida y montaban un desfile.

Ciempiés, ciempiés, topos, víboras, avispas, mosquitos tigre… Este jardín ricamente poblado presentaba una cara radicalmente diferente a la que estaba acostumbrado en mi balcón. Yo, para luchar con todo esto, cada vez que el autobús me llevaba al pueblo me abastecía de todo tipo de insecticidas.

Bringue en el autobús, miré por la ventanilla el verde intenso de los árboles. Pensé que el bienestar urbano provenía ante todo de la ausencia de lucha con la naturaleza, al menos con la naturaleza tal como la experimenté aquí. Incluso si dejo que una planta se seque, inmediatamente puedo adquirir una nueva con una forma igual de hermosa. Incluso si regué a pesar de mi sudor, no me vi obligado a arrancar las malas hierbas a costa del lumbago. No fue necesario podar los árboles para preservar la luz del sol.

Los seres que dominé en Tokio no estaban equipados con grandes ramas ni cubiertos de malas hierbas. Mientras absorbía estos pensamientos, proliferaron los intrusos invisibles. Si respondía al teléfono era para escuchar a alguien que me ofrecía comprar un lingote de oro o incluso encargar a una empresa el lavado de mi ropa de cama. Por casualidad colgué una oferta turbia para limpiar la campana de la cocina, que en realidad era un pretexto para venderme un ventilador nuevo, y casi tiré el intercomunicador al suelo,

exasperado por la voz aguda del empleado de una compañía aseguradora. Yo estaba luchando contra todas estas propuestas que la sociedad de consumo estaba multiplicando desmedidamente.

Cada mañana, en la planta baja del edificio, descubría decenas de anuncios arrojados en mi caja durante la noche, folletos y folletos. Cada día, cada noche, esos papeles que alguien venía a dejar en los buzones me obligaban a imaginar un mundo que algún día desaparecería, enterrado bajo la basura.

Anuncios inmobiliarios, alquiler o venta de apartamentos, compañías de crédito, muestras gratuitas de productos de belleza, un folleto que presenta una residencia de ancianos construida recientemente en una ciudad de las afueras de Tokio, un anuncio del comité de vecinos que anima a tener cuidado con las Estafadores que intentaron obtener transferencias de dinero con falsos pretextos, pide la donación de objetos para la venta de garaje que el barrio organizó en un salón con motivo de la fiesta de verano. A veces se mezclaban anuncios turbios de masajes a domicilio, sin olvidar propuestas para comprar concesiones en un cementerio.

¿Qué había sido de aquellos montones de papel? Le había recomendado al guardia que cuidara mi buzón, pero ¿lo pensó? Quería que tirara todo a la basura.

Vivía en un edificio ocupado por personas que me eran desconocidas, pero aun así tenía que participar en todo tipo de actividades.

Unirse a simulacros de evacuación en caso de incendio, estar presente para comprobar los detectores de humo que se colocan en cada apartamento o en caso de obras, como la impermeabilización del balcón... Actualmente, por ejemplo, publicamos el programa de la fiesta de verano que se desarrollaría en el patio del colegio local, o las fechas previstas para el pleno del consejo sindical.

Había dejado todo atrás. El verano que había abandonado en plena capital a quinientos kilómetros de distancia permaneció inmóvil, como la imagen de un vídeo interrumpido, pero la pantalla sigue desplegándose. Mientras pensaba en mi vida en Tokio, me sentí atrapada entre dos veranos, sentí como si me balanceara en la atmósfera.

La temperatura subía cada día por encima de los treinta grados y en el bosque las cigarras habían comenzado a chirriar frenéticamente. Las hormigas continuaron su procesión. La delgada línea negra que formaban iba desde el suelo de la cocina hasta la mesa del salón. Lo

presioné con un trapo, limpié el suelo una y otra vez, tanto que sudaba cada vez más, y corrí al baño. Si, por miedo a que el calor me enfermara gravemente, me quedaba en casa, curiosamente me encontraba preocupándome por lo que estaba pasando en Tokio.

Todo surgió por el calor. El año pasado, o pasé el verano en una biblioteca, o corrí a un supermercado o a unos grandes almacenes, donde el aire acondicionado estaba a tope, no compré nada, caminaba al azar. A veces iba a un barrio desconocido, miraba a los niños jugar en un parque, a la sombra de los árboles, entraba en una galería, miraba las obras expuestas, hasta que dejaba de sudar.

Aquí las posibilidades de ir a cualquier parte eran limitadas.

Al no tener coche, no podía pensar en ir muy lejos si me apeteciera. Decidí mover el sofá a una ventana cerca de un área bien ventilada y descansar. Para aliviar un poco el aburrimiento, basta con abrir un libro, pero al cabo de unas pocas páginas, el sueño se apodera de mí, un sueño invencible, hasta el punto de que paso los días durmiendo.

En estos momentos, a menudo tengo sueños sin sustancia, ligeros y borrosos como el agua. La mayoría de las veces, Nanako o un amigo mío que murió demasiado pronto aparece sin motivo y también se desvanece. Sucede también que aparece, en la incertidumbre de mi cerebro, apenas emergiendo de las brumas del sueño, el chico con el que una vez subí a Tokio. Todavía era joven, los días de canícula que aún no tomaba por verano, esos días tórridos en los que me quedaba tumbada en un sofá, sin dormir, vuelven a mi memoria, se deslizan suavemente como una película que me gustaría volver a ver. .

Ese día, al final de la jornada, tomó forma un sueño tan fluido como el agua. Estaba recostada en el sofá, me desperté y miré con los ojos aún pesados por el sueño los tatamis de la habitación japonesa que el sol del final de la tarde golpeaba con sus rayos. Estaba empapado de sudor. Mi cuerpo todavía flotaba mientras dormía, me sentía nublado. Mi mirada, que no estaba fijada en nada específico, se dirigió hacia el tatami tokonoma.

Un cálido suspiro escapó de mi pecho.

El calor me había dado pereza, hacía tiempo que no limpiaba y el polvo se había acumulado. Sobre los claros copos blancos el sol poniente proyectaba su luz y el polvo brillaba con un brillo violeta. Mientras contemplaba el espectáculo, vi de nuevo, como desde lo más profundo de un sueño, la llegada de un sobre completamente blanco. Había sido arrojada a mi buzón al mismo tiempo que otras cartas. El nombre del remitente que figura en el reverso no significa nada para

mí. En el interior había, doblado por la mitad, un anuncio de defunción. El nombre de un hombre que había olvidado hacía mucho me llamó la atención.

… El funeral se desarrolló en privado, de acuerdo con los deseos del difunto. Por favor, no nos guarde rencor por nuestra demora en anunciarle la noticia...

Una carta escrita en una hoja de papel de arroz acompañaba al anuncio con bordes negros. Fue la hermana menor del fallecido quien lo había escrito. Explicó que su hermano le había pedido que me anunciara su muerte a solas. La familia del fallecido no sabía nada, se habían encargado de escribirme y me pidieron que destruyera inmediatamente la carta.

El polvo seguía en el mismo lugar. Bajo el sol poniente, brillaba aún más.

No entendía por qué esta carta que acompañaba al anuncio invadió de repente mi cerebro. Aún acostada en el sofá, volví a cerrar los ojos. El rostro del hombre, tan distante, que se suponía había alejado de mí, ahora volvió a la vida en mi memoria. Esto me recuerda que Nanako fue la única persona en quien confié.

"Si ambos hablan en serio, bueno, ¡ambos son estúpidos!" Nanako finalmente se soltó después de un silencio.

El polvo rojo se movió levemente. El viento cálido y húmedo del atardecer soplaba a través del mosquitero de la habitación japonesa. El aire que había permanecido en calma durante algún tiempo, al parecer, había comenzado a descender hacia la noche.

La voz del hombre me llega desde lejos. "¿Así que cómo estás?" Saludaba siempre en voz alta. Le encantaban los cuadros y de vez en cuando sostenía un grabado barato que le había comprado a un joven artista y me preguntaba qué pensaba de él. Por cierto, eso me recordó que debía tener un grabado que me había regalado, de tamaño pequeño, como B6, hecho por una mujer, que representaba un ratón, y en una esquina estaba escrito el título Telly -Telly el ratón.

“¿Qué significa este Telly-Telly?”

- No sé. Eso es precisamente lo divertido. La cara del ratón es graciosa, ¿no? ¡Tan pronto como vi esta impresión, no pude evitar comprarla!” dijo sin quitar los ojos del ratón. ¿Fue porque hablaba con pasión? Sus finos labios permanecían estrictamente apretados. Me encantaba esta boca que a veces permanecía hermética como una concha. Parecía querer decir algo, pero cambió de opinión y se mordió los labios. Me encantó el profundo silencio que envolvió a este

hombre.

Había guardado este grabado en una pared de mi casa durante un tiempo, pero ya no sabía qué había hecho con él. ¿Lo había guardado en la parte trasera de un armario de mi estudio? En cualquier caso, habían pasado varios años desde que lo vi.

Telly-Telly, Telly-Telly…

En la habitación brillando bajo el sol de la tarde de finales de verano, era como si los dientes crujientes del ratón masticador llenaran el espacio.

Éramos tan cercanos, ¿por qué lo había dejado? Por mucho que fingiera ignorancia, de repente me llegó el olor de la casa del hombre. ¿Era esa presencia que, aunque discreta, se me había hecho difícil de soportar? Sí, eso fue todo, sin duda. Nos reuníamos regularmente, pero dentro de nuestra intimidad siempre fui consciente de la existencia de una fría línea de demarcación. Sabía que no debía mencionar ciertas cosas. Si estas cosas se convirtieran en palabras, se produciría una división. Sin embargo, fui yo quien terminó hablando.

“Si las cosas tienen un comienzo, también deben tener un final, ¿no crees? En la situación actual es imposible avanzar. Entonces podríamos parar, ¿verdad? Por favor déjame dejarte”.

Lo dije porque quería decirlo.

Telly-Telly, Telly-Telly…

De mi frente apoyada contra el viejo sofá raído, corría el sudor. Mi espalda y mis brazos también están húmedos por el sudor del sueño. El sol abrasador del final de la tarde redobla su intensidad, el paisaje fuera de la ventana es de un rosa intenso. Sobre los tatamis de la habitación japonesa, el reflejo del marco de la ventana extiende vívidamente su sombra.

Después de que tomé la decisión de terminar mi relación con él, no lo volví a ver ni una sola vez. Lo mismo sucedió con el hombre con el que vine a Tokio en mi juventud. Una vez que decido no volver a ver a alguien, me mantengo firme en mi decisión. A pesar de esto, llamó. "¿Así que cómo estás?"“

Tan pronto como escuché su voz, mi corazón se estremeció. ¡Había tirado algo precioso con tanta facilidad! Me pregunté muchas veces por qué había dejado tan casualmente a alguien con quien había sido tan cercano durante ocho años. ¿Cómo fue nuestra última conversación telefónica? Estoy seguro de que después de su famoso "Entonces..”., se quedó en silencio un momento antes de decir: "Vamos a cenar juntos, ¿eh?". Por una vez. Si las cosas terminan, también

pueden empezar de nuevo, ¿verdad? ¿Qué dirías de la próxima semana?" Habló con voz clara, con una alegría que parecía haber persistido durante todo este tiempo en el que no nos habíamos visto.

Cuando lo pienso ahora, me doy cuenta de que su voz alegre en realidad ocultaba algo de angustia, quería decirme algo. "No, no quiero volver a verte". Por muy tercamente que me negué, él siguió insistiendo. "Pero quiero verte. ¡Por favor! ¡No seas tan terco!" Contrariamente a su costumbre, era urgente. Si era tan testarudo tal vez fue porque se dio cuenta de que algo había salido mal en su cuerpo. Después de que me negué a cenar con él, nunca volvió a llamar. No sabía que llevaba mucho tiempo luchando contra una enfermedad.

En ese momento, lo único que entendí fue que ninguno de los dos éramos jóvenes ya. Que se había hecho imposible reducir la distancia que se había establecido entre nosotros. Nunca había albergado la ilusión de que pudiéramos vivir juntos. Hizo bien en regresar con su familia. Fue bueno que tuviera una familia que lo ayudara en sus momentos finales, después de luchar junto a él contra el mal.

Telly-Telly, Telly-Telly... La voz distante se apagó.

Cuando las cigarras se cansaron de cantar, todo quedó en silencio. En este silencio fugaz, puse la carta en la canasta y caminé, la puesta de sol púrpura incendió todo el río.

Será porque habían pasado muchos años desde nuestra separación, la tristeza, el dolor de haberlo perdido, curiosamente, no me asaltó. Me quedé bastante sorprendido. ¿Por qué fui el único que siguió viviendo? Uno pesa en la balanza (este también fue el caso de Nanako), el otro está ahí para vigilar al que se hunde. Aunque no lo había querido, ¿por qué siempre estuve del lado que eligió vivir?

¿Fue ese mismo día o mucho después que, presa del deseo de contemplar el espectáculo de las luces de la noche, subí por la escalera de incendios?

Volví a mi memoria, a la luz del crepúsculo que invadía la habitación, sin dejar de mirar los copos de polvo que revoloteaban aquí y allá.

La ciudad que vi desde lo alto de la terraza estaba llena de luces. Fue un lujoso edificio de treinta y seis pisos, construido unos años antes frente a mi casa, el que llamó más la atención. Cuando el proyecto de construcción vio la luz, participé con los vecinos del barrio en un movimiento de protesta, hicimos decenas de pancartas y carteles. Si había puesto tanta energía en oponerme a este proyecto

era porque estaba convencido de que éste era el lugar donde eventualmente llegaría a la vejez. Puede que tuviera una casa en la península, pero era sólo un retiro temporal. Una casa donde nos reunimos en familia por un corto tiempo. Aquí no era donde esperaría a que llegara la vejez.

Sin embargo, a pesar de nuestra oposición, el edificio fue construido. Gracias a la compensación, mi estudio fue equipado con doble acristalamiento para protegerlo del viento y del ruido, pero no pude encontrar la luz de la mañana que penetraba hacia el este y el sur. En cambio, tenía luces provenientes de los apartamentos de la torre. La torre se fue llenando poco a poco de sus felices ocupantes.

Mientras miraba las luces en la noche, me dije a mí mismo que cuando la gente muere, otros vienen a reemplazarla. Si algunos nunca cambian de lugar de residencia, otros pueden irse a otro lugar sin preocuparse. No podía creer lo armonioso que era el mundo.

Pero al mismo tiempo, ¿no debería admitir que esta observación me hizo estremecer? Como me vi obligado a admitir que quería seguir viviendo, este deseo era más fuerte que la tristeza o el dolor del duelo. ¿Es así como nos acostumbramos a la muerte de personas que conocemos, a su ausencia definitiva?

Mirando hacia atrás, me di cuenta de que las cosas que alguna vez tuvieron significado no eran más que cáscaras sin alma. Los caminos a los que estábamos acostumbrados, el pequeño restaurante de fideos de trigo sarraceno, el bar que nos encantaba… No quedaba nada. Ya nada era interesante. No más lugares que te den ganas de ir. Nada más que encienda la pasión. ¿Realmente iba a envejecer aquí? ¿Debería aceptarlo? ¿Era inevitable? El hombre también se había convertido para mí en una cáscara vacía. En un lugar ya no habitado por la pasión, un cuerpo cayó silenciosamente.

El edificio de treinta y seis pisos que estaba mirando esa noche fue cubriéndose gradualmente con un velo negro. Una ilusión se apoderó de mí, el velo espeso y pesado provocaría su caída, sería tragado por la densa sombra. Pero la noche de Tokio siguió siendo cegadora.

Todo mi cuerpo recibió la luz del sol poniente y me miré a mí mismo, mi pasado volvió a mi memoria, consideré mis decisiones bajo esta luz. Apoyado en la barandilla de la terraza, estiré el cuello para mirar el rincón más iluminado de la capital. Nadie entró en mi campo de visión, pero el agua de los tanques, que estaban encendidos, fluía con claridad. Tuve la impresión de encontrarme en un universo desconocido, encerrado en sí mismo, alejado de todo y helado.

Levanté la cabeza, un poco de viento entraba por el mosquitero. Las cortinas blancas se agitaban débilmente. ¿Dónde habían desaparecido los copos de polvo que un momento antes revoloteaban con un resplandor rojo? Los busqué, en vano.

Poco a poco dejé de sudar. Asegurándome de que el gato estaba dentro, salí a la terraza. El sol poniente, de un púrpura tan intenso que daba miedo, se hundió en el fondo del pequeño valle formado por el terreno en pendiente. Los árboles del bosque reflejaban la luz llameante entre sí como antorchas. Árboles del color de la sangre. No podía apartar los ojos del fuego. Si hubiera sido posible, al menos hubiera querido mostrarle a Nanako los colores del atardecer. La cara clara y alegre de Nanako diciéndome "¡ambas son tan estúpidas como la otra!" brillaba en la esquina de mi cabeza con un resplandor rojo. De cara al sol poniente, no pude evitar llamarlo.

"¡Nanako!" Estúpido o no, todos mueren eventualmente. ¿No estás en una buena posición para saberlo?

— Es verdad, todos somos iguales. Todo tiene un final…" La voz distante de Nanako me alcanzó.

"Sí, todo termina un día… repetí.

"Pero ya sabes…" Aquí, la voz de Nanako resonó un poco más fuerte. "Sabes, tenemos que seguir adelante por el mismo camino, hasta el final. No debemos retroceder ni desviarnos del camino. Me desvié del camino, tomé un desvío. A veces me arrepiento de no poder volver…

- ¿Para volver?

— Es una idea que se me pasa por la cabeza cuando te veo caminando por la península, tal vez una especie de celos que siento. Recuerdo con nostalgia a aquellos que son capaces de tirar las cosas sin dudarlo, de tomar decisiones...

— Es inteligente decir eso ahora. Tú también has elegido. ¿No elegiste terminarlo?

- Tal vez. En cualquier caso, os aconsejo que olvidéis, eso sí, que olvidéis a los muertos. Sólo debes salir con personas que estén vivas. ¡Y vive para ti, tanto como puedas!.."

El sol poniente se ha desvanecido, el cielo se ha envuelto en la noche. Encendí un poco de incienso repelente de mosquitos y me lavé la cara con agua fría.

Sin esperar, fui a la cocina y pensé en el menú de la noche. Pensé que mi cuerpo sólo quería comer alimentos sin color. Quería ofrecer a mi visión de los muertos algo frío y suave, para eliminar la impresión

que había dentro de mí. Empecé exponiéndome al viento frío del aire acondicionado, luego comí un plato de fideos muy finos aderezados con muchas especias. Luego tomates en ensalada, aceite de oliva y limón, y tofu frío aderezado con bonito finamente picado.

Llené una olla con agua y la herví. El agua del grifo estaba muy fría, afuera todos los insectos del verano habían iniciado su concierto.

Tuve un sueño cubierto de polvo. Aspiro la habitación japonesa.

Escribo una carta a S y N para disculparme por haber pasado mucho tiempo sin darles ninguna noticia. Una tarjeta para T, que se encuentra en Tokio, para que rechace una invitación a una comida. Aprovecho para decirle que estoy aquí.

Cosas para comprar: ropa interior, una funda de almohada, un tubo de mostaza verde, una sandía.

Antes de acostarme, abro la caja en la que he metido una colección de poemas de Kaneko Mitsuharu. Como yo, él nació en la región de Aichi, somos compatriotas. Sólo estuve en esta ciudad hasta los dos o tres años, pero he sentido una especie de intimidad con ella durante mucho tiempo. Hojeé al azar. Más que El tiburón o El paraguas caído, sigo prefiriendo los poemas que cantan sobre mujeres. El que más me gusta es The Sink.

Lo leí en voz alta.

Mientras la vida continúe
Me será dado escuchar
El sonido melancólico que fluye hacia el fregadero.

Una nota indica que se trata de una alusión a las mujeres de Cantón que orinan en el lavabo, un chorro ligero, que me recordó a mi madre aquí cuando usaba el orinal en mitad de la noche. Shabori shabori. Mi madre que sólo vive el presente, con cuidado. Ella que debe saber mejor que nadie lo que le depara el futuro, come, se libera, vuelve a comer, se libera... Mi Madre que confía su cuerpo a esta vida diaria.

Shabori shabori…¡Qué melancólico es este ruido de la vida!

Bien, olvidemos a los muertos. Voy a visitar a los vivos.

Paso las páginas y me encuentro con un poema que canta sobre las plantas del Sur. Palmeras, plátanos, cocoteros. Su follaje susurra con el viento, las hojas de color verde oscuro se hacen jirones. Entre los shuro y las palmeras que apuntan hacia el cielo, el olor a lluvia se

vuelve denso.

Tengo que ser fuerte. Fuertes como las mujeres de Cantón que se agachan para orinar en los lavabos. Fuertes como las hojas tropicales que se mecen con el viento, pero hechas jirones.

VIII

Pronto será el final del verano pero sigo usando sombrero con velo, mangas largas y guantes. En mi cinturón coloco un repelente de mosquitos portátil. Como los diminutos insectos también pasan por los mosquiteros, en todas las habitaciones de la casa pongo incienso repelente de mosquitos. Durante todo el día, mi cuerpo está bañado en humo destinado a repeler mosquitos y huele a producto a base de crisantemo. Por ejemplo, cuando levanto un poco la cabeza de repente, este olor se escapa de mi cabello.

"¡Definitivamente no estás cambiando tus hábitos!" Aprovechando un paseo por el bosque, fui al taller de miel, y Kayoko hizo un gesto con la mano y se echó a reír. Ella también usa un sombrero con velo para protegerse de posibles picaduras, pero el que yo uso no tiene nada que ver con el suyo que está destinado a proteger contra las abejas.

"¡Anoche también me picaron en varios lugares!

— ¿El extracto de houttuynia que te di no tiene ningún efecto?

— Ya sabes, los mosquitos en el pantano, haría falta mucho para ahuyentarlos.

— Si no recuerdo mal, el año pasado fue cariño, ¿no?

— Sí, una mezcla de sal, clara de huevo y miel".

Parece que la miel, quizás no tanto como la jalea real que come la reina, tiene propiedades antisépticas. Kayoko me había dado un poco de este producto que ella misma había usado, asegurándome que funcionaba contra las picaduras de mosquitos. Este año me dio extracto de houttuynia. Los lugares donde me había picado culex estaban hinchados, pero por mucho que aplicara este remedio, la picazón y el ardor no mejoraron. El líquido estaba supurando, mis brazos y mi cara estaban llenos de ampollas.

Era lo mismo todos los años. Alérgico a ciertos insectos, fui el único que sufrió estas picaduras dolorosas como la punta de una aguja, y me encontré lleno de ampollas. No era sólo el pantano, por todas partes había bosques de bambú que eran el bastión de los culex y las moscas negras. Estos insectos proliferaron repentinamente con la temporada de lluvias y nunca me separé de mi equipo de protección.

"La cortisona que me dio el médico tampoco funcionó", le expliqué a Kayoko, como si culpara a toda la Tierra. Me quité el sombrero y Kayoko se echó a reír. Mi cara debió verse particularmente divertida cuando salió de mi tocado.

"Deberías volver a Tokio al menos durante el verano. ¡Realmente pareces una roca!"

Ella estaba diciendo la verdad. Tengo la piel increíblemente frágil, incapaz de resistir las inyecciones. Tenía razón, sólo tuve que esperar en Tokio a que los insectos desaparecieran. Aun así, no quería perderme el verano peninsular. No en vano había decidido quedarme más tiempo. Me negué a desperdiciar un solo segundo de cada día de las veinticuatro estaciones. Porque al fin y al cabo, lo que soportaba mi piel era también un aspecto de mi vida aquí, que tenía su origen en los insectos del verano, un momento de las veinticuatro estaciones del año.

El verano de la península pasó sobre mí brutalmente, agotando mis fuerzas.

"Dime, Kayoko…" comencé.

Durante el verano se produjeron varios incidentes. Por ejemplo, el Sr. Kurata se cayó de su escalera mientras intentaba adelgazar un poco el espeso follaje y se torció el pie. El viejo halcón que rondaba la zona todas las mañanas había desaparecido atacado por los cuervos. La esposa del señor Tachibana tuvo que quedarse en la habitación debido a un fuerte resfriado, una especie de gripe de verano. Durante casi una semana, el taller de teñido permaneció en silencio, interrumpido sólo por los ataques de tos de Madame Tachibana. Esta tos me pareció tan dolorosa que fui a traerle arroz sazonado y berenjenas hervidas a la hora de cenar. Quería saber el final de una vieja historia, por eso fui al taller de miel de Ochi.

"Yo no me daba cuenta por completo. ¡Incluso en un lugar tranquilo como este suceden cosas divertidas!"

Había dirigido su atención a lo que quería saber, pero Kayoko permaneció por un momento sin comprender.

"¿Qué, a qué te refieres?"

— Ya conoces, bueno, veamos, la historia del esqueleto… dije en voz baja.

- Ah, sí, estoy allí..” Y miró distraídamente en dirección al jardín. Como si algo acabara de aparecer.

“Pero ya sabes, esta historia se remonta a mucho tiempo atrás, incluso hace mucho tiempo…

En un bosque que se extiende al oeste de la aldea, en el hueco de una pronunciada ladera, parece que se hubiera descubierto un esqueleto. Estaba, al parecer, en un lugar por el que se filtraba agua, una especie de vertedero donde se amontonaban tablas podridas y coches para desguazar. Por mi parte, nunca había puesto un pie en esa zona.

“Todo empezó con las víboras…” explicó Kayoko con una mueca y frunciendo el ceño.

Fue el año pasado.

Como alguien que siempre tuvo trabajo en Tokio, era común que abandonara apresuradamente la península para regresar a la capital. A menudo, también pasaba varios días sin siquiera establecer contacto visual con un vecino, y durante mucho tiempo ni siquiera me daba cuenta de que había sucedido algo.

“¿Qué quieres decir con víboras? ¿Cuál es esta historia?” Acerqué mi oído a Kayoko, para escucharla decirme que el esqueleto tenía una apariencia grotesca y lamentable. Una empresa de demolición que no era de la región, ignorando la prohibición de tirar residuos, detuvo el camión para tirar las tablas podridas al bosque. En tiempos normales se habría marchado inmediatamente, pero en una visita anterior, un empleado había dejado varias botellas grandes en el suelo con la intención de elaborar alcohol macerando víboras, seguro de que el lugar lleno de humedad favorecería la maceración. Decidido a recuperar las botellas, el hombre había caminado de aquí para allá, hasta que notó algo inusual dentro de un auto abandonado a punto de volcar.

“Salió corriendo a toda velocidad, pero cometió el error de contarles a sus colegas su descubrimiento. Se avisó a la policía y se armó mucho alboroto. Por supuesto, el hombre víbora fue arrestado. Al parecer estaba acostumbrado a delitos de este tipo, tirando cualquier cosa a pesar de las prohibiciones.

— ¡Es inteligente!” Expresé mi interés en lo que me estaba contando Kayoko. Ella continuó en tono indignado:

“Si hubiera pasado de noche, pero a plena luz del día, ¡te das

cuenta! ¡Realmente se está burlando del mundo! Como el lugar está habitado principalmente por personas mayores que permanecen encerradas en sus casas y no hay patrullas durante el día, había apostado, seguro de no ser descubierto. ¡Está bien hecho, le enseñará! Pero ya sabes, todos los coches de policía que se movilizaron, ¡no te lo cuento! Era la primera vez que veía un número así, ¡las sirenas sonaban! ¡Como una película en la televisión!"

Coches abandonados, yo también, ya había visto varios en el bosque. ¿Quién pudo haber abandonado su coche allí y cómo? No era tan raro descubrir este tipo de restos donde tiempo antes no había nada. La primera vez que hice este tipo de descubrimiento mientras caminaba por el bosque, el miedo me hizo dar un paso atrás. Temblé al pensar que dentro de la cabaña supuestamente vacía, algo extraño podría estar enterrado.

Lo mismo ocurrió con las víboras. Al tratarse de una región húmeda y cubierta de marismas, los reptiles asoman la cabeza entre primavera y otoño. Me encontré cara a cara con una víbora más de una vez, pero a diferencia de las culebras que no son venenosas o las serpientes rayadas, éstas permanecen inmóviles durante un cierto momento, enroscadas sobre sí mismas. Más que una actitud agresiva, esta posición que demuestra una obstinación feroz me pone la piel de gallina. Botas de goma, guantes, mangas largas, a ser posible un garfio y un palo, tal era el traje que el señor Kurata me recomendaba desde hacía tiempo. Si caminas lentamente, buscando con un palo a medida que avanzas, parece que la mayoría de las veces, la serpiente huye hacia los campos antes de que te la encuentres. Pero en el bosque por donde suelo caminar, me olvido de llevar un garfio y un palo. Cuando grito de sorpresa, ya es demasiado tarde. Si por mala suerte me cruzo con una víbora lo único que puedo hacer es quedarme quieto. Lucha de resistencia, que consiste en esperar a que la serpiente se aleje en una lenta ondulación.

"De todos modos, una magnum…

— Sabes, alguien que se crio en la montaña lo sabe de memoria. En el pasado, había personas que iban a cazar víboras para llegar a fin de mes. El uso de grandes botellas de sake era algo habitual. Parece que a las víboras les gustan los orificios. ¡Y los hombres en general aman el alcohol donde ha macerado una víbora! Cuando los hombres empiezan a creer en algo… ¡no mires! ¡Una mujer nunca podrá entender eso! Kayoko soltó un encogimiento de hombros.

— Por cierto, ¿dónde está?" No podía creer que hubiera dicho esas

palabras. ¿Cuál fue el propósito de hacer la pregunta? Todavía está bien si fuera alguien que conocía, pero ahora...

"¿Dónde?" Pero por donde sueles caminar, en el bosque, bueno un poco más allá. ¿Al menos no piensas ir a ver? Es que a pie, ya sabes, está bastante lejos".

Kayoko habló mientras mantenía el ceño fruncido, obviamente no quería preocuparse. Luego dijo: "¡Está bien, es hora de tomar el té!"“

Al día siguiente, la señora Kawahara me mostró el periódico local que informaba del incidente. Kayoko me había advertido que probablemente nadie guardaba periódicos viejos, pero descubrí que la señora Kawahara guardaba ciertos artículos en una carpeta, mezclados con recetas e instrucciones de cocina.

“Entiendes, cómo decirlo, no es una historia feliz, pero para la zona, ¡fue algo sensacional! ¡Mi marido me dijo que lo tirara todo porque era de mal gusto!” Parecía arrepentirse un poco de haber guardado el artículo, como si tuviera la conciencia culpable. Lo había recortado con cuidado; sólo debía ocupar un poco de página porque no era más grande que una caja de cerillas.

El título era Un esqueleto en el bosque. Resumo:

“Ese día, se notificó a la policía que se había descubierto un esqueleto en el bosque en el distrito X de la ciudad S, condado de Mie. La policía dijo que el descubrimiento fue causado por un contratista de 51 años de K Town en la prefectura de Wakayama que había arrojado desechos en el bosque repetidamente, violando la orden de prohibición. Desde hacía cuatro o cinco años, el hombre se deshacía de los escombros de varios edificios destinados a la demolición en el bosque. Después de descubrir el cuerpo, huyó por temor a ser implicado por fraude. Posteriormente consultó a un conocido, quien informó a la policía. La policía arrestó al hombre acusado de violar el decreto que prohíbe tirar basura, al mismo tiempo que se abrió una investigación para descubrir la identidad del esqueleto y la causa de la muerte”.

Una fuerza misteriosa me estaba arrastrando. Más allá del texto banal, era como si algo tuviera sus ojos fijos en mí, no podía apartar los ojos del artículo y fue la Sra. Kawahara quien me sacó de mi estado de aturdimiento.

Entonces había una cavidad.

El bosque que amo. En las profundidades impredecibles de la madera, hay un agujero. Las hierbas que huelen bien, los rayos de sol que atraviesan las ramas, y más lejos, se entierra algo inimaginable.

De un armario de la cocina llegaba el olor a pepinos maduros y a verduras de usar y tirar. Este olor a podredumbre se mezclaba con el del fino humo del incienso para ahuyentar a los mosquitos; el aire se volvía sofocante e irrespirable. En algún lugar, el zumbido de las alas de los ciervos volantes y los abejorros llenaba el aire.

En la habitación donde había apagado la televisión, estaba mirando al techo, tumbada en el sofá. En mi cerebro ablandado por el calor, oí la voz lejana de Telly-Telly. El bosque que me era familiar se estaba transformando gradualmente en un lugar insalubre. ¿Un esqueleto? ¿Un cadáver? Sentí como si una corriente de aire pasara por las cuencas de mis ojos. Expuesto al viento y a la lluvia, el cuerpo que se convierte en presa de gusanos, rodeado de ciempiés y animales salvajes, se convierte en huesos, y su terrible soledad, su tristeza insondable hacen de los árboles del bosque una cosa profundamente maligna. ¿Es esta forma de morir lo que llamamos regresar a la tierra? Me deslizo del sofá, me levanto y me vuelvo a acostar, pero la colección de poesía de Kaneko Mitsuharu que había abierto mecánicamente se convirtió en una serie de caracteres ininteligibles, el significado ya no me aparecía. La palabra “entierro natural” cruzó por mi cerebro, seguida pronto por “comida para pájaros”. ¿Lo sabían los cuervos? Mi mirada no abandona la página que marqué con un post-it, una página que amo. El papel del libro crujió levemente, más fuerte que de costumbre. Las letras que se habían convertido en signos se repetían incansablemente, pasando de la sombra a la luz. Agucé el oído, afuera reinaba un silencio infinitamente más denso que dentro de la casa. El bullicio de las cartas se volvió insoportable.

Un momento después, me invadió un sueño irresistible. En algún lugar a lo lejos, un sonido de chapoteo, el sonido de agua que fluye. ¿Es el ruido que hace mamá cuando está en el baño? ¿Es la lluvia que puede haber comenzado a caer? ¿El grifo de la cocina no está bien cerrado? ¿O es el bosque donde el agua rezuma en la oscuridad? ¿Huesos? ¿Dónde murió el hombre en este bosque que amo? No quiero pensar en los muertos. Sólo quiero ver a los vivos. He tomado esta decisión pero en mi corazón se superponen innumerables sombras, las sombras de quienes buscan un lugar donde morir. Después de todo, él es sólo un extraño. Pero no quería que nadie viniera y perturbara el bosque que amo. No quería que se ensuciara... No quiero, no debería.

Mientras agitaba estos pensamientos, finalmente me venció el sueño.

Dos días después, Kayoko me llamó.

"¿Tienes tiempo ahora?" Mi marido está allí y se ofrece a mostrarte el lugar, si estás interesado. Por mi parte, realmente no quiero, pero...

— ¡Me estoy preparando!" Respondí. Solo, no tenía intención de ir allí, pero en compañía de Kayoko y su marido Yôji, me dije que era posible. Menos de diez minutos después, el coche de Kayoko estaba delante de la casa, me subí con mis botas de goma de pantera, mi sombrero con velo, no sin colgar mi antimosquitos. Al lado del conductor, Yôji, todo bronceado, con una sonrisa deslumbrante que resalta el blanco de sus dientes.

" ¡Buen día!

— ¡Oye, ha pasado mucho tiempo!"

Debe haber regresado hace un tiempo de su viaje con las abejas, pero aún no he tenido oportunidad de verlo. Desde su regreso a la península no le ha faltado trabajo, ya que presta algunas de sus abejas a agricultores que cultivan hortalizas y frutas en invernaderos. Es para polinización. Sus idas y venidas le llevan con su pequeña furgoneta a transportar las colmenas dentro del departamento pero también fuera.

Yôji se limpia todo el tiempo con la toalla que lleva alrededor del cuello. Sin duda ya ha trabajado porque su camiseta está empapada de sudor en la espalda. Como es alto, parece completamente atrapado, sentado al lado del conductor, en un vehículo que es demasiado pequeño para su constitución.

Kayoko conduce rápido por la carretera donde no hay nadie. Pie en el acelerador. El asfalto está irregular y el pequeño coche rojo se desvía a izquierda y derecha. La hierba que ha crecido al costado del camino roza sus costados. A cada lado del camino que recibe los rayos del sol, los lirios tigres salvajes con sus pétalos extendidos disparan sus largos tallos. Por aquí encontramos estas flores de verano por todas partes.

En algunos lugares la carretera adquiere un color rojo oscuro, esto se debe a los madroños caídos, maduros y aplastados. El jugo de estos frutos tiñe el camino de sangre oscura, que el rocío hace brillar de negro. Cada vez que el auto pasa bajo las ramas bajas, escuchamos frutos secos caer sobre el techo del auto junto con las hojas muertas.

“Por decir lo menos, ¡no conduce con suavidad!”

Sin embargo, Kayoko no disminuye la velocidad. El monstruo se escabulle por los estrechos caminos del pueblo y corre en la dirección de la empresa de demolición.

A pie sabría adónde voy, pero para mí, que no tengo coche, el viaje sigue siendo completamente incomprensible. El paisaje que descubrimos caminando puede ser el mismo que pasa en coche, pero la velocidad lo hace irreconocible. Sólo recuerdo los bordes del bosque. Este bosque, cuya densidad conozco al verlo desde lejos, se extiende ahora en una pendiente.

"Aquí estamos", dijo Kayoko, deteniéndose abruptamente.

Desmonté e inmediatamente noté un montón de escombros. Barras de hierro oxidadas, bloques de hormigón armado, clavos doblados, tejas desmoronadas, un cubo de plástico lleno de agua de color marrón, tablones de madera podridos, sandalias de goma, tubos de neón partidos en dos, unos tatamis empapados en agua fangosa, un sofá roto, chapas de metal, canalones, tinajas rotas, ladrillos viejos, bloques de cemento… No podíamos poner un pie en ningún lado. Todo estaba cubierto de musgo parduzco y manchas negras salpicadas de insectos muertos.

"¡Qué horror!" dijo Yôji, que permaneció al lado del camino, con los puños en las caderas. Kayoko no dijo nada y permaneció de pie junto al coche. Sin duda ella pensó que realmente había que tener nervios fuertes para interesarse en este tipo de lugar.

En la ladera, un líquido aterrador fluía sobre las rocas, un olor complejo a podredumbre y químicos emanaba del lugar. Si también se hubiera derramado petróleo, los reflejos azulados crearon patrones brillantes en los charcos. En el medio descubrimos el espacio abierto que había dejado un objeto pesado al ser extraído.

¿Fue aquí donde se descubrió el esqueleto al mismo tiempo que el coche siniestrado? A su alrededor, alcornoques, pinos y cedros proyectaban sus sombras negras, y revoloteaban multitud de insectos y mariposas blancas.

No había duda de que el lugar era apto para atrapar víboras. Las piernas temblaban al pensar que, de un momento a otro, se podía ver un destello azulado, una tenue luz cautiva.

“Parece el fondo de una olla que se ha quemado”, dijo finalmente Kayoko, como si las palabras apenas pasaran por su garganta.

Sin duda se habían tirado basura varias veces, porque parecía que en el fondo aún se escondía una montaña de desechos. En los lugares donde penetraban los rayos del sol, al pie de los árboles que entrelazaban sus raíces, flores rojas como peces nadadores, flores de verano, extendían sus bulbos.

Seguramente, la madera podrida y el barro arrojados aquí habían

hecho florecer estas flores. La vegetación que seguía viva a pesar de la práctica ausencia de luz solar tenía, a pesar de la delicadeza de las formas o de los colores, un aire insolente. Este hoyo donde la hierba no crecía muy alta no armonizaba con el rojo de las flores, y el corazón se hundía al verlas.

Estuvimos un rato en silencio mirando la montaña de basura. Nadie se atrevió a mencionar huesos humanos. Pronto, Kayoko dijo en tono agresivo: "¡Me hace sentir mal!"

Entendí muy bien el malestar que debió sentir. Yo también estaba disgustado. ¿Qué me impulsó a querer venir a un lugar como éste? Lamenté mi ligereza. La inquietud que uno siente después de ver algo que no debería haber visto aumentó mi ansiedad, que iba acompañada de náuseas. Al mismo tiempo, me sentía perturbado por haberme atrevido a pisar la muerte, nervioso por tener conciencia, de manera palpable, de que yo mismo era un ser podrido y efímero.

Entonces, ¿qué quería ver? ¿Había albergado la ilusión de que el alma de los muertos que se suponía impregnaba el lugar vendría a mí?

Cuando descubrí el barco hundido en el pantano, sentí una especie de alegría. Porque tenía la impresión de encontrarme con algo que me esperaba. La proa del barco que apuntaba hacia el sol había calentado mi mano como un ser vivo, tan pronto como la toqué. Pero lo que mis ojos vieron ahora fue de una naturaleza completamente diferente. No era algo que quisiera ver, ni algo que esperara ver. Al contrario, el espectáculo que se presentaba ante mis ojos envolvía en una sombra siniestra los rincones de la península que hasta entonces sólo había visto luminosos y alegres. Estos escombros esparcidos eran malvados, desastrosos. Las flores rojas también tenían una apariencia maligna. ¡Qué soledad tan intensa! El lugar negaba la música alegre que emanaba del bosque. En su silencio, rechazó al hombre. ¿Es esto lo que quería ver?

Cuando me recompuse, el canto de los pájaros llenó el aire, pero los pájaros permanecieron invisibles. Sus gritos eran agudos, como si nuestra presencia les causara miedo, les agitara los nervios. Nos quedamos en medio de todo, aturdidos, mirando la montaña de basura y el agua turbia.

"Está bien, creo que es suficiente. ¡Volvamos!" Dijo Kayoko, y yo murmuré una palabra de disculpa. Era pleno verano, sin embargo hacía un tiempo que sentía el frío llegando hasta las plantas de mis pies a través de las suelas de mis botas. No era sólo la humedad del suelo, un frío extrañamente opresivo me golpeaba el estómago.

No debes asociarte con los muertos. ¡No te acerques a los muertos! Mientras no acudan a ti, ¡no intentes cruzar imprudentemente la frontera que separa a los vivos de los muertos!

En el camino de regreso, Kayoko conducía mucho más despacio. De hecho, caminaba casi al ritmo de un caminante. Estaba tratando de encontrar algún tipo de alivio. En cuanto a Yôji, ya no dijo nada. Yo también permanecí en silencio. A veces, cuando oíamos el crujir de la hierba contra los costados del coche, miraba el camino seco. El vehículo se llenó de humo, el incienso para mosquitos que colgaba de mi cinturón saturó el aire, no sé por cuánto tiempo.

Principios de otoño. Poda árboles de hoja perenne. Cambia la tierra de las plantas en macetas, planta los bulbos. Toma esquejes. Sembrar la col mizuna y la mostaza de espinacas. Recoge las berenjenas, los tomates cherry y los pimientos. Los pepinos amargos, los cuernos griegos y los núcleos de verduras están en su apogeo.

Kurata y Kawahara me traen muchos pepinos. Yo paso varios días macerándolos en salsa de soja.

Bajo a la ría a recoger pequeñas conchas de asari. Los meto en agua y los froto vigorosamente. Son más pequeños que los que puedes comprar. Todas las noches cocino pasta con salsa de vino y mariscos.

Lo que necesito comprar: una caja grande de incienso repelente de mosquitos, vinagre, mayonesa, atún enlatado, papel higiénico, vino para cocinar.

IX

Cuando se acerca la Fiesta del Bien, la Fiesta de los Muertos, el caserío cobra vida de repente.

El señor Mochizuki llega de Osaka con su esposa. La casa Hiraoka abre de par en par sus ventanas. Los Kawahara reciben durante unos días a su hijo, su mujer y sus dos hijos. Parece que los Tachibana también esperan la llegada de varios nietos.

Sólo Kurata queda para, explica, “cumplir con sus deberes” hacia su familia que vive en Nara. Dos veces al año regresa a su casa donde permanecen su esposa e hijos, el día de Año Nuevo y con motivo del Bon. Antes de partir, llena una caja de poliestireno con verduras recién cogidas y pescado local, y se pone al volante, atado, con una chaqueta de lino, sin olvidar colocar un sombrero panamá blanco en el asiento. Impecable, Kurata luce bien cuando llega a casa así. Casi quiero decirle que está bastante dandy, vestido así, pero cuando regresa a la península, donde se cambia, vuelve a estar con su ropa de trabajo, un mono gracioso.

No puedo imaginar cómo lo saludan su esposa y sus hijos, este esposo y este padre que solo viene a verlos dos veces al año, pero sospecho que la esposa debe mirar preocupada a este esposo que decidió vivir solo la mayor parte del tiempo en el campo. Cuando le hago saber a medias que me estoy haciendo la pregunta, él responde: "Sabes, llamo a la misma hora todos los días, para demostrar que estoy vivo" y se echa a reír y añade: “¡Paz en casa, paz en casa!”

Sin duda está de buen humor ante la idea de encontrar a su familia, decide con una semana de antelación qué piensa llevarse y se pone muy ocupado. El día que se fue vino a traerme filetes de pescado congelados, mariscos, coles chinas todavía llenas de tierra y un

pimiento gigante que no cabía en la caja. “¡Te lo doy!” Los filetes de pescado y los mariscos los había preparado él mismo, en cuanto a las verduras, ni que decir tiene, venían de su campo.

Nunca se queda más de tres o cuatro días, es su estilo de vida. “¿Qué, ya regresaste?” Sorprende a todos. Si quería volver tan rápido, no tenía sentido darme verduras y pescado, pero para él, estar ausente de la península va necesariamente acompañado del deseo de dejar algo atrás, como un mecanismo indispensable para su psicología.

En ese sentido, Kurata es adorable. A su regreso de Nara, vino a saludarme y me dijo: “Definitivamente estamos felices aquí. Allí me cuesta mucho encontrar mi lugar”, con una risa mixta.

“El regreso del padre. ¡Debimos haberte recibido con alegría!” Le bromeo, pero casi pierde los estribos al explicarme que en la ciudad el cuerpo se vuelve perezoso. “Las cosas no saben igual que las que hago yo mismo. Verás, me gustan las cosas caseras. Lo que comemos en el restaurante es como un desfile de moda, es bueno para la vista. ¡La víspera de mi regreso incluso soñé con margosas!

— ¡Cómo te va con tu desfile! En cuanto a las margosas que cuelgan, ¡no, de verdad!”

Empiezo a reír. Cada año, Kurata cultiva estos pepinos amargos en su campo. También este año consiguió algunas docenas, muy verdes, balanceándose en el aire. A su regreso, con paso alegre recogió los que estaban maduros, la alegría le hizo correr hacia el bosque de bambú. Adónde se ha ido su hermoso panamá, porque lo que ahora cubre su cabeza es un sombrero de paja descolorido. Tenemos la impresión de que, apenas lejos de su familia, quiere repartir su amor por su campo y sus bambúes.

Los pocos días que siguieron a la entrada en el Bon, la aldea resonó con voces, gritos y risas que rompían como olas. El discurso de Osaka que es el de los Mochizuki, el sonido del motor del auto Hiraoka que iban a jugar golf, un campo de la región que es su favorito. Las voces animadas del hijo de Kawahara y sus hijos estallaban desde las ventanas, en cuanto a los Tachibana, sin duda llevaban a sus nietos a la playa todos los días, porque en el tendedero se veían trajes de baño del tamaño de un pañuelo. La alegre emoción que anuncia los preparativos de un asado llenó el jardín.

Durante estos largos días de verano, me zumban los oídos con el bullicio desenfrenado de mis vecinos y decido hacer una siesta o arrancar las plantas de lirio que empiezan a secarse. Las plantas de verano crecen a un ritmo vertiginoso. Por mucho que los saquemos,

aparecen inesperadamente al día siguiente en otro lugar. Confiando en el frescor del crepúsculo, desmalezo al azar.

En el intervalo de este trabajo que me hace sudar, me divierto viendo hormigas rojas trepando por el tronco de un alcornoque. Los cangrejos rojos que se pueden ver en la playa o en el malecón, los marrones, los pequeños que son verdosos, sacan sus pinzas como hojas de tijera para trepar hacia arriba por la corteza áspera de los árboles. Llevando el peso de las tenazas y su concha que mueven lentamente, es una procesión a escala milimétrica.

Tuve la oportunidad de ver en un programa de televisión cangrejos de las Islas del Sur, que dejan caer frutos de los cocoteros trepando por los troncos, pero nunca los había visto en acción. Aparentemente estos son los cangrejos con garras rojas que la Sra. Kawahara dijo que vio en todas partes durante el período de puesta de huevos. Concluí que este año también había presenciado la procesión de cangrejos hacia el lugar destinado a la puesta de huevos.

“Me siento ofendido. Bueno, de todos modos podrías disculparte cuando pases, ¿verdad?” Murmuré, mientras miraba a mi alrededor y veía que los parterres, los caminos del campo, los bordes del pantano estaban llenos de agujeros. Estos agujeros, de aproximadamente dos centímetros de diámetro, salpicaban las bases de las plantas, los tallos de las flores, el barro del pantano.

Moviendo unas tejas que había consolidado con tierra descubrí a toda una familia que se había refugiado allí. Asustados, perturbados por el descubrimiento de su retirada, sorprendidos por la luz y el aire, los cangrejos se precipitaron hacia otro agujero. Si hubieran nacido de huevos puestos en el jardín, si hubieran venido del mar, en cualquier caso, se habrían instalado en mi jardín, que les habría parecido agradable vivir en él. Sabía que los cangrejitos se multiplicaban todos a la vez en una época del año que debía corresponder al período de su crecimiento. Al mirar a los cangrejos cruzarse o adelantarse, ya no sabía si eran cangrejos del año, del año pasado, de hace decenas de años, o incluso de hace miles de años. Todo mezclado, se diluía, era como si comenzaran, aquí y ahora, a existir.

Por la noche, más allá de los árboles negros, escuché música procedente de la orilla opuesta, donde hay segundas residencias y hoteles, que sin duda acompañó una velada, interpretada por una orquesta completa. Otra noche, fueron las voces mezcladas con el karaoke o el crepitar de los fuegos artificiales. Todos estos ruidos, llevados por el viento del mar, a veces acompañados de un tono

apacible, a veces también de retumbos, me llegaban.

Las estrellas cruzaban el cielo continuamente. Las constelaciones atravesaron el firmamento donde ninguna luz de la ciudad penetraba la oscuridad. El más brillante es Escorpio. Antares, su emblema rojo, en el corazón de la constelación, se mueve lentamente. La mirada se guía entonces por Libra, al oeste de Escorpio y por la dilatada Vía Láctea. Las chispas que arrojan las innumerables estrellas brillan como las olas de un río celestial. Misterio del firmamento estrellado, tan profundo que creemos dejarnos llevar, tan cercano al mismo tiempo que creemos tocarlo con los dedos.

En las noches en que la luna está habitada, el bosque negro está rodeado de una luz azulada. Al mismo tiempo, el pantano se vuelve más claro a medida que la luna se refleja en la superficie del agua. Justo arriba, dibujando la fina curva de un pepino, su media luna cruza el cielo, a menos que la luna llena ocupe su lugar.

Quemo incienso tras incienso, y mi placer todas las noches es contemplar el movimiento de la luna y las estrellas desde mi terraza. Me recuesto en una tumbona y contemplo con indiferencia la bóveda celeste. Entonces, un remolino recorre mi cuerpo de pies a cabeza. ¿Es el temblor de la rotación de la Tierra? Experimento una sensación desconocida que me envuelve por completo, como si mi cuerpo y el cielo estuvieran unidos por un instante. Al mismo tiempo, sin perderme, mi ser permanece pegado a la tierra, y tengo la impresión, sin poder explicármelo, de que estoy presenciando un milagro. El temblor del viento de la noche, el ligero susurro de las hojas derriten mis cinco sentidos, el cuerpo y sus órganos se separan sin dudarlo del tiempo humano, para transformarse en algo desconocido. Ah, ¿es así como el cuerpo deja la carne? ¿Es este el sentimiento de la nada? Me parece que en algún lugar, muy lejano, he entrado en el cuerpo de un ser desconocido.

Con el oído atento, la mirada fija en el cielo como un líquido desconocido, ofrecí mi cuerpo a la oscuridad. Efímeras y mosquitos trazaban arcos en círculos, agrupándose en la luz. En la mosquitera quedaron atrapados un enorme ciervo volante y una mantis religiosa. En algún lugar del bosque, el crujir de una rama o el susurro de las hojas era seguramente la señal del paso de un tejón o una liebre en busca de alimento. Mientras observaba la presencia de todos estos seres vivos, me encontré deseando poder convertirme, aunque sólo fuera una vez, en un animal salvaje.

El año pasado, cuando todavía iba y venía entre Tokio y la

península, evitaba quedarme en las horas de mayor afluencia de gente, de modo que, aunque ocupaba muy a menudo la pequeña casa, ignoraba por completo la vida que transcurría. Colóquelo allí en pleno verano. Lo que explica que el cielo cargado de estrellas, la actividad de animales e insectos, todo lo que daba animación al lugar era para mí nuevo, al mismo tiempo, esta animación estaba teñida de una melancolía que nunca antes había experimentado. una dulce melancolía.

Quizás Mochizuki tenía el mismo sentimiento que yo, porque se arrepentía de no haber traído a sus nietos, se quejaba de que solo frente a su esposa no sabía cómo pasar el tiempo y se sentía extrañamente triste cuando llegaba la noche.

El señor y la señora Mochizuki tienen más de ochenta años y, aunque se animaban mutuamente a trabajar en el jardín, al cuerpo no le resultaba fácil ponerse a trabajar. Además, como el sol caía implacablemente, probablemente no tuvieron el valor de venir, por lo que se contentaron con mirar la televisión en su casa donde el aire acondicionado estaba encendido constantemente. Por la noche sólo quedaba acostarse.

Pero cuando el sol amainó, salieron juntos de casa. Unos años antes, Mochizuki, considerando su edad, había decidido no renovar su licencia y utilizaron los servicios de un taxi local. Cada vez, me llegaba una voz ligeramente ronca.

“Dime, ¿no quieres venir con nosotros al supermercado? Llamé a un taxi, si te apetece, ¡te llevamos con nosotros!”

Acepté felizmente la invitación. Normalmente, una vez a la semana, tomo el autobús que va y viene cada hora hasta un gran supermercado en las afueras. Cuando se acaba algo, hay, a unos diez minutos en bicicleta, una cooperativa agrícola y Makomo, una tienda de todo tipo, donde corro para abastecerme de aceite y vinagre, helados, pan, artículos de tocador de papel, ropa para lavar, en definitiva, un mínimo de cosas imprescindibles. Pero no siempre puedo encontrar lo que quiero.

Últimamente siempre estaba cocinando las margosas que me traía Kurata, cuya cosecha había sido milagrosa este año. Los hice en ensaladas, en pisto, los dejé marinar en vinagre, preparé tsukudani. También comía calabazas que me regalaban, con las que hacía sopa o gratinados. Esa es la mayor parte de mi comida, sin olvidar el tofu que componía mi almuerzo con fideos muy finos, del que empezaba a cansarme definitivamente. Había agotado mis reservas de pescado,

carne, masa de pizza, todo lo que había metido en el congelador, y de lo que no quedaba nada para unos días. Me metí en el bolsillo la lista de todo lo que me faltaba, condimentos, carne, muchas cosas más que había olvidado comprar, y me apresuré a contestar la llamada.

Mochizuki es un empresario de Osaka. Al principio regentaba una carpintería y, tras la muerte de su padre, abrió una especie de tienda de bricolaje en las afueras. El negocio había sido un éxito y se habían abierto varias sucursales, principalmente en el área de Osaka. Mochizuki, que había cedido el puesto de director a su hijo diez años antes, ahora llevaba la vida que quería. Vivía en un apartamento en Osaka y viajaba mucho con su esposa. En la época en que habían construido una casa en la península, venían allí con frecuencia, pero ahora su estancia se limitaba al equinoccio de primavera, la fiesta del Bien y los primeros días del año. Como, por mi parte, evitaba precisamente estos períodos, no teníamos muchas oportunidades de vernos y nos llevó tiempo llevarnos bien. A fuerza de acumular reuniones, los Mochizuki acabaron mostrándose al descubierto, son personas cálidas.

Un gran terreno, piedras enormes que te hacen abrir mucho los ojos, varios lugares para sentarse. Un día, no recuerdo cuándo, Mochizuki me dijo: “Mi pasatiempo favorito es mirar piedras. En un apartamento es imposible, por eso compré un terreno aquí. ¡Hice realidad un viejo sueño!” De vez en cuando se sienta en uno de ellos y arranca la hierba, mientras me habla a mí que estoy plantando flores en macetas:

“Si simplemente cambias el suelo en la superficie, no lograrás mucho. Excavar por cavar es como buscar oro. ¡Una mujer que busca una mina de oro es atractiva!”

No en vano es empresario, sus palabras son a gran escala. También hoy, en el taxi, habla rotundamente:

“Nos morimos de calor, pero a tu gato no le importa deambular por mi jardín sin preocuparse. ¡Tu mascota es un gato famoso! Nuestro pequeño Osaka Husky (nunca logré saber si ese era el nombre del perro o solo la especie), se está desmoronando por el calor. ¿Todos los gatos son así? ¿No dejan que el calor los afecte?”

Mochizuki no duda en hacer preguntas que no puedo responder. De todos modos, llamar gato a mi gato… En realidad, dijo macho. Mi gato, un hombre macho, es fuerte de todos modos. ¿Grabó la palabra al escuchar hablar a su hijo o nieto? Finalmente, seamos realistas, mi gato es un gato macho, tengo que admitirlo. El jardín, a menudo desierto, del Mochizuki se ha convertido desde hace mucho tiempo en

su territorio; descansa en la terraza como si le perteneciera, retozando en la hierba llena de insectos. Lo pienso: ayer, bajo el suelo bien ventilado, decidió descansar al fresco. Me siento algo en deuda y muestro humildad.

“Te pido disculpas en lugar de mi gato que se permite entrar a tu casa. ¡Sobre todo, no dudes en ahuyentarlo si lo ves!

— No, no, no me molesta en absoluto. Que haga lo que quiera. Y luego, es la vida, me gusta ver algo moverse. ¡Un placer para la vista!” añadió su esposa, riendo.

El Mochizuki. Él, imponente como una piedra de jardín. Ella, redonda como una piedra. Como si quisiéramos llenar el tiempo perdido, seguimos charlando, sin cesar.

"¿Cuántas veces más podemos venir?" Mi marido y yo hablamos de ello a menudo. ¡El tiempo vuela tan rápido! Envejecemos sin siquiera darnos cuenta”, dijo la señora Mochizuki en tono penetrante. Estábamos sentados uno al lado del otro.

“Mi madre dice exactamente lo mismo.

— Por cierto, ¿tu madre está bien?” Pregunta Mochizuki, dándose la vuelta. Ocupó asiento al lado del conductor.

“Sí, gracias. Ella vino en junio para ver las luciérnagas, ¿sabes?

— Ah, ¿las luciérnagas? ¿Entonces vemos algunos por aquí, en este rincón remoto de la montaña?

— Pero sí. Aparentemente el pantano debajo de mi casa es su territorio.

—¡Dios! Es absolutamente necesario que vengas a ver el espectáculo el año que viene. ¡Claramente tenemos todas las ventajas de vivir mucho tiempo! Si no me equivoco, tu madre tiene un problema en las piernas, ¿no?

— Sí, finalmente, si queremos. De hecho, tiene una prótesis que le sienta perfectamente. Puede caminar mientras empuja su silla de ruedas.

— ¡Es simplemente magnífico! Nosotros, por ejemplo, tenemos dos piernas, pero eso no impide que seamos medio fantasmas, dice Mochizuki sacudiendo los hombros.

- ¿De qué estás hablando? ¿Hemos visto alguna vez fantasmas tan bien alimentados como tú? ¡Será mejor que pierdas un poco de peso si quieres parecer un fantasma!” respondió su esposa, estallando en carcajadas.

A lo largo del camino, las conchas de ostras perleras cultivadas atraían a las moscas doradas que zumbaban a su alrededor. La masa

blanca que se guardaba como fertilizante desprendía un olor a podredumbre bajo el sol brillante. En algunos lugares, lonas negras o azules lo cubrían todo, pero en su mayor parte los proyectiles permanecían expuestos al sol. A veces, la luz hacía brillar el interior nacarado de las conchas. Mientras contemplaba vagamente este espectáculo desde la ventanilla del taxi, declaré con voz alegre: "¡Bueno, el próximo mes de junio contemplaremos juntos las luciérnagas!"

La ola de calor se había iniciado desde el final de la temporada de lluvias y el calor me había quitado las fuerzas, estaba exhausto. Por supuesto, esto no era ajeno al debilitamiento físico que venía con la edad, pero sobre todo, no tenía la menor idea de cómo pasar las vacaciones Bon. Al ir a casa de mi madre, podría haber pasado más o menos esta época del año sin dificultad, pero desde hace varios años ya no voy allí. Sería más exacto decir que evité ir allí. No sólo no quería perturbar la intimidad de mi hermano, su esposa y sus dos hijos que estudiaban en la universidad de provincia y excepcionalmente venían a pasar estos días cerca de mi madre, sino que sobre todo sabía que no lo haría. No encontraría la paz, ya que no pertenecía allí. Las reuniones familiares estaban excluidas de mi paisaje cotidiano porque pertenecían a un pasado demasiado lejano.

Por eso, siendo dolorosamente consciente de encerrarme en mí mismo, intenté ignorar a la gente de la península que pasaba estos días con sus familias. Fui implacable arrancando las malas hierbas, persistí en podar los parterres de hortensias que habían terminado de florecer, eché tierra en los parterres que empezaban a desmoronarse. Me esforcé, y esa falta de naturalidad, ese bochorno que me impedía estar a gusto, ese cansancio, se diluyó en las risas que compartí sin freno con algunos. Odiaba los lugares de vacaciones frecuentados por turistas adinerados de la capital o jóvenes, y el señor Mochizuki, que hizo construir una casa alejada de todo eso, fue una presencia que me animó a querer compartir mi forma de sentir las cosas. Y aquí estaba él diciendo que no estaba seguro de estar vivo el año que viene... Impulsada por el mismo sentimiento que me hacía animar a mi madre, quise aplaudir y decirle que el año que viene llegaría muy pronto.

En esta época del año Tokio debía estar muy tranquila. El tráfico alrededor del edificio era más escaso y la actividad del barrio se desaceleró. Esto me recordó que hace mucho tiempo que no alquilo videos. Aprovechando que el barrio estaba tranquilo durante el Bon, tomé prestadas películas que vi mientras estaba recostado en el

mullido sofá. ¿Qué podría haber visto la última vez? Recordé a Charlotte Rampling esperando el regreso de su marido desaparecido junto al mar, persiguiendo una quimera, las frutas y verduras del Sur que una mujer cocinaba con una mano llena de encanto en una coproducción franco-vietnamita llamada El olor. de papayas verdes, sólo películas viejas. Sin embargo, debí haber visto muchos recientes, chinos o coreanos, pero no se me ocurrió ningún título, ninguna imagen.

Lo que pasó por mi mente fue sólo el calor que temblaba sobre el asfalto de Tokio vaciado de sus autos. Más allá del aire brumoso, el verano de la capital temblaba como una imagen virtual.

El Mochizuki y el Hiraoka partieron el 18 de agosto. Los nietos de los Tachibana tampoco estaban allí. Mientras caminaba, miré hacia el taller, pero los trajes de baño de los niños habían desaparecido y las bufandas y camisetas recién teñidas habían vuelto a ocupar las largas cañas de bambú donde poníamos a secar la ropa. Púrpura, rojo, rosa, azul cielo. A veces, el embriagador olor a índigo, transportado por el viento, flotaba en el aire. En el vasto jardín, el clerodendron kusagi, que le da un hermoso color, estaba cubierto de flores de color púrpura.

Tachibana llegó aquí mucho antes que yo y realmente echó raíces. Tras trabajar hasta su jubilación como ingeniero especialista en una empresa de máquinas herramienta, se trasladó a la península con su mujer, para hacer realidad su sueño de teñir y tejer de forma natural, y plantó una gran variedad de árboles. Me explicó que querían tener un taller en una región donde hubiera mar y montaña. Al igual que la de Kayoko, la mujer de hierro que se convirtió en apicultor, la metamorfosis del señor Tachibana que había elegido terminar sus días en oposición a la tecnología me llenó de asombro y curiosidad.

“Es realmente extraño. Pasar de una formación científica de alto nivel, de tecnología de punta, al teñido artesanal”, dije alguna vez. Él respondió en tono tranquilo: “Sabes, ambas actividades requieren dominio técnico”. Decía la verdad, el teñido natural es una ciencia que, como su nombre indica, se basa en los principios de la naturaleza y en las reacciones químicas. Los intrincados tejidos que creó su esposa recordaban un diagrama científico de alto nivel.

Cuando estaban uno al lado del otro, parecían un par de muñecos llenos de distinción. O incluso un hermano y una hermana. Tiene el pelo completamente blanco, que lleva recogido, y viste una bata de

trabajo. Tiene el pelo corto, con flequillo y viste ropa holgada que ella misma tiñó. El señor Tachibana no es en vano un fanático de los tintes naturales, conoce los libros clásicos, llama a su esposa, que tiene hermosas cejas y hermoso cabello, “mi noble esposa”. Esta forma de hablar antigua y respetuosa dice mucho sobre la naturaleza de su larga unión, todos estos años transcurridos en apoyo mutuo.

Las estaciones están en el centro de nuestra vida diaria; no cuatro sino veinticuatro estaciones marcan nuestros días. Las cosas cambian, las cosas pasan y eso está bien. No es el hombre quien suma o resta, es la naturaleza. Para la pareja Tachibana lo principal son las plantas, el aire, la luz.

Ahora bien, un día Tachibana vino a verme a propósito.

“La próxima semana organizaremos algo en el bosque de bambú de Kurata, si estás interesado, únete a nosotros. ¿La hora? Bueno, digamos al final del día o temprano en la noche”.

Esta primavera, Kurata no sólo cosechó bambú, sino que aprovechó la oportunidad para talar algunos árboles molestos, de modo que el bosque de bambú ahora recibiera los rayos del sol. Además, los niños de la escuela vecina habían venido a cortar tallos para el festival Tanabata organizado por el establecimiento. Gracias a esto, el bosque de bambú se había reducido. Y al parecer era entre los bambúes, a la luz de las velas, donde se desarrollarían las festividades.

Nos reuniríamos al anochecer. No era la hora oficial de los husos horarios, no se tenían en cuenta los meridianos, dependíamos del sol y esta flexibilidad horaria no me desagradaba.

Pronto entraríamos en el período de declive estival. El viento otoñal se mezcló con el calor restante. En mi jardín, los insectos del otoño habían empezado a mezclar sus cantos con los del verano.

Esa noche, la madera de bambú, generalmente negra, resplandecía con innumerables fuegos. El árbol que floreció en primavera estaba perfectamente seco y los brotes, de buena altura, llegaban hasta la cintura. Las grandes velas clavadas en bambú cortado ofrecían a la noche la luz de sus llamas vacilantes. Era como si los fuegos que acogen a las almas y luego las condujeran de regreso, hubieran regresado, el bosque fuera en sí mismo una corriente habitada por espíritus.

En el momento en que el cielo se iluminó en el oeste, llegaron sucesivamente los Tachibana, Kurata, los Kawahara, así como la pareja del taller de miel Ochi, hombres que Yôji parecía conocer, lugareños, un amigo de Tachibana, sin olvidar a algunos alumnos del

taller de teñido. Alrededor de la madera de bambú, latas, baldes, botellas de plástico, todos llenos de agua, cada uno había traído un poco en su auto. Esto era para evitar cualquier riesgo de incendio provocado por chispas, y también para apagar cuidadosamente las cenizas de la barbacoa. En el menú había guiso de verduras y fécula, lonchas de atún katsuo ligeramente asadas, buñuelos de algas, condimentos caseros, caldo de jabalí, ensalada de fideos de trigo sarraceno, pechugas de pollo ahumadas en casa, jamón. Tuvimos que añadir pescado destinado a la barbacoa, carnes, mariscos, verduras, en definitiva, tuvimos la impresión de que un rincón del bambú se había convertido en un puesto de mercadillo. Por mi parte traje una bolsa llena de tofu macerado con miso que había hecho yo misma y unas gelatinas dulces.

Ni el más mínimo soplo de viento; era una tranquila tarde de finales de verano. Salí de casa con el repelente de mosquitos colgado en el cinturón, como de costumbre, pero no tuve el celo de llevarme el sombrero con velo. No sabía de quién fue la idea de encender incienso para mantener alejados a los mosquitos, pero todo el bosque de bambú estaba envuelto en un humo verdoso.

El sake fluía libremente y, a medida que pasaba el tiempo, estallaban risas, llegaban a los oídos historias bastante gruesas y el fuego crepitaba.

Vasos de papel, platos desechables. Llenamos vasos con cerveza, sake, shôchu, vino, de todos. Como fueron las mujeres quienes impulsaron el regreso, los batallones masculinos se divirtieron. Al menos esta noche sabían que no necesitaban restringirse, podían beber todo lo que quisieran. En cuanto a mí, que podía regresar a pie, conquistado por el ambiente, me tragaba todo lo que vertían en mi vaso, cerveza o shôchu.

¿Cuántos años no he experimentado una velada así? Cuando Nanako vivía, a veces bebía hasta la mañana con amigos en común o con hombres que conocía en un bar. Nadie sabía quién era quién. Muchas veces he vivido esas veladas misteriosas donde el alcohol une a extraños, el sake anónimo que conecta a unos con otros.

Hace tiempo que perdí la vitalidad de aquellos días en los que iba de bar en bar, de taberna en taberna, pero mi cuerpo no ha olvidado la deliciosa intoxicación que experimenté en mi juventud. El sake impregnado de la alegría del bosque me invadió inmediatamente, me reí de todo, me eché a reír por nada.

El follaje de bambú acarició mi cabeza. Si los troncos se tocaban, en

el vacío de la cavidad, podíamos escuchar un karan koron mezclándose que hacía resonar la pared. Este ruido mezclado con el rojo temblor de las velas aumentó mi gozosa excitación. La risa estalló. Más que voces humanas, creímos escuchar un estruendo proveniente de las profundidades de la tierra. La gente hablaba muy alto.

Hombre #1: Las hojas se están poniendo amarillas. Porque toda la comida va a parar a los brotes de bambú. Por eso los bambúes de primavera pierden peso. Como una mujer después del parto...

Hombre #2, riendo: Mira, normalmente son las personas las que pierden peso en verano, ¡esta vez es el bambú!

Hombre #1: Absolutamente. ¡Por eso el bambú primaveral evoca el otoño! Y a la inversa, cuando recuperan vitalidad en otoño, ¡parecen bambúes primaverales!

Hombre No. 2: Bueno, bueno, ¿la primavera y el otoño intercambian sus diferencias? Bambúes misteriosos, el misterio de los bambúes…

Uno de ellos es sin duda Kurata. El otro parece ser amigo de Yôji. Cuando se trata de bambú o brotes de bambú, no hay nadie que sepa tanto sobre ello como Kurata.

Por otra parte, se está llevando a cabo una conversación sobre el caldo de jabalí.

Hombre #3: Estos son cables eléctricos de muy bajo voltaje, ¿sabes? Así rodeamos los campos... Los jabalíes huyen si los tocan, pero eso no es suficiente para hacerles perder el conocimiento, para capturarlos, nada mejor que una trampa o una bala. ¡La carne de un jabalí joven es la mejor!

Mujer N°1: ¡Pero los pequeños, de todos modos! No puedo evitar imaginarme a la madre cuyo pequeño fue secuestrado...

Hombre No. 3: Tú que dices eso, hace un momento has estado tragando caldo de jabalí. La carne es la de una persona joven. Puede que no fuera un jabalí, pero no era más grande que eso, así que...

Mujer #1: ¡Qué horrible! Pero definitivamente, es difícil resistirse al apetito. Me encanta este caldo. De verdad, está delicioso. Cuéntame ¿cómo se conserva la carne? ¿Y si es un jabalí grande, por ejemplo?

Hombre No. 3: Los que cogimos, los cortamos y los congelamos. Cada pieza tiene aproximadamente el tamaño de una cabeza. En invierno lo comemos en juliana, para el caldo utilizamos bonito seco y algas... Añadiéndole pasta de soja, ¡es una delicia!

La conversación sobre la caza del jabalí y cómo adaptarse a ella parece que nunca terminará.

Las estudiantes de la clase de teñido del Sr. Tachibana son sin duda mujeres locales. Intercambian constantemente recetas para preparar condimentos y verduras cocidas a fuego lento. Sus voces, como las olas que se acercan y se alejan, llegan a mí como el sonido de la marea. A veces se añade la voz sonora de Kayoko.

"…Es un tratamiento de acupuntura que utiliza el aguijón de las abejas… Sí, a una abeja obrera le quitamos el aguijón con unas pinzas y, muy suavemente, lo introducimos en la zona dolorida o donde el paciente sufre de reumatismo. Definitivamente no deberías ir allí de una vez. Creo que son unas diez sesiones... ¿Si tiene algún efecto? No te lo puedo decir, porque me da mucho miedo, pero he oído que cuando el veneno penetra, te sientes aliviado... Por lo demás, se lo tengo que preguntar a mi marido".

Las abejas parecen tener un papel que desempeñar en estos casos que no entran dentro del ámbito de la medicina autorizada. Veneno contra veneno. No, no es eso, sería más bien veneno por veneno. Mi cerebro está empezando a nublarse por completo.

"¿Estás siquiera comiendo?" ¡Toma un poco más!" El señor Tachibana vino a llenar mi taza de sake. Su bella esposa va y viene entre las llamas y los invitados. Ella es quien asa la carne y el pescado. Lleva un delantal blanco y su cuerpo esbelto gira, ligero y vivaz como una liebre. Llevadas por el viento, me llegan otras voces.

Hombre #4: Las anémonas crecen en el mar, ¿verdad?… ¿Qué, ese también es el nombre de una flor? ¡Siempre pensé que era algún tipo de alga! Sin embargo, me parece que hay algunas que llevan el nombre de anémona...

Hombre No. 5: Pepinos de mar también... Los hay rojos y verdes, yo prefiero los rojos.

Hombre No. 6: Antes, bastaba con darse un pequeño chapuzón en el mar de por aquí y las mujeres traían un poco. Lo bueno es el interior.

Hombre #4: ¡Pero tus manos están vacías! ¡Vamos, bebe un poco, tenemos mucho tiempo, la velada apenas comienza!

La conversación de las mujeres que intercambiaban recetas parece haber cambiado de tema.

Mujer No. 1: En cuanto a mí, imagina que participé en la gran limpieza del bosque.

Mujer #2: Imposible, ¿quién y cuándo haría eso?

Mujer No. 3: Parece que se habla de aumentar el número de hornillas de gas, bueno, no lo sé muy bien, pero…

Mujer #2: ¡Eso también es imposible! Primero, tendríamos que

cuidar los postes eléctricos. ¡Instalar iluminación en todas partes del bosque es extremadamente difícil!

Mujer N°1: ¿Y qué será del cementerio del pueblo? Está muy cerca del bosque. Nunca he oído hablar de un cementerio iluminado un giorno.

Mujer #2: Muy poco para mí. ¡Un cementerio iluminado!

El suelo del bosque de bambú está lleno de sasa. Estoy a punto de desplomarme en el terreno inclinado. Sin que me diera cuenta, la señora Kawahara vino y se sentó a mi lado y me habla sin parar.

"Dime, sería bueno si te quedaras aquí todo el tiempo. ¡Hasta que mueras!"

Su marido cumplió ochenta años este verano y la pareja vive sola. Para la fiesta de Bon vinieron su hijo, su esposa y sus hijos, y después de su partida, ella nunca dejó de quejarse de la soledad, diciendo que cuantos más años acumulábamos, más crecía la tristeza cuando la gente se iba. Lo sintió profundamente, repitió que esa tristeza era mucho más fuerte que la alegría de recibirlos: "¡Es muy duro cuando se van! Sólo quedan personas mayores. Y vamos a ver desaparecer cada vez más gente. ¡Así que por favor quédate!"

Kayoko intervino:

"No, no, si se queda aquí, se convertirá en una criatura envuelta en humo de incienso repelente de mosquitos durante todo el año. Pero veréis, después de cierto tiempo, os volveréis resistentes y en ese momento os daremos la bienvenida entre nosotros. Por el momento, lo mejor es dejar la pregunta sin respuesta.

- Tienes razón. ¡Pero no veo ningún daño en darle un poco de mi resistencia!"

Cerveza, sake, shôchu, vino, me sirvieron, quién y qué, imposible saber, cada vez, intenté decir, no, ya he bebido suficiente, pero me encontré tragando todo lo que me dieron.

Las velas que alumbraban la oscuridad se derritieron, mi cuerpo también tembló como las llamas. La sombra y la luz se entrelazaron, dibujando formas brillantes que atravesaron la oscuridad. La carne se cocinaba con un apetitoso chisporroteo, el incienso esparcía su aroma, el sonido de algo derramándose, el de la gente yendo al baño en la casa de Kurata, cuya casa era la más cercana, todo se mezclaba en una intensa confusión.

Me pareció que el gran bosque de bambú se estaba llenando cada vez de más gente, tal vez fue la embriaguez lo que me dio esta impresión. Podíamos escuchar voces cantando a coro, risas que

estallaban en un largo crescendo antes de disminuir a un largo vibrato.

Miré a mi alrededor, no podía poner nombre a los rostros, ya no sabía quién era quién. Todo pertenecía al océano, todo pertenecía a la montaña. Donde las mujeres se habían reunido, con las bocas abiertas, cerradas, palpitando como algas, yo, recordando de pronto la conversación de antes, pensé que todas nos habíamos convertido en anémonas de mar.

En otros lugares, las ostras bailaban una danza incómoda. Las figuras eran pesadas y densas. La sombra que perfilaba los brazos cruzados probablemente pertenecía a un cangrejo. Mientras extendía las hojas de las tijeras con sus pinzas, hacía burbujas con su saliva. Junto a él, ondulaban pepinos de mar rojos y verdes. El cabello de las mujeres estaba enredado como largos pañuelos. También aparecieron algas y algas, como olas de tengusa. Había cosas saltando, como transformadas en liebres. Las criaturas del mar se mezclaron con las de las montañas. ¿Los habitantes del mar surgieron de las profundidades del océano? Cuando se convirtieron en humanos, ¿bebieron sake como si nada hubiera pasado? ¡Dios mío!

En cuanto a mí, ¿en qué me había transformado?

Más allá del bosque de bambú se oía el murmullo de un manantial, ahogado por el crujido de la carne asada. Todas las velas se habían apagado. Aquí y allá, voces decían mientras controlaban el fuego de leña: “Está bien, está bien”, a la luz de las lámparas eléctricas.

Entonces, ¿todos regresaron al mar o a una cueva? Apenas hice la pregunta me sentí arrastrado a un abismo insondable, similar al fondo del océano.

…

Lo único que recuerdo es que alguien me apoyó para llevarme a casa, un sentimiento lleno de dulzura. Era un cuerpo del tamaño de un oso. “Ten cuidado, te vas a caer. ¡Presta atención a la derecha, hay una raíz! ¡Sobre todo, no te tropieces!” Kayoko y la bella señora Tachibana seguían susurrando en dirección al oso. Tenían cara de liebre. Un olor a pelo mezclado con el de hierba seca llegó a mis fosas nasales.

X

Hakurou. Primera frescura. Plante las plantas de flores y los bulbos que deban cuidarse en el otoño. Poda los rosales. Siembre semillas de komatsuna y espinacas. Recoge las berenjenas, los pimientos, los pepinos y la okura. Siembre colza asatsuki silvestre, plante pequeños puerros wakegi, etc.

Mediados de septiembre. El calor no amainaba, una serie de días dolorosos. El suelo de la terraza estaba caliente, las libélulas habían empezado a revolotear, pero sin impulso. Cuando conocí a un vecino: "¿Cuándo llegará el otoño?" o "Ya he tenido suficiente". ¡Los campos están completamente secos! ¡Mis pimientos, completamente arruinados!" Todo intercalado con suspiros.

Un día decidí coger el autobús, no el que te lleva a la estación, sino otro que va hasta el extremo de la península. Donde el cabo tiene forma de serpiente marina, había una pequeña playa desierta. No lo frecuentaban ni turistas ni surfistas, un sitio privilegiado y resguardado de los turistas. Quería ir allí porque había conocido esta playa de arena blanca en un enclave profundo.

Hasta entonces nunca había ido a nadar. Me dije a mí mismo que ya era lo suficientemente mayor. Si de repente tuve ganas de ir a echar un vistazo fue porque estaba cansado de cortar el césped que había proliferado durante el verano. Varias veces los recogí y los quemé en la chimenea, mientras mi cuerpo sudaba. La sal se escapaba de mis miembros asados por el calor exterior al que se sumaba el del fuego, y todo mi cuerpo pedía sal a gritos.

El autobús circulaba tan lento por la autopista que resultaba molesto. A la derecha, el bosque, a la izquierda, el Pacífico. De un lado todo era verde, del otro, el azul índigo del agua.

Después de media hora de conducir por la carretera sinuosa, apareció de repente una bahía profunda. Esta era la playa a la que había llegado ese día como destino, la orilla donde los Tachibana venían de vez en cuando a recolectar algas para sus tintes. De hecho, no había nadie allí. Las olas estaban tranquilas, aquí y allá había rocas escalonadas donde se aferraban innumerables algas negras.

Tan pronto como me bajé del autobús, subí al malecón y tomé las escaleras que conducían a la playa. El malecón rodeaba la bahía y, al otro lado del hormigón, de repente no había más que arena blanca. Probablemente debido a las rocas escalonadas que sobresalían en algunos lugares, pensé que estaba en un gigantesco jardín de piedras.

Llevaba un traje de baño negro, un traje de baño de una pieza que usaba cuando era joven. Como me lo había puesto al salir debajo de la camiseta y los pantalones cortos, no tuve problemas para desvestirme. Encontré un rincón y me desnudé sin dudarlo. La calma que reinaba en la playa era inefable. El lugar me convenía perfectamente, ya que no tengo confianza en mis habilidades para nadar. En la ría cercana a la casa, quizás porque allí se mezclan varias corrientes, el color del agua es ligeramente amarillento. Aquí, por el contrario, era tan transparente que se podía ver claramente el fondo. Además, era poco profundo. Dejé mi mochila que contenía bolas de arroz, té de cebada y una muda de ropa, y me dirigí hacia el agua.

¡Un lugar solitario para nadar! ¡Una playa desierta! El mar recibió a su único visitante al final del verano, sin duda era la época del reflujo, el sol transformaba el murmullo de la marea en una extensión de arena seca poblada por innumerables seres vivos.

Acostado boca abajo sobre una roca, miré el agua, me dejé flotar boca arriba, mirando el cielo resplandeciente. Le confié mi cuerpo. Saboreé con deleite la caricia de las olas que rozaban mi pecho, ¿cuántos años no había probado este placer?

Mis extremidades que recibieron la sal marina parecían más blancas y delgadas de lo habitual. Esas manos dañadas por la hierba del verano, esos brazos quemados por el sol ya no eran míos. Hacía mucho tiempo que no miraba mi cuerpo, mi piel, con tanta atención.

La edad no me había dejado nada de lo que todavía pudiera estar orgulloso. Yo, que estaba convencida de que mi juventud había desaparecido, ahora mis dedos, mis brazos, mis piernas, todavía me parecían jóvenes, ¡aunque sólo fuera la autosatisfacción!

Me sentí feliz, así que me dejé flotar antes de nadar mar adentro. Al acercar la cara al agua, vi bancos de peces al pie de las rocas. Las

anémonas de mar adheridas a las rocas movían sus tentáculos, una babosa de mar movía lentamente su cuerpo inerte. Las algas rojas que se balanceaban de izquierda a derecha, ¿eran tengusa? Amarillo, blanco, verde, negro. Todo tipo de pastos marinos cuyos nombres no conocía se agitaban sin cesar.

Nuevamente me acosté boca arriba, la luz atravesó mis párpados. El resplandor era tan intenso que me era imposible mantener los ojos abiertos; miraba a mi alrededor con los párpados entrecerrados. En la carretera, al otro lado del dique, los coches y los camiones parecían ir y venir, pero yo sólo podía oír el sonido de las olas. Era como si estuviera en un mundo aparte.

Sólo un lado de la profunda bahía se abría al Océano Pacífico, al fondo estaba la ciudad, a ambos lados se alzaban acantilados al revés. Sentí nostalgia al mirar la pared de roca blanca y seca. ¡Tú que me llamaste, ahora muestras la cara! El acantilado que miraba mi pobre y débil cuerpo con aire cruel me dio la impresión de que sonreía.

Me sentí como si estuviera en una playa privada. El mar, las rocas, el cielo despejado, todo el paisaje me pertenecía, era sólo mío. Al mismo tiempo, este mundo habitado únicamente por el sonido de las olas, rodeado de acantilados, me parecía una tierra de tiempos antiguos. Quizás fuera por la arena, las conchas con las que el agua amarga y salada jugaba a su antojo. Este es el mundo de los orígenes, cada uno de nosotros vivió allí algún día. Este sentimiento misterioso me invadió de manera palpable. Antes de alcanzar el estado de embrión en la oscuridad materna, en un mundo aún inexistente, el recuerdo lejano del tiempo en que flotaba como una dafnia. Lo más alejado de este recuerdo era quizás mi verdadero país natal.

Para no perder el equilibrio y no lastimarme con las rocas, me di la vuelta lenta y cuidadosamente. Mi cuerpo que realmente no sentía fue levantado por una ola, no podía creer que fuera tan liviana. Podría haberme quedado así flotando indefinidamente. ¡Ah, vivir en ingravidez! No necesitas energía, sólo necesitas quedarte quieto y te llevarán a alguna parte.

¡Vete, vete!

Había organizado mi trabajo para poder salir de Tokio y venir a la península. Me quedé allí un rato y luego me fui harto de sueño pero también de cansancio. Como Tokio era el centro de mis actividades, tenía amigos de toda la vida allí y todo tipo de razones que me mantenían allí, hasta el punto de que no podía imaginarme salir de la capital.

Pero, al final, ¿no fueron sólo pretextos? Cuando abandoné a un hombre y a mi familia en Aichi, me sorprendió descubrir el placer de tener algo que dejar atrás. ¡Así que era fácil renunciar a algunas cosas! No podía creerlo. ¿Cuándo perdí esta despreocupación, esta ligereza? Solo, rechinando los dientes, cansado, me aferré desesperadamente a este inmenso soporte, a esta gruesa muralla que era Tokio. Creía que si dejaba lo que había acumulado a lo largo de los años ya no podría vivir. ¿Qué fue ahora? Dejando que mi cuerpo flotara con las tranquilas olas en el hueco de la bahía, me dije que podía ir tanto aquí como allá. Quería rendirme a la ingravidez.

Al mismo tiempo lo sabía. Ante la fuerza del océano, estaba indefenso. Nadaba con la fuerza de mis dos brazos, la tranquila playa de arena blanca absorbía mi calor y mi fiebre, no era el mar el que hacía rugir las espumosas olas, y al llegar la tarde, me hundiría en la casita de el bosque, antes de caer en un sueño profundo. Sí, lo sabía todo.

Por lo que sabía, no quería estropear este momento de maravillosa ligereza a cualquier precio. Quería que mis párpados recibieran el cortante resplandor del sol. Hasta la llegada del autobús que me llevaría al anochecer. Hasta que me comí las bolas de arroz saladas que había preparado para hoy. Ya que estaba solo aquí, absolutamente solo. Esta libertad, esta ligereza, esta calma de la playa desierta, quería saborearlo todo un momento más.

En el bosque, casi en todas partes durante mis paseos, los miscanthus mostraban sus penachos espumosos. Entre los pinos, los alcornoques, las criptomeras, sus púas blancas contrastaban con el verde denso de los árboles y les daban una suavidad elegante. Mirando el calendario de veinticuatro estaciones, vi que los miscanthus de Kanazawa eran los que florecían antes. Luego vinieron los de Sendai, luego Matsumoto, en Tokio, fue a principios de septiembre. Las flores de cerezo vinieron de sur a norte, el miscanthus hizo el viaje inverso.

Las orejas se abrieron lentamente y con cada soplo de viento, las puntas plateadas del penacho se dispersaron. El cosmos Mizoguchi invadió mi jardín y le dio un aspecto de pradera.

Mientras yo estaba absorto contemplando las flores uniéndose para bailar, llegó el equinoccio. Al borde de los senderos que rodeaban el caserío empezaban a aparecer las flores rojas de la higanbana. Estas “flores de la muerte” se extendían como incendios en la pradera, y

apenas tuvimos tiempo de exclamar cuando ya abundaban por toda la carretera nacional e incluso en las grietas del asfalto del aparcamiento del supermercado. Fue un desfile escarlata de estas flores cuyas raíces contienen un alcaloide.

Junto al miscanthus, las lespedezes que invaden el jardín son el símbolo del otoño. Las especies que habían sido trasplantadas hasta el momento habían echado raíces y los tallos se doblaban bajo el peso de las pequeñas flores de color púrpura pálido. Por todas partes las abejas seguían zumbando.

La hermosa luz de la luna se sucedía.

Todos los días leía primero la página del periódico local que incluía el tiempo del día y la descripción del día siguiente según el calendario lunar. Revisé el clima, las temperaturas y la salida de la luna. En Tokio todo esto no me llamó la atención, pero aquí esta información dio profundidad a la vida cotidiana, fue preciosa para marcar el ritmo de los días.

Además de las fases de la luna estaban los diagramas de la luna llena y los diferentes cuartos crecientes. El blanco o negro del círculo transmitía la cara diaria de la luna. Cuando el círculo era blanco, era luna llena, negro, era oscuridad total. Otro detalle: cada día se indicaba la hora de Nagoya, así como la de Shima. Comparando los tiempos, nos dimos cuenta de que la luna apareció sin estridencias dos minutos más tarde que en Nagoya. Se suponía que la vida diaria transcurría en un flujo continuo, pero en realidad la luna visitó cada región con tal vez un ligero pero muy real retraso.

Aparte de la sección “Mañana en el calendario antiguo”, no pude evitar hojear el “Correo de barcos pesqueros en alta mar”. El departamento cuenta con nueve importantes puertos pesqueros, entre ellos Otaka, Hikimoto, Nagashima, Hamashima, desde donde parten barcos especializados en la pesca de katsuo y atún hacia el Pacífico Sur. Día tras día su posición y el estado de la pesca se transmiten por radio, de modo que las noticias precisas se registran meticulosamente en el diario. Al leerlos, nos dimos cuenta de que los barcos de la región de Mie estaban dispersos por los mares del mundo.

Bajo el título Owashi se dio el recorrido del barco desde su salida del puerto. El Tôeimaru “12° de latitud norte, 147 de longitud oeste, buena marea, temperatura del agua 27,3°C”, el Keitamaru “en medio de un grupo de islas, en proceso de control, temperatura del agua 27,1°C”. El Fukujûmaru que había salido del puerto de Mikiura entraba en el puerto de Kayao. También había uno por ingresar al

puerto de Cristóbal, revisé en el mapa, estaba en aguas peruanas, Panamá.

Esos maridos, esos padres que iban a pescar atunes y que permanecían ausentes varios meses sin regresar a puerto, las familias que se preguntaban dónde estaba un hermano o un hijo y qué hacían tuvieron sus noticias gracias a esta sección. El aliento de quienes vivían del mar era palpable, aunque invisible.

Con el paso de los días, incluso alguien como yo que no sabía nada de pesca podía seguir la ruta de los barcos en busca de atunes y bonitos. Cuando supe que el barco que estaba en Cristóbal a principios de primavera todavía estaba allí en otoño, entendí que debía haber permanecido más de seis meses en el mismo lugar. Se mencionó que el Shineimaru que salió de Nagashima no entró y empujó hacia el norte. ¿Qué significa eso? ¿Había seguido navegando hacia el norte sin llegar a puerto como estaba previsto? El breve y enigmático texto llegado desde tan lejos atraía invenciblemente mis miradas cada mañana.

Algunas mañanas de septiembre, cuando el cielo azul era intenso, me identificaba leyendo con los hombres de mar que cazaban atunes (creo que pescar es una forma de cazar). Sin esperar, saqué una bolsa de plástico de debajo del fregadero que metí en mi bolsillo y también saqué mi mochila que aún no contenía nada.

Lo que iba a cazar era el bosque y los campos. En esta época de otoño, mezclándose con los árboles y los setos de las casas, las patatas silvestres, largas y esbeltas, emergían del suelo, apartando los rosales. Cavé con cuidado usando mi pico y mi garfio. Los frutos maduros de arándanos fueron para el refrigerio que tomé durante mi caminata. Si recogía mucho, hacía licor o mermeladas.

Aunque no hablé con nadie en todo el día, el bosque y los campos resonaban con susurros. Toda la vida de la naturaleza habló. Aceleré el paso.

El gato que iba y venía entre el bosque y el jardín se veía diferente al que tenía en Tokio.

Este gato había aparecido en mi vida justo cuando empezaba a acostumbrarme a la ausencia del primer felino que había adoptado y que me había acompañado durante veinte años. “Es un gatito abandonado, ¿no conoces a nadie que quisiera cuidarlo?” Fui a ver qué clase de gato era. Atigrado, flaco, con carita inocente. Habíamos preparado un producto contra las pulgas, un juguete en forma de oreja de paja, además de un certificado escrito por el veterinario que decía “Macho de un año, operado, vacunado, probablemente enfermo de

SIDA". Nació el 1 de enero.

"¡Un gato nacido el primer día del año! ¡Entonces es un gato con suerte!" Le pregunté simplemente: "¿Quieres convertirte en mi gato?" Se acercó lentamente y maulló sin dudarlo.

Desde ese día se ha convertido en mi compañero. La buena fortuna que me trajo fue travesuras de todo tipo. Si ignoro sus maullidos, salta sobre el escritorio donde está el ordenador y, con un movimiento del ratón, borra el texto que acabo de escribir. El vaso que puse sobre la mesa se volcó, el peine que accidentalmente dejé tirado inmediatamente se convierte en un juguete, y como él juega con él por todos lados, no lo encuentro. Se sienta al teléfono, borrando el mensaje que dejé en el contestador, incluso se ha especializado en grabar su propia voz. Todo sucede en mi ausencia, por eso siempre me sorprende cuando mis amigos se quejan.

"Tu contestador, la verdad, no sé qué está pasando, pero en lugar del eterno "estás en el buzón de voz de…", escuchamos maullidos. ¡Olvidé dejarte un mensaje!"

Me apresuro a comprobarlo, el mensaje que se supone que dejé ha sido borrado y ha sido sustituido por maullidos ensordecedores. ¡Miau, miau, desde que te dije que ella no está! Ausente, te lo digo, miau, ¡cuántas veces tengo que decírtelo! ¡Estoy sola en casa, te lo digo!

Si le dejo hacer lo que quiera es por culpa de mi conciencia. Él, que originalmente entraba y salía libremente, ahora se encontraba encerrado en un apartamento todo el día. Me digo a mí mismo que su vida no debe ser muy placentera. Cuando mira hacia afuera, lo veo vuelto hacia la ventana, y creo escucharlo gritar: "¡Ay, cómo me gustaría salir, carajo!"

Será fácil entender que en la península regresa felizmente a la naturaleza. Tan pronto como esté afuera, no debes pensar en traerlo de regreso. Aunque nuestras miradas se encuentran en el jardín, él finge no verme. Si hablo con él, en cuanto le hago una pregunta como qué haces aquí, sale corriendo. Si vuelve sin aliento es porque ha capturado un ratón o un saltamontes, o es porque tiene hambre, o porque es la hora que ha elegido para dormir, las siete de la tarde. Por lo demás, a veces no lo veo en todo el día, es imposible saber dónde está y qué está haciendo.

Pero sé que al gato le encanta el bosque, de eso estoy seguro. Una vez, no recuerdo en qué ocasión, me divertí siguiéndolo, estaba pegado al tronco de una gran criptomera donde afilaba sus garras

frenéticamente. Con las orejas puntiagudas, las patas traseras abiertas, estiró la columna lo más que pudo. Con el estómago aplastado sobre una rama, a veces también estira los ojos para espiar.

Hoy me encontré con el gato en el jardín cuando regresaba de un paseo. Temblaba de impaciencia, como si tuviera prisa por escapar. Lo llamé para preguntarle adónde iba, pero él solo miró hacia otro lado, como si la luz lo molestara.

El gato que caminaba orgulloso hacia el bosque, con la cola erguida, había perdido todo interés por el ratón de mi ordenador y sus juguetes, se había transformado sin transición en un cazador. Incluso la expresión de su rostro, él que tenía una cabeza redonda como una manzana, ahora adoptó una cara puntiaguda.

Por la noche, se hacía una bola, como una masa de algodón. La profundidad de su sueño siempre me asombró. Mi aliento tocó sus largos bigotes cuando me acerqué para tratar de ver su cabeza enterrada entre sus patas, pero aunque abrió los ojos permaneció sin hacer ningún movimiento. Cada vez me conmovía, siempre un poco más. Incluso hoy, regresó sano y salvo. Regresó ileso, sin haber sido atacado por las criaturas del bosque. De su cuerpo enterrado en un sueño profundo se respira la alegría que sentía al regresar a la naturaleza.

Me quedo a observarlo. Con las piernas dobladas dibuja un círculo perfecto del que no sobresale nada, como el número cero. Impulsada por el deseo de compartir este sentimiento de felicidad, enterré mi cara en los costados del gato. Escucho los latidos de su corazón. Mientras saboreo esta dulzura, le muerdo las orejas. Él responde hundiendo sus dientes en mi dedo con fuerza. Nunca experimenté este sentimiento con los hombres que dejé. Descubro otra relación que, día a día, se intensifica.

Cuando llegó la noche, bajé al pantano a la luz de una lámpara eléctrica. La luna cruzó el cielo por el medio. Edad de la luna: 14,2. Era de un hermoso color dorado. Como ya estaba oscuro, dejé de empujar hacia la proa del barco hundido en el pantano y me quedé un rato en el puente Yukio. El cielo era de un azul profundo y transparente. Desde la negra superficie del agua, mezclándose con el canto de los grillos y el chirrido de las cigarras, innumerables insectos resonaban al mismo ritmo sus gritos entonados.

Tuve un diálogo conmigo mismo.

¿Has ido alguna vez a Tokio para escuchar a los insectos cantar a la luz de la luna, armado con una linterna?

No, nunca.

¿Qué sientes?

¡Me siento como si estuviera en una sala de conciertos! Las noches aquí son realmente hermosas.

Pero uno se va empobreciendo poco a poco. ¿Qué opinas?

Es verdad, es un problema.

Será mejor que digas que ese es el problema.

Para encontrar una solución al problema, llegué a casa y encendí mi computadora. Había dejado varias cosas sin hacer. El trabajo que necesitaba para vivir aquí. Pero la verdad es que estaba cansado. No podía luchar contra el sueño que se estaba apoderando de mí. Esta noche trabajé nuevamente a medias, pero de alguna manera no pude resistir el muro del sueño que me pesaba en un ciento veinte por ciento. Lamenté que nunca fuera al revés, pero definitivamente mi cuerpo siempre dio preferencia al sueño.

Recibí un correo electrónico de K, un traductor que vive en California. Quería responderle, pero no recuerdo el nombre de su marido. ¿Cris? ¿Miguel? En Tokio lo recordaba pero aquí cada vez se me olvidan más cosas.

Envié una tarjeta rechazando la invitación a una reunión para conmemorar la muerte de S. Han pasado tres años.

Comprar: abono universal para plantas, guantes de trabajo, mayonesa, aceite de oliva, papel higiénico, pañuelos de papel, pinzas para la ropa, sellos.

XI

¿Es cierto que todo lo que nos pasa depende de nuestro karma? Cosas que eran invisibles para nosotros suceden un día aquí en la tierra, dependiendo de nuestro karma que se asemeja a la marea con su flujo y reflujo. No conocía este principio, pero conocía desde hacía mucho tiempo el viejo dicho de que las causas y los efectos son inseparables. Quienes vivan según las reglas serán recompensados en este mundo, quienes no pudieron hacerlo renacerán en otra forma y seguirán un camino lleno de trampas, una advertencia que huele más bien a amenaza.

Es la anciana de la tienda Makomo que lee el karma.

Esta pequeña tienda a la que acudo en caso de emergencia porque hay mercancías de todo tipo está situada en la aldea vecina que se extiende hacia el este. No ofrece verduras ni carne, pero hace las veces de oficina de correos. Puedes comprar sellos y me he convertido en un asiduo porque muchas veces me quedo sin ellos para enviar correo a mis amigos en Tokio o enviarle un paquete a mi madre.

Ese día acababa de terminar un texto que un amigo fotógrafo me había pedido para acompañar las fotografías que había tomado. Me dijo: "¡Sabes, solo te pido que escribas algunos títulos como desees!" Este trabajo me tocó en un momento en el que hacía mucho tiempo que no hacía nada.

Imprimí mi texto, lo metí en un sobre y las fotografías que acompañarían los pies de foto de mi fantasía, un sobre de oficina color masilla, y me subí a la bicicleta en dirección a Makomo. En lugar de la casera de mediana edad que solía estar allí, estaba sentada la anciana que se suponía que estaba en la casa principal.

Hacía tiempo que no la veía. Cuando comencé a ir y venir entre la península y Tokio, ella era quien dirigía la tienda. Cuando llegué, ella

empezó con “Ya sabes, en los viejos tiempos…” y me habló de las antiguas costumbres locales, de la fiesta organizada en honor al dios del mar, o incluso de su marido, que había sido notable. A veces ponía dulces o galletas saladas en las bolsas que contenían mis compras y me decía: “¡Es un plus!” La anciana a la que le gustaba mucho charlar había desaparecido de la tienda porque tenía un derrame sinovial! Ya no tuve la oportunidad de verla.

Se había recogido el pelo en un ovillo y vestía pantalones de punto grises y una chaqueta. En los pies, braguitas blancas. Preferiríamos haberla imaginado con un kimono y un delantal blanco encima y este atuendo inesperado, por decir lo menos, que no correspondía a su imagen, era un poco cómico.

Parecía recordarme porque una sonrisa amistosa suavizó su rostro arrugado.

“¡Aquí estás! ¿Cuánto tiempo llevas aquí, dime?

—Desde hace mucho tiempo, ¿sabes? A ver, ya han pasado más de seis meses...

-Ah, ¿bien? Es porque no te he visto ni una vez.

- Es cierto. Por cierto, ¿cómo está tu rodilla?

—No está nada bien. Pero hoy estoy aquí por la bondad de mi corazón. Imagínense que mi nuera tuviera algo que hacer lejos de aquí, tanto que me dije que podía reemplazarla para llevar la tienda”.

A diferencia del dueño que servía con vivacidad, los movimientos de la anciana eran tan lentos que resultaban molestos. Comenzó a examinar el formulario que yo había llenado para enviar el sobre que contenía fotografías y manuscrito, seguía comprobando el precio. Me senté en el taburete cubierto de plástico que estaba colocado en la entrada de cemento, decidida a tener paciencia. En los estantes, fideos instantáneos, aceite, azúcar, huevos, papel higiénico. A través del ventanal podíamos ver un gran jardín cuidadosamente cuidado.

Después de pagar, la anciana me dijo:

“Si no me equivoco, ¿tu casa está cerca del bosque?

— Sí, es la casa de dos niveles, larga y estrecha, sobre el estanque pantanoso...

— Ahora lo recuerdo. Un poco más adelante hay una fuerte pendiente con un bosque, ¿no? Un lugar donde se tiran los residuos. ¿Estás consciente, supongo?”

Habló en un tono lleno de insinuaciones. Pensé por un momento antes de decir:

“¿Quieres hablar de… el vertido ilegal de basura?”

Probablemente debería haber mencionado el descubrimiento del esqueleto, pero tal vez ella quería hablarme de otra cosa. No tuve que esperar a que ella me dijera:

"Sí, sí, eso es todo. Me parece lamentable, pero después de todo, tal vez sea mejor así. ¡Desde que fue a buscar a su marido y a su hijo!"

¿De qué quería hablar? Me quedé aturdido. Desde que estuve allí, ni Kayoko, ni los Tachibana, ni los Kawahara habían hecho más referencia al incidente. Por mi parte, no había olvidado mi ligereza y mi estupidez que me habían empujado a ir a ver ese lugar siniestro. Era una historia terminada. ¡Nunca toques a los muertos! Eso es lo que me dije a mí mismo.

"¿Su marido y su hijo? Pero entonces, ¿era una mujer?

— Pero claro. Una mujer. Sí, una mujer, como te dije. Lo entendimos desde el principio, por la ropa".

Insistió en voz alta. UNA MUJER.

Me quedé atónito.

¿Por qué no me había imaginado ni por un momento que era una mujer? En la oscuridad del bosque poblado de víboras. Mi pobre inteligencia sólo había logrado formarse una imagen basada en un a priori, sólo podía ser un hombre.

En esta tarde en que no vino nadie, la anciana sin duda se aburrió, porque añadió:

"Parece que tenía una enfermedad incurable. Ella quería volver, ¡eso es seguro! ella suspiró.

- ¿Cómo es eso?"

La historia parecía haber comenzado por el final y yo no sabía el principio. Pero la anciana continuó sin importarle lo que yo quisiera saber.

"Hay que decir que ha pasado mucho tiempo. Probablemente no lo sepas, pero detrás del bosque había una cabaña que habían construido los ostricultores. Ahora ya no queda nada, así que sólo podemos adivinar, pero ya sabes, la playa que no tiene nombre, desde donde se ve toda la bahía...

— Sí, desde allí se ven los hoteles del otro lado del cabo y las promociones de segundas residencias".

En este punto todos los caminos descienden a playas excavadas en la roca. Playas sin número, cada vez más playas. La costa era una sucesión de calas sin nombre y de formas improbables. Me tomó mucho tiempo recordar la forma de cada uno. Hasta que nos familiarizamos con el lugar, éramos víctimas de un espejismo,

sintiendo que dábamos vueltas y terminábamos siempre en el mismo lugar. Yo también tuve momentos en los que ya no sabía dónde estaba. El bosque donde me había llevado Kayoko era uno de esos lugares que, si lograbas salir de él, conducía a un pequeño arroyo. A ella se refería la anciana.

Estaba seguro de que habría más por un tiempo. Al levantarme, volví a ocupar mi lugar en el taburete, todo oídos.

Esta historia había quedado enterrada en este rincón perdido de la península, era una historia olvidada. La de la brevísima felicidad que experimentan una pareja y su hijo.

Esto había sucedido unos cuarenta años antes. Tuve la impresión de que la mirada de la anciana se hacía cada vez más distante a medida que hablaba.

Al conectar los fragmentos dispersos de la historia, nos damos cuenta de que parte de ella es cruel, pero no es imposible, siempre que le demos otra interpretación, ver en ella una forma de felicidad. Por tanto, transcribiré la historia de la anciana, sin alterar su tono. Para restaurar toda la vida.

“No sé si lo sabes, pero en el pasado, aparte de la cultura de las perlas de la que todo el mundo ha oído hablar, la península tuvo su apogeo como sede del primer festival de música pop de Japón, celebrado en terrenos donde se construyeron villas sobre el otro lado del cabo. Sí, si lo piensas bien, estábamos en plenos años de bonanza económica, había varios campos de golf famosos y tanto aficionados como jóvenes llegaban de todo Japón sin parar. Los anuncios en la televisión mostraban los complejos turísticos que las grandes empresas estaban construyendo para sus empleados, y por todas partes surgían casas de huéspedes y pequeñas pensiones. El café en cuestión nació en el impulso de este período de intensa actividad.

El todavía joven matrimonio venía de Nagoya, eso sí, debían tener unos treinta y tantos años, y habían alquilado la cabaña de los criadores de ostras perleras en la playa, con el objetivo de convertirla a la vez en cafetería y en su hogar. La playa estaba tranquila, al final un pequeño dique, ante tus ojos el azul de la bahía, los acantilados que unen la orilla opuesta, me resulta difícil describirte el maravilloso contraste que hacía. Pero no es necesario hacer nada para que el lugar sea apto para el comercio. El paisaje es magnífico, pero en comparación con la otra costa muy turística, es un lugar demasiado excepcional para atraer gente. Entonces, desde el principio, todos les habían advertido.

"¿De verdad crees que puedes hacer negocios?"

“¿Qué tienen en mente? ¡Qué originales, de todos modos! Nos dijimos eso el uno al otro.

Pues imaginad que al cabo de un tiempo la gente local empezó a frecuentar el café, lo que poco a poco fue viendo aumentar su clientela. Sí, incluso hubo ostricultores que cogieron el barco desde la orilla opuesta para venir al café, todo gracias al boca a boca. La joven sabía de repostería y su marido preparaba el café con cuidado. Todos hablaban de la calidad de lo que servían. Después de un tiempo, comenzaron a ofrecer una cocina familiar de estilo occidental, basada en productos locales.

Vieiras con nata, arroz con marisco asari, lechuga de mar acompañada de tofu y perifollo, o incluso con salsa de curry, pescado a la plancha con queso, sí, ¡todo eso! Eso es lo que se me ocurre, pero servían muchos otros platos, os lo aseguro. ¡Me hace pensar que no he comido comida occidental en años!

Tuvieron un hijo, un niño de unos diez años. Era un chico de ciudad, de piel clara y aspecto delicado, y al parecer era el niño mimado de todas las niñas de la zona.

La pareja era muy trabajadora. Habían dedicado mucho tiempo y esfuerzo a reparar la vieja cabaña, y terminamos viendo una bandera extranjera en la ventana, ya sabes, con colores como italiano o francés, no sé, también habían instalado una persiana de tela para proteger del sol, con colores que se asemejaban a los de la bandera, verde, rojo, blanco. Habían cubierto las paredes con tablas. Lo que hacía que el embarcadero quedara genial, sí, ¡con su pintura azul! Lo que no puedo olvidar es el mostrador. Era estrecho, formando un arco, y sobre él se alineaban todo tipo de cristales, ¡nunca habíamos visto eso en la zona! Comí varias veces allí, pero definitivamente lo que más me atrajo fue este mostrador, sin olvidar la vista a la playa. Habían talado árboles y construido ellos mismos bancos y mesas. Y ahí atendían a los clientes, sí, ¡comíamos mirando a la bahía! El atardecer fue maravilloso y comimos por poco dinero, los precios eran razonables, no hay nada de qué quejarse. Oye, ahí es donde comí queso por primera vez en mi vida. Porque los demás, eh, ¡solo comemos marisco!

En verano teníamos asiento en primera fila porque justo enfrente había un hotel que organizaba fuegos artificiales. Al café llegaba la música, había mucha animación, un poco de ruido, había un “concurso de canciones populares”. Parece que muchos jóvenes

cantantes comenzaron allí sus carreras.

Hasta ahora, todo iba bien, sólo su hijo... su hijo se ahogó. ¿Ves el cabo donde se alza un faro? Bueno, es así... ¿Por qué fue allí solo? El oleaje es fuerte de este lado, además solo hay rocas. Por aquí pasa el Kuroshio. Debió dejarse llevar por la corriente. Fue descubierto después de tres días, aparentemente aferrado a tetrápodos en una playa un poco más alejada.

Lo que pasó después, tampoco lo sé realmente. Se dice que el padre enfermó y murió tiempo después. La mujer ha desaparecido. A donde fue, durante un tiempo se dijo que había regresado a Nagoya, pero… Al parecer hubo un intercambio de cartas con la asociación de padres, y luego pasó el tiempo. Todos acabaron olvidándose del café... ¿Quieres saber cómo entendimos que el esqueleto era el de la mujer? Resulta que la directora de la guardería, en definitiva, fue quien hizo la conexión con la gente del café que vivía cerca de la ría donde hay un dique. Tenía un hijo de la misma edad que el niño que se ahogó y formaba parte de la asociación de padres. Además, no entiendo por qué no lo recordó antes, pero de todos modos habían pasado cuarenta años desde la desaparición de la mujer. No se sentía capaz de ser positivo.

No hace mucho hice un viajecito con el club de la tercera edad, justo una noche, fue cuando escuché lo que les cuento. Uno de los participantes tenía un hijo que trabajaba en la policía de la región y que más o menos le había confirmado que efectivamente se trataba de la mujer del café, que había muerto de enfermedad, los exámenes lo habían demostrado. ¡No hace falta decir que me caí de espaldas! No sé por qué, pero no puedo recordar su cara. Sólo recuerdo que tenía cabello castaño y tez clara... Pero sus facciones, nada que ver. Todos empezaron a hablar a la vez. El café en cuestión, cómo fue, el funeral del marido, del niño, ¿alguien recuerda dónde se realizó? Sólo comentarios inconexos. ¡Esto por ejemplo! ¿Porque había una cafetería allí? Sí, alguien se sorprendió. Los que frecuentaban el café, ya no están, están todos en el otro mundo... Escuchando la discusión, pasó por mi mente la idea de que si la habíamos encontrado allí, era porque había decidido morir allí, De lo contrario, ¿qué otra razón podría haber? Sí, estoy convencido de ello. Nunca se lo he dicho a nadie, pero admiro a esta mujer, sí, sinceramente..”

Suspiraba de vez en cuando mientras miraba a lo lejos. La anciana siguió hablando sin prisa, con voz suave.

“¡Pero aun así, este vertedero clandestino es lamentable! El hombre

que fue arrestado, es bueno para él, ¡solo recibe lo que se merece!"

La pareja había llegado a establecerse con el niño alrededor de los treinta y como habían pasado cuarenta años, la mujer debía tener más de setenta años. ¿Cómo había sido su vida, qué la había hecho decidir venir al bosque? Aunque no había tanta basura como ahora, la oscuridad húmeda del bosque debió haberlo asustado. ¿O tal vez estaba tan enferma que perdió toda sensación de pavor?

En el horizonte del relato de la anciana pasa una silueta pálida. Nunca vi su cara. Pero, vagamente, puedo imaginarme sus hombros abrumados por la decisión que tomó de adentrarse más en el bosque. Su cuerpo lleva los signos del desapego, de la renuncia y del deseo de ponerle fin. ¿Tienen una apariencia similar aquellos que deambulan en medio del bosque cerca del mar, en la llanura de Aokigahara, al pie del monte Fuji? ¿Es la decisión de morir condición suficiente para superar el miedo y emprender el viaje hacia el lugar donde sabemos que todo terminará? De todos modos, mi imaginación no estaba prosperando.

¿Para qué? ¿Cómo? Por mucho que hiciera preguntas, no obtendría respuestas, la oscuridad sólo crecería.

Al mismo tiempo, este esqueleto que me había dejado un regusto desagradable se había transformado en algo imbuido de santidad, como un lirio de un blanco inmaculado flotando en el espacio. Simplemente porque sabía que era una mujer.

Más tarde entendí por qué ni Kayoko, ni Tachibana, ni Kurata, ni Kawahara lo sabían. Ninguno de ellos había estado en un viaje del Seniors Club, ni tenía ninguna conexión con nadie de la policía o del gobierno local. Era una vieja historia que sólo conocían los lugareños. Sin embargo, me preguntaba por qué Yoji, que era de la región, tampoco lo sabía, era un misterio para mí. Fue Kayoko quien me dio la explicación, con una actitud mixta.

"Entiendes, la gente no habla así. Hay muchas cosas que Yôji no sabe. Es porque no somos del país. Yo, por ejemplo, soy de Tokio, en cuanto a Yôji, abandonó la región. Te dije un día, ¿no?, que aquí la hierba no era más verde que en otros lugares, no es que la gente sea mala, no. Hablamos de terroir, del espíritu del lugar, pero al final lo que cuenta es estar ahí. Hay una especie de conciencia colectiva que no podemos entender a menos que llevemos tres generaciones en el país. Esta relación con las cosas teje delicados vínculos mutuos. Las relaciones humanas son densas, impenetrables. ¡Por mi parte, no puedo creer que te hayan contado esta historia! Además, ¡nunca

imaginé que conocieras a la anciana de Makomo!”

Había otra razón. Los que vivían en la zona, los Tachibana, los Kurata, sin olvidar a Kayoko, todos iban a hacer la compra al supermercado conduciendo sus coches. Confiaban sus paquetes directamente al centro de envío (no sólo era un poco más barato sino que aceptamos los paquetes a última hora), en cuanto al correo, llegaba más rápido a su destino si lo llevaban a la oficina de correos más cercana. desde la estación, siendo naturalmente limitada la elevación de cajas. Yo era el único que iba a Makomo a buscar paquetes y sellos, sin olvidar el aceite, el vinagre y la mayonesa, porque no tenía coche. Ese día, si la anciana locuaz no hubiera estado a cargo de la tienda, probablemente nunca habría sabido lo que realmente pasó. Para el extranjero puro que era, fue como un milagro que había ocurrido, me costaba creerlo.

Aquella tarde, mientras contemplaba la luna otoñal desde el puente Yukio, un rugido llegó a mis oídos desde lo más profundo del estuario. Algunas tardes volvían repentinamente a la vida después de un silencio de unos cuarenta años. Cuando tenía sólo veinte años, en la casa de mi infancia rodeada de arrozales, solía escuchar la radio en mitad de la noche. Entre lo que transmitimos estaban canciones de artistas que habían debutado en el festival de música pop. Mops, Nakajima Miyuki, Matsuzaki Shigeru, Inoue Yôsui a quien recordaba exactamente, sin saber por qué, El avión de papel, que seguramente era de la misma “promoción”. Yo, que había escuchado las canciones de estos jóvenes artistas en la radio, también era de la misma clase, aunque indirectamente. La pareja de la ría era del mismo rango de edad. Los aplausos de los conciertos que llegaban hasta la tranquila ría, convirtiéndose en una maravillosa ilusión, el chisporroteo de los altavoces, las voces sonoras de los organizadores, acariciaban suavemente mi cerebro antes de apagarse.

Mientras en mi cabeza resonaba una música espléndida, a mi alrededor reinaba el silencio. La luna estaba muy clara. La estrella que se hacía más pequeña de día en día indicaba claramente, en el contorno de su arco, el tiempo que había desaparecido. La luna volvería a encontrar su plenitud, pero el tiempo en que vivieron los hombres se perdió para siempre, como arena que se desliza entre los dedos. Imposible rellenar el hueco por el que se escapó, como se haría tapando un agujero con masilla.

Así como habían pasado muchos años sobre esta mujer, yo había

atravesado innumerables cráteres que me cubrían con sus cenizas. Pasarían días y años sin que yo me diera cuenta, y llegaría un día en que me dejaría atrapar por la eternidad tan oscura como la noche. Aunque experimentaba la alegría de vivir en la península todos los días, avanzaba sin descanso hacia un lugar sin límites. ¿Dónde terminaría muriendo? ¿Cuál sería mi muerte? ¿Sería ahí donde lo decidí? Sin duda seguiría viviendo repitiendo los mismos pensamientos.

¡No te acerques a los muertos!

Lo sabía, lo intenté, ¿por qué estaba pensando en una mujer desconocida, era porque le estaba superponiendo mi propia imagen lejana? ¿Qué la había empujado a esta acción? No sabía nada, pero ni siquiera quería rechazar las palabras que había dicho la anciana: "¡Quería volver!". ¡Es admirable!" Cada uno tiene derecho a morir en el lugar que ha elegido, cada uno tiene derecho a regresar a los lugares que han quedado grabados en su memoria y que quiere volver a ver. No quiero morir en una cama de hospital. Pero este deseo elemental está a punto de volverse irrealizable en nuestros tiempos. ¿Dónde se han ido "las últimas voluntades", el último deseo? Rechazar la prolongación artificial de la vida, rechazar una tumba, ¿equivale esto a preservar mi libertad? Además, ¿quién puede decir que esta voluntad será respetada? ¡Qué difícil es afrontar la soledad!

Primera helada. Esta es la temporada en la que Sapporo experimenta las primeras nevadas. Sentimos la llegada del invierno. Ahora es un buen momento para plantar bulbos que florecerán en primavera. Planta las fresas. Recogiendo las batatas…

Y a finales de otoño, la aldea resonaba con una música insólita. A lo lejos se oía una topadora y una sierra eléctrica. Más tarde descubrí que los recién llegados estaban trabajando en una casa. Estaba cerca de aquí, en el acantilado que domina la ría.

Los castaños silvestres caen y vuelven a caer. Avanzo, recogiendo los insectos que ensucian el camino.

Recogió crisantemos silvestres del jardín.

Mi hermano me llamó para decirme que mi madre estaba tosiendo mucho a causa de un fuerte resfriado. Tomo el bus y le mando un poco de caldo de tortuga que encontré en el supermercado.

XII

Los días de lluvia se sucedieron. Cuando mejora el tiempo, salgo a caminar y quedo maravillado. Entre las criptomerias y los pinos, entre las hojas muertas de los alisos que cubren la tierra de color marrón oscuro, asoman sus cabezas setas de muy diversas formas y colores. Sombreros rojos puntiagudos, grandes paraguas de color amarillo brillante, algunos completamente blancos, no más grandes que el pene de un niño, otros formando como racimos anaranjados. No sé cuáles son venenosas, cuáles son comestibles, pero esta vida que creció de la noche a la mañana en el bosque lo embellece con exuberancia, cuyos colores carecían de brillo.

Algunos asoman la cabeza bajo las agujas de los pinos, otros se aferran a los troncos volcados. Avanzando hacia el borde brillante del bosque, vi hongos que se parecían exactamente al shimeji.

Kurata podría reconocer cuáles se pueden comer. Fui a mostrarle mi canasta pero, para mi gran sorpresa, simplemente dijo: “No sé mucho sobre ellos, pero en mi opinión, ¡ninguno es comestible!”

Se los mostré a Kawahara, quien a primera vista dijo: "¡Son todos venenosos!". ¡Sobre todo, no vayas a divertirte probándolo!”

Fui a uno y al otro, un poco como si fuera a que te dijeran el futuro. Los hongos crecían por todas partes, como seres vivos, eran como la sinfonía del bosque.

Fue allí, en este bosque, donde vi a un extraño. Tenía trenzas que caían sobre sus hombros, pantalón gris y suéter rosa, con un delantal negro larguísimo. Mirando de cerca, sus bolsillos estaban repletos de bellotas, castañas y setas rojas.

“Sabes, es mejor no comer estos hongos, pueden ser venenosos”, comenté después de saludarlo, señalando los bolsillos de su delantal.

—Ah, eso es exactamente lo que pensé. Pero eran tan bonitos”, respondió la mujer con voz clara.

Bueno, bueno, bueno, debió ser la mujer cuya risa clara se podía

escuchar resonando en la vieja casa en el acantilado sobre la ría, la que habían vendido.

"¿No eres tú el que vive un poco más lejos, en el cerro? Pregunté al azar.

— ¡Lo has adivinado! Mi nombre es Kuga", respondió con una sonrisa.

Tenía una boca bonita con labios carnosos. Ella me explicó con qué kanji estaba escrito su nombre.

Durante varias semanas, habíamos escuchado el ruido de las obras desde el lado del mar. Tachibana había notado las frecuentes idas y venidas de los vehículos que pasaban frente a su casa antes de llegar a la colina. Este camino fue utilizado originalmente por criadores de ostras y solo daba servicio a una casa. Hace siete u ocho años pertenecía a alguien de Kioto, el dueño había fallecido y era un agente inmobiliario local quien tenía la custodia del mismo. La casa no era especialmente grande pero tenía una bonita extensión de terreno; se había colgado una cadena entre los árboles para impedir la entrada. Había oído que lo había comprado una pareja de unos cuarenta años, así que era la mujer que acababa de conocer.

"Voy a llevarme estos hongos para dibujarlos en casa". Luego añadió apresuradamente: "Debo decirles que las paredes todavía están desnudas. ¡Soy pintor, por fin estoy empezando!

— ¿La casa ya está terminada?"

Si los camiones que se dirigían hacia el acantilado iban llenos de tierra, también debían transportar madera y cemento o materiales para construir muros. Con frecuencia se escuchaba el sonido de una sierra eléctrica.

"Está cogiendo forma poco a poco. Venimos de Nagoya".

Se me olvidó cuando fui a echar un vistazo, los árboles que colonizaron el terreno estaban en manos de los madereros. Crujieron terriblemente al caer. Cada vez, las ramas golpearon a otros árboles y el tronco se rompió con estrépito. Era difícil hacer un camino, pero cuando los árboles grandes fueron talados, la casa apareció a la vista. Se notaba a primera vista que estaba en mal estado. Las tejas negras del tejado habían perdido su color y se habían vuelto grises, las paredes estaban cubiertas de hiedra. El camino de entrada estaba cubierto de malas hierbas y el jardín lleno de raíces chinas y varas de oro. Por eso, la pareja venía todos los fines de semana desde Nagoya para realizar trabajos de renovación.

"Mi marido vuelve a trabajar en Nagoya este año, así que nos vemos

obligados a arreglar la casa poco a poco".

Su marido enseñaba en un juku y no podía cambiar oficialmente de residencia hasta que expirara su contrato. Pero eso no les impidió venir todos los fines de semana a quitar las malas hierbas, reparar el techo, reemplazar el papel tapiz y poner tierra en el jardín. Se divirtieron mucho allí, pero desde hacía unos días ella estaba sola. "Como todavía no tenemos futón, duermo en el suelo en un saco de dormir", me explicó.

Desde aquel día lo vi a menudo, tanto en el bosque, durante mis paseos, como temprano en la mañana, cuando salía a la terraza. Caminó rápidamente por el bosque bajo el frescor del aire de la mañana. Tenía que buscar setas o frutos que hubieran caído de los árboles, inclinándose hacia adelante, como si escudriñara el suelo.

La llamé, ella se dio vuelta y me saludó. Luego me puse un suéter sobre los hombros y bajé para unirme a ella. "Si seguimos por este camino nos topamos con la pequeña ría que hay debajo de tu casa". O también: "Durante la marea baja podemos ir al muelle, al muelle de los ostricultores" Esto es lo que pretendía enseñarle, pero ella parecía haber asimilado ya la configuración del lugar, porque de repente abandonó el bosque y caí rápidamente hacia el mar por un camino que pensé que era el único que podía tomar. Me dio la impresión de conocer perfectamente el lugar.

Con un delantal largo, el trasero queda atrapado en la hierba y, para usar la expresión de mi madre, "los frutos enamorados" del berberecho se pegan a las piernas. Sin duda ella lo entendía, porque desde hacía algún tiempo vestía jeans o pantalones de algodón y alrededor de su cuello llevaba un pañuelo de un bonito color, a menos que fuera una toalla. Detalle curioso: en un cubo grande había metido un garfio y una sierra plegable.

"Ya tengo suficiente con las hierbas del jardín, pero es demasiado para mí, ¡tengo que tocar las plantas y los árboles del bosque!"

Me acordé de los primeros días que llegué a la península, estaba todo el tiempo afuera, ocupada desmalezando y podando chupones. No pudiendo contentarme con la tierra que me pertenecía, tuve que ir al pantano a aclarar un poco los juncos, juncos y espadañas. Ella tenía exactamente el mismo comportamiento que yo.

Entonces, había otra mujer además de mí vagando por el bosque. Como su marido trabajaba en Nagoya, disfrutaba de total libertad. Cada vez que lo veía salía de casa y caminábamos juntos.

Por fin había encontrado una guía de setas, y las estaba

examinando, que cada día eran más numerosas, comparándolas con las que aparecían en su guía. Ah, este no sería un... Oye, este seguramente es un... ¡Mira, parece un platillo volador! Habló con emoción, tanto que me encontré agachado en el suelo examinando con ella las particularidades de su hallazgo. Cuando descubrimos una pelota al lado del camino, intercambiamos una mirada: “¡Quizás sea una pelota podrida!”

Le dimos pequeños golpes con una vara de bambú que había por ahí y salió a borbotones un líquido espumoso negro. "¡Cuidado, va a explotar!" estallando en carcajadas.

Fue durante este otoño que aprendí que el kanji de moho se lee *ki* no *ko*, que simplemente significa "hongo".

En un diccionario etimológico encontramos la siguiente explicación: “Kin (moho, bacteria) crece en lugares cálidos y húmedos”.

Las bacterias hongos no sólo prosperan en lugares oscuros y húmedos; necesitan que la luz del sol atraviese la capa de hojas podridas, básicamente un saco de dormir cálido, para proliferar. Madame Kuga dijo riendo:

“¿Un saco de dormir?” ¡Como yo!

— ¿Todavía duermes en un saco de dormir?”

No, había traído ropa y ropa de cama de Nagoya, porque las mañanas y las tardes eran bastante frescas.

Cuando llegamos frente a su casa después de charlar lado a lado, estoy sudando la mayor parte del tiempo. Pero inmediatamente el sudor se evapora, absorbido por el aire seco del otoño.

Miro a mi alrededor, a la casa Kuga, veo que la mayoría de los árboles han sido talados, la tierra aparece en su desnudez roja. El color apagado de las paredes de la casa ha desaparecido, para dar paso a tablas que están siendo clavadas, al estilo de un chalet de montaña. Cuando se volvió a pintar el techo, brilla con un hermoso color negro. Estiré el cuello con la esperanza de echar un vistazo al interior, cuando ella me hizo una seña y me dijo: "¿Quieres echar un vistazo?"“. y la puerta principal se abrió de par en par.

El dueño anterior era un señor mayor. Un poco como yo, venía varias veces al año desde Kioto. Un día que lo conocí por casualidad, me dijo que acababa de ser operado, le habían extirpado la mitad del estómago. Era pequeño y había perdido peso, porque “desde mi operación tengo dificultades para asimilar los alimentos, tanto que hago cinco comidas al día, en pequeñas cantidades, ¡y es realmente tedioso!” Estuve unos años sin verla, hasta el día que supe que la casa

estaba en venta.

Abandonado, se había deteriorado de año en año, sólo los árboles prosperaban, volviéndose cada vez más tupidos. Los Kuga habían comprado la casa y el terreno y eran los únicos responsables de la renovación.

Los papeles habían sido rehechos en la sala japonesa. “Esto es lo que hice la semana pasada”, me explicó la Sra. Kuga. “¡Aquí está en medio de la construcción! ", mientras me conducía a un gran salón desde donde podíamos ver toda la bahía. En el suelo o contra la pared había escaleras de mano, botes de pintura, tablas y rollos de papel pintado, y en la habitación se respiraba un olor embriagador a pegamento. La vista hacia el mar era impresionante, completamente despejada.

“Desde que talamos los árboles, lo vemos todo. ¡Y es tan agradable cuando me despierto al amanecer! Además, aún no hemos puesto cortinas. ¡Puedo ver las gaviotas yendo y viniendo!” Me explicó todo esto mientras doblaba la ropa que había dejado en la habitación japonesa contigua al salón.

Ese fin de semana los coches volvieron a circular hacia la colina. Fui a echar un vistazo y vi a un hombre alto, con un mono negro, que se había subido al tejado y estaba reparando el canalón. Un gran sombrero de paja ocultaba su rostro, pero supuse sin dificultad que se trataba del señor Kuga. Ya sabía que su esposa se llamaba Yasuko, su nombre era Kôtarô, y que habían venido aquí porque su padre había muerto dejando una cómoda herencia, quería tomarse un descanso porque el juku donde enseñaba lo habían comprado una caja grande. . A esto se sumaba el asma crónica de Yasuko, que esperaban mejorara al mudarse aquí. De modo que era consciente de las líneas generales de sus motivaciones.

“Dudamos mucho, pero una vez tomada la decisión, curiosamente nos sentimos liberados de un peso…”, comentó. Tenía la intención de buscar trabajo en un juku local cuando estuvieran realmente asentados porque, añadió, le encantaba enseñar.

En este lugar habitado principalmente por personas mayores, la presencia de la pareja trajo vida de manera inesperada. Cada fin de semana llevaba a Tachibana al costado de la casa de donde provenían varios ruidos. Por su parte, los Kawahara, curiosos de ver cómo avanzaba el trabajo, también venían a echar un vistazo.

Más que mi casa al final del caserío, algo hacia el interior, la del Kuga, desde donde se veía la ría justo debajo, tenía un aire que invitaba, llamaba la atención. La vista de ciento ochenta grados, el

movimiento de las olas, todo contribuía a sumergir al visitante en un estado placentero. No pasó mucho tiempo antes de que me encontrara pasando una tarde con la señora Kuga en su jardín repleto de materiales, con un termo de té y pasteles caseros. Algunos días, el césped recién puesto perfumaba el aire, otras veces discutíamos juntos sobre dónde plantar las rosas o los bulbos de otoño, como ellos dudaban, yo no tuve reparos en dar mi aviso.

Poco a poco la renovación avanzaba, yo, mientras disfrutaba del ambiente lleno de vida que emanaba del interior de la rejuvenecida casa, bromeaba con la pareja: "¿Cómo, a tu edad, hablas de jubilación? " Kôtarô dijo con voz velada, como si no quisiera que nadie la oyera: "No, no es un retiro, es una aventura, la aventura de un mundo nuevo". Yo: "¡Envidio tu juventud! ¡Poder transportarte sin dudarlo de un lugar a otro!" Suspiré. Al mismo tiempo, me encantó presenciar la metamorfosis de su casa tomando forma día a día.

Me movía cada vez menos, y si recorrí la península en todas direcciones entre finales de otoño y la llegada del nuevo año, fue por una reflexión de Kôtarô: "Fuimos a todas partes buscando una casa, pero Fue este lugar del que nos enamoramos. El cabo de enfrente, cómo decirlo, me pareció un huerto de cerezos, ¿sabes a qué me refiero?

— ¿Un huerto de cerezos? ¿Te refieres a Chéjov?

— Por supuesto, El huerto de cerezos, cuando termine la fiesta…" Antes de añadir en voz baja: "La lámpara de araña de antaño.

—No puedo ver muy bien...

— Si tienes tiempo, ve a echar un vistazo. Apuesto a que allí nos encontramos con fantasmas... Fantasmas que tienen cara de burbuja económica, ¿entiendes?"

El deseo de ir a ver el huerto de cerezos habitado por espectros con cabezas de burbujas se apoderó de mí, tomé el transbordador en un hermoso día y tomé mis pasos hacia el cabo que mira hacia la ría.

Había verdad en lo que dijo Kôtarô, pero en cambio sentí la nostalgia de una película de antaño, un escenario cinematográfico donde reinaba una especie de emoción tranquila. Allí se construyeron lujosas villas, no faltan lugares de vacaciones en el país, pero aquí las costas de las rías permiten descubrir magníficos paisajes. A pesar de ello, el lugar estaba casi desierto. A lo largo de una altura desde la que se contemplaba una espléndida vista del mar, un hotel turístico al estilo de la Costa Azul, casas de descanso equipadas con baños termales, centros de investigación pertenecientes a grandes empresas,

pero, de nuevo, ni un alma viva.

El lugar que Kôtarô había bautizado como “El huerto de los cerezos” era, al parecer, una subdivisión de lujosas villas de los años del boom económico, situadas en la ladera de la montaña. Cada parcela no deberá tener menos de quinientos metros cuadrados. Miramos con los ojos muy abiertos las villas, cada una más opulenta que la anterior. Imponente garaje construido con enormes piedras, portal de rara elegancia digno de una residencia tradicional japonesa, casa de estilo español con paredes color terracota y techo de teja naranja. Había una suntuosa villa con vidrieras y chimenea. La casa estilo chalet situada en lo alto de un acantilado con vistas al mar era particularmente hermosa; desde lejos, parecía estar viendo un cuadro impresionista. Tantas construcciones que simbolizaron la era de la burbuja económica en su apogeo.

También hemos observado algunas villas que reconocían la debacle de su propietario. ¿Nos habíamos sentido impotentes para conservar lo que habíamos comprado a un precio elevado, o nos habíamos arrepentido de separarnos de una propiedad donde habían vivido nuestros padres? A la luz del otoño, las casas que, contra todo pronóstico, habían superado las pruebas de sus ocupantes parecían haber envejecido ya durante mucho tiempo, sin saber su destino. Esto es lo que me dio la impresión de un plató de cine.

Había oído que estas casas que alguna vez costaron decenas de millones no pudieron encontrar compradores, ni siquiera por unos pocos millones de yenes. La quiebra de una época era tangible y la imagen utilizada por Kôtarô, que hablaba de espectros, era perfectamente apropiada. Porque las casas olvidadas, los tejados de colores descoloridos, los porches cubiertos de hierba dejan traslucir palabras de tristeza, de angustia, de melancolía, de soledad, de abandono. Esas paredes que alguna vez resonaron de voces, esas habitaciones que no eran más que lujo y belleza, esas casas abandonadas presentaban un rostro tan lamentable como el de una exactriz demacrada.

Como contrapunto irónico, el entorno de la bahía donde se construyeron estas villas, en particular el mar que se divisaba desde lo alto del cerro, era magnífico. El azul del mar revelaba las ostras perleras, las vieiras y las algas cultivadas, las blancas olas de espuma lamían la arena de la playa donde nadie llegaba, la punta del acantilado con las rocas que mezclaban sus vetas azules y blancas. En otros lugares, las miradas quedaron cautivadas por la belleza del verde

deslumbrante de un campo de golf bordeado por macizos de flores cuidadosamente seleccionados. Al final del cabo se alzaba un hotel de lujo con sus paredes blancas deslumbrando de luz, creíamos estar viendo uno de los faros de los que se enorgullece la región.

Me quedé contemplando ese paisaje tenso donde se combinaban las cosas que seguirían viviendo y las que no habían sobrevivido. Por un lado, la prosperidad que aportan los turistas ricos, por otro, el cansancio y el olvido. También en Tokio encontramos urbanizaciones abandonadas por sus habitantes, casas olvidadas al final de las callejuelas, pero aquí la belleza del paisaje refuerza la desolación, que es aún más conmovedora.

Cuando Kôtarô y su esposa tomaron la decisión de establecerse en la región, seguramente acertaron al no fijar sus ojos en una de estas villas de lujo en la punta del cabo o en una de estos fraccionamientos de segundas residencias. Donde yo había comprado terrenos, los promotores habían dejado de desarrollar su actividad, estábamos lejos del “brillo de antaño”, que probablemente nunca se desvanecería. Por otro lado, había un aspecto positivo, una especie de indiferencia natural que emanaba de la gente que venía a vivir allí, gente que gastaba sabiamente sus ahorros o su dinero de jubilación, cultivando hortalizas o recogiendo frutas en el bosque, trabajando tiñendo telas. Cada uno vivía según su criterio, sin pretensiones, a su propia escala.

Todos eran extranjeros en el país, estuvieron allí durante una generación. Los que tenían hijos vivían solos. No depender de los seres queridos también era un elemento de descuido. No quisiera olvidar mencionar la importancia de esta conciencia, de este deseo deliberado de no inmiscuirse en lo más profundo de la comunidad local, que tiene un pasado rico y una larga historia, para seguir siendo "un outsider", alguien de otra parte. No involucrarnos cuando este pasado resurja. Más o menos, todas las personas que vinieron a establecerse aquí dejaron algo detrás de ellos.

Al mismo tiempo, me doy cuenta de que debo renunciar a este nuevo mundo que Kôtarô espera encontrar, pero definitivamente me gusta esta distancia que no supone ninguna carga para los demás, el espíritu de compartir equilibrado que acerca discretamente a tal o cual que tiene malestar intestinal por arroz hervido y ciruelas saladas.

Hasta principios de invierno, mientras el ruido del trabajo seguía resonando, los Kuga fueron consolidando las bases de su vida diaria. En la pendiente donde habían sido talados los árboles, instalaron parterres, un huerto y un huerto. El interior de la casa aún estaba lejos

del nuevo mundo de esplendores pasados, pero la *fusuma* y el suelo habían sido renovados.

Mientras ayudaba a su marido, Yasuko aparecía a veces en el bosque, entonces buscábamos juntos cosas comestibles y regresábamos con los ojos inyectados en sangre por nuestro afán por descubrirlas. A veces teníamos la suerte de encontrar frutos akebies que se habían caído del árbol del que hacíamos la merienda, castañas que poníamos a cocinar. Si encontrábamos manchas de dioscora, hacíamos arroz picando jengibre fresco. Los campos de finales de otoño estaban llenos de tesoros que los lugareños ni siquiera se dignaban mirar...

Cada vez, suspiré. Lo que el sistema económico había desdeñado, dejando los campos abandonados, lo redescubrimos nosotros, en forma de muchos productos frescos que ponemos sobre la mesa sin demora. ¡Qué lujo! ¿Qué podría ser más magnífico que el optimismo invencible que nos permite estar despreocupados por el mañana si tenemos suficiente para comer hoy, la certeza de que el mañana también estará libre de problemas?

¿Es un optimismo poderoso lo que me empuja o las ganas de comer? Pude tomar posesión de un producto de lujo del otoño. Sí, acabé encontrando una seta comestible, el bolete des bouviers. Fue Tachibana quien me enseñó el nombre.

"¡Con la sopa de miso, está realmente deliciosa!"

En el profundo pinar que siempre atravesaba con la mirada distraída, las setas en cuestión exhibían su carne grisácea y viscosa.

"¿Tan cerca de aquí?"

No podía creerlo.

Estos boletes que buscaba entre las agujas de los pinos parecían pepinos de mar gigantes.

"Si no puedes comerlos todos, simplemente sécalos para conservarlos. Quisiera aprovechar para deciros que secos quizás queden incluso mejores. Realmente se siente como comida salvaje y eso me gusta", dijo Tachibana en un tono penetrante.

Desde entonces, he ido varias veces al pinar a recogerlos. Tachibana tenía razón, la sopa de miso absorbió su sabor y el caldo ligeramente dulce se volvió cremoso.

Las flores amarillas de las marismas florecieron en el jardín, las hojas de los árboles de cera plantados en el borde del pantano se volvieron escarlatas. Terminé con el arduo trabajo de desmalezar y, para ocupar mis manos ociosas, comencé a hacer ardillas, muchas ardillas. Redondeo los tallos de akebie o glicinas que he recogido en el

bosque, los decoro con bellotas, piñas y los frutos rojos de las raíces chinas. Las ardillas que hice con plantas silvestres son perfectas para decorar la pequeña casa de la península donde prácticamente no hay muebles dignos de ese nombre. Le coloqué delicadamente una piel de serpiente que encontré en el jardín en primavera.

Conocía bien a esta serpiente. Cuando llegó la primavera, se deslizó por el suelo del pantano que rezumaba humedad. No era una víbora, era una serpiente muy delgada. Si no tenía compañía, siempre la veía sola.

Las escamas de la piel que había guardado en una caja eran transparentes, los ojos estaban claramente definidos. Dudé durante mucho tiempo, preguntándome si no sería mejor devolver estos restos intactos a la naturaleza. Si consideráramos que las bellotas o las piñas eran pieles naturales, ¿qué podría ser más natural que una piel de serpiente usada para cubrir a una ardilla? Entonces mi serpiente dormía sobre frutos secos y pequeñas rosas. La serpiente semitransparente enroscada alrededor de las ardillas miró en mi dirección desde lo alto de la pared.

Divida las plantas que florecen en primavera. Planta las anémonas y los bulbos de tulipán. Poda los árboles. Agregue fertilizante a las flores de verano.

Saca la estufa de aceite.

Enviado a N, un amigo de secundaria que da clases de arreglos florales, raíces chinas y ramas de eléboro. Se quejó de que no podía comprar flores silvestres porque eran muy caras.

Empecé a hacer mermelada de fresa de invierno.

Rabbatu la tricyrtis cuyas flores se han marchitado. Las hierba cana todavía están en flor.

Por la noche, miro los periódicos que no he abierto desde hace varios días. Leyendo por primera vez en mucho tiempo el “Correo de los barcos pesqueros en alta mar”, me doy cuenta de que la mayoría han regresado uno tras otro a los puertos circundantes. Han regresado barcos que zarparon de Kayao o Cristóbal, como el Owashi o el Mikiura. Todas las tripulaciones están a salvo.

Ha pasado el comienzo del invierno, y cuando las pequeñas flores anaranjadas del osmanthus han dejado de perfumar el aire, los bosques y las selvas cobran vida con colores deslumbrantes, amarillo, rojo, verde. Las hojas de ginkgo están adornadas con oro comenzando

en Sapporo, luego en Nagano, antes de avanzar lentamente hacia Fukuoka.

No es necesario consultar el calendario de las veinticuatro estaciones, el cambio se siente claramente en el aire y en los colores del bosque. Esta mañana estaba seguro de que la temperatura había bajado y el resplandor de los arces se había intensificado. La península es una región dominada por árboles de hoja perenne. Sin embargo, en algunos lugares se plantan especies diferentes y las hojas enrojecidas se notan aún más en medio del conjunto verde.

XIII

¿Cómo se despidió de él Henry David Thoreau, que amaba tanto a Walden? Al final de *Walden* o *Life in the Woods*, estas palabras surgen de la confusión de mi memoria: "Llegué a la conclusión de que necesitaba vivir una vida diferente para poder seguir viviendo. Se me había hecho imposible dedicar todo mi tiempo al bosque". Todo está dicho. Del bosque a la ciudad... De una vida basada en la regularidad, pasó a la diversidad que aportan los viajes. Esto es lo que le hizo abandonar el bosque.

¿Y Hesse? Cuando dejó su casa en el lago de Constanza para instalarse en Suiza, en las afueras de Berna, sin saber cómo despedirse de la casa donde había vivido hasta entonces, huyó al jardín. ¡Adorable Hesse! ¡Qué niño!

Por mi parte, dudaría si alguien me preguntara hacia qué lado me inclino. Podría responder que me siento cercano a Hesse, del mismo modo que podría elegir el lado de Thoreau. Sin embargo, me distingo de ambos en que no soy naturalista ni denuncio el materialismo. No tengo nada en contra de las noches llenas de luz de las grandes ciudades del siglo XXI y siempre he disfrutado de las comodidades de la vida citadina. Además, también me gusta el bosque que, por la noche, huele a prehistoria. Me siento feliz cuando miro escaparates, así como me tienta observar los seres vivos del bosque y caminar junto al mar. En definitiva, estoy acostumbrado a disfrutar de ambas cosas, y sé que nunca podría renunciar a una u otra. el otro.

A mediados de diciembre, la temperatura bajó repentinamente. Una mañana, cuando abrí la ventana de la terraza, el suelo se había puesto blanco. Sorprendido, me quedé mirando por un momento, antes de notar que se había depositado una fina capa de escarcha.

En las casas vecinas se amontonaban flores de crisantemo. Crisantemos en miniatura o en racimos, cubiertos por las flores de arabias gigantes que se desmotan.

Los rayos de sol que bañaban de oro el bosque otoñal habían adquirido de repente una luz pálida. Por otro lado, el bosque parecía aún más impregnado de misterio.

También las setas, que estallaban en colores brillantes, habían desaparecido, el bosque oscuro estaba envuelto en formas oscuras. Saqué una bufanda de lana, unos guantes y me puse unas mallas.

Enterrado bajo un anorak térmico, bajé a la playa con la marea baja, las ostras estaban apretadas unas contra otras, aferradas al malecón o a los flotadores que sostenían las redes. En invierno, la concha erizada endurece sus escamas e inmediatamente entendemos que la ostra crece en su interior, protegida por la solidez de su concha.

Equipado con un martillo, golpeé ligeramente los moluscos que quedaban adheridos a las cuerdas que unían los flotadores. Se desarmaron con facilidad, llenando un balde que me llevé a casa, y todos los días lo disfruté. A veces preparaba un plato a fuego lento, a veces los freía, cuando no estaba haciendo tsukudani. O los doré en mantequilla o los doré.

“Aunque lo como todos los días, nunca me canso”, le dije a Kayoko, quien respondió: “¿Qué tiene de sorprendente? ¡Eso es porque no nos cansamos fácilmente de los regalos!” en un tono que parecía querer asegurar que estaba agradecido por todos los regalos que la región me prodigó.

No hacía falta traer martillo, sólo había que estar allí cuando el mar retrocediera para recoger sin contar las ostras que las olas habían arrastrado hasta la playa. No tardé mucho en hacerme una idea de las playas donde podía encontrar tal o cual cantidad de conchas. Si las recogía con tanto esmero era porque Kurata me había enseñado recetas deliciosas, una que consistía en cocerlas a fuego lento con piloncillo y salsa de soja, la otra en macerarlas en aceite, ostras ahumadas… Es el plato más sabroso de la península. Mientras recogía las conchas, de vez en cuando pasaba por mi mente la idea de que tal vez fuera robo, o vandalismo, pero al fin y al cabo no era ni abulón ni cangrejo lo que había venido a sacar así ni visto ni conocido. Decidí considerar que se trataba de simples regalos que me había dado la naturaleza. En cuanto a las cáscaras, las usé como fertilizante para mi jardín, una vez machacadas. No estaba haciendo un lío, no tenía nada de qué avergonzarme. Eso es lo que me dije a mí mismo.

La huelga fue silenciosa, nunca encontré a nadie. Pero los pájaros migratorios llenaron el aire con sus gritos.

No sé mucho sobre pájaros. Sólo puedo distinguir los pájaros de gafas que vienen al jardín en primavera, los ruiseñores, los herrerillos, en cuanto a las aves marinas que se reúnen en la orilla para picotear antes de emprender el vuelo, no logro notar la diferencia con las gaviotas.

Al tocar la arena con mis botas que llevaban las huellas de las patas de innumerables pájaros, sentí inmediatamente la elasticidad del suelo blando impregnado de agua de mar. En las tardes de invierno, el barro está muy caliente. Sobre la arena blanda, las pequeñas conchas makigai se mueven lentamente. Pude ver cangrejos del tamaño de un grano de arroz que se hundían rápidamente en la arena para desaparecer. Durante la marea baja, las algas y algas que ha depositado el mar se quedan pegadas a las rocas, tanto es así que las añadí a las ostras con las que había llenado mi cubo. Una vez secas, estas algas hicieron de mi baño un momento de beneficio para mi cuerpo cansado.

Cuando llega la noche, la estufa de queroseno se pone roja, acerco mi silla al fuego y por fin puedo sumergirme en un libro. De hecho, cuando se trata de lectura, sería más exacto decir que simplemente hojeo los libros que amontoné en una caja en el camino hacia aquí.

En la calma de la península rápidamente nos damos cuenta de lo vulgar y molesta que es la televisión. A diferencia de la música que puedo elegir según mis gustos, por mucho que cambie de canal, sólo me encuentro con programas adormecedores. Así que apago el aparato y salgo a la terraza.

¿Fue Buson quien cantó sobre la “luz cegadora de la luna sobre las rocas del invierno”? Nos parece oír el crujido de la luz en las ramas, en la más mínima piedra. Las sombras negras en el bosque, la hilera de pequeños árboles frente a la entrada, el camino que pasa frente a la casa en pendiente, todo se desborda con el silencioso crepitar de los agudos rayos de la luna. Me inclino hacia lo más profundo de la oscuridad silenciosa por donde no pasa ni el coche ni el alma, y mi oído saborea el placer inefable de ser absorbido por la densidad del silencio.

En una tarde cálida cuando se acercaba diciembre, me dirigí al taller de miel con una mochila que contenía frascos de mermelada de fresa de invierno. Para hacer esta mermelada que tiene el color de las flores

de nochebuena no salí de la cocina durante varios días. Sin duda el viento había traído semillas, porque estas flores se habían multiplicado sin que yo me diera cuenta y cubrían tanto el jardín como el pantano.

Contra todo pronóstico, las raíces son extremadamente fuertes, no tiene sentido arrancarlas, proliferan. En verano muestran sus pequeñas flores blancas, cuando llega el invierno se cubren de pequeños frutos de color rojo rubí. Es muy difícil sacar estos frutos de las ramas, que tienen sólo unos pocos milímetros de diámetro, pero si tienes el valor de hervirlos, llenan una olla entera. Añadiendo azúcar y zumo de limón se obtiene una mermelada de color vino.

“Este año también la cosecha fue buena”, comenté.

En el taller se calentaba una gran estufa de queroseno, bebíamos té con galletas saladas cubiertas con mermelada de fresa, la conversación iba bien.

Los Kuga venían a pasar una semana, desde finales de año hasta Año Nuevo, en su nueva casa que casi habían terminado de restaurar, Kayoko preparaba un zôni poniendo en él mochi rectangular como en Tokio (de esta manera, son redondos), tal o cual había adquirido un tractor nuevo, había pescado una enorme dorada, alguien aseguró que lo mejor era acudir al mercado que se celebraba en el puerto para abastecerse de provisiones de inicio de año. Tantos comentarios sin importancia.

En invierno, la actividad de la explotación apícola queda en un segundo plano, en comparación con el período de búsqueda de alimento. El trabajo consiste en echar un vistazo a las colmenas de vez en cuando para asegurarse de que las abejas reciban suficiente alimento y estén calientes. También es necesario reparar las colmenas viejas y proteger del frío los macizos de flores destinados a proporcionarles polen en primavera. Lo que explica por qué Yôji se une a nosotros y la hora del té continúa sin preocupaciones.

"¡Es bueno no tener nada que hacer!"

— Habla por ti mismo. ¡Mantener una casa nunca te deja descansado!

— Me pregunto si no me voy a comprar una camioneta nueva...

— Haz lo que quieras. ¡Pero te piden que te las arregles para ganar dinero!

— La otra vez, mientras viajaba, conocí a alguien que hacía hechima negra, parece que es muy efectiva.

- Si entendí bien, cambiaste de tema...

— ¿Para qué es eficaz? Yo pregunté.

— Hemorroides".

Nos echamos a reír mientras tomamos nuestro té de miel.

De regreso a casa, enciendo la estufa y me invaden las ganas de sacar algunos discos de una caja. En primavera y otoño, toda mi atención la acaparaba el concierto de los seres de la naturaleza, ruiseñores, cigarras, grillos. Pero mi oído deseaba ahora otra música.

Handel y Mozart, a quienes hacía mucho tiempo que no escuchaba, al ritmo del fuego que ardía en la estufa, penetraron en cada fibra de mi cuerpo. No lo esperaba. Al mismo tiempo, mis ojos se posaron en una biografía de Glenn Gould, Piano Solo. Tiré este libro en una caja al mismo tiempo que los discos. En comparación con la colección de poesía de Kaneko Mitsuharu, que estaba llena de vacío, la escritura era apretada. Mientras me preguntaba si podría leerlo hasta el final, comencé a hojear algunas páginas. Según Michel Schneider, autor del texto, Glenn Gould amaba el Gran Norte. No geográficamente sino en su corazón. Amaba el frío, la vida que palpita bajo el hielo. Los últimos años de su vida alejado del mundo los pasó en reflexión y meditación, congelando toda sensualidad, dice Schneider.

¡Qué terrible soledad!

No es que odie la pureza del frío, pero me gusta tomar una taza de té con alguien, al calor de la estufa, mientras la música llena la habitación. Soledad para descubrir la vida que se esconde bajo el hielo, muy poco para mí, en cuanto a congelar mi sensualidad con el pretexto de que ya no soy vieja, nunca lo he pensado. La vida de Gould es sólo una serie de zonas prohibidas. Es una vida al borde de una esfera lejana donde no vive nadie, cubierta de metal y hielo, un planeta desconocido y solitario.

Ningún llanto de insecto, ningún canto de pájaro. ¿Puede realmente el hombre vivir en un lugar que rechace el mundo exterior? Sólo la música que suena dentro de uno mismo constituye el mundo. ¿Cómo afrontar la soledad absoluta?

Cansado de leer, tomé el autobús hasta la orilla del mar y miré el océano. El invierno hizo que los acantilados fueran aún más salvajes y formidables. ¿Será porque el aire estaba claro, la frontera entre el mar y la costa era más clara que en verano? Las rocas y acantilados destacaban, afilados como espadas, bajo el asalto del violento viento que soplaba sin cesar.

Me pareció que las poderosas olas de la marea creciente que chapoteaban en la orilla componían un rugido familiar y al mismo

tiempo aterrador. La cresta de las olas se elevaba implacablemente. Incluso en invierno, el mar es sensual y atrevido. Me da la impresión de ser un ser sádico dotado de una lengua, dedos y dientes precisos. ¡¡¡El mar!!!

En cuanto a los campos y al bosque, acurrucados sobre sí mismos, preparaban los capullos para que pronto floreciera la primavera.

En el bosque escuché el avance de la primavera. El sueño de las semillas sin conexión alguna con el congelamiento de los sentidos, el ascenso de la savia que se estaba preparando. La tarde tranquila de pleno invierno cuando nada parecía moverse, el CD que escuchaba en la casa, en el bosque o junto al mar, música diferente me envolvía, me dejé llevar sin resistencia.

Nevada. Los primeros copos de nieve se anunciaron en la región de San-in. Cerca de Tokio es la estación de las hojas muertas y de las primeras heladas. La mejor época del año para hacer fertilizante a partir de hojas podridas. Recogiendo frutos de gardenia.

Invierno. Recogiendo cidras. Los narcisos empiezan a florecer.

Baño perfumado. Fue Kawahara quien me dio los cítricos.

Una vez más vuelvo a hacer mermeladas de fresa de invierno.

Por primera vez desde no sé cuántos años estoy preparando un paté de dorada. Fue Yôji quien lo atrapó.

Voy a la oficina de correos a comprar tarjetas de felicitación. Me lleva varios días escribirlos.

Día de Año Nuevo. Voy a pasar sólo dos días en casa de mi madre, voy a comer un zôni sencillo y rústico, hecho con unas hojas nuevas y bonito rallado, además de platos que prepara la mujer de mi hermano. Esperaba ver el tren abarrotado, pero el de la línea privada que sirve al santuario de Yse está vacío, es porque voy en dirección contraria. A la vuelta, la multitud es normal, en su mayoría gente mayor.

Después de regresar a la península no tuve absolutamente nada que hacer. Los pocos trabajos que me habían pedido los había terminado en diciembre, y los bulbos que había plantado estaban inactivos esperando que llegara la primavera. Quizás los cangrejos estaban hibernando, no vimos ni uno solo. Las aves migratorias surcaban el cielo.

La aldea que cobró vida en verano con sus veraneantes ya no recibió la más mínima visita. Kurata había ido a cumplir con sus deberes familiares, como lo hacía dos veces al año. Sin duda, esta vez

nuevamente sería recibido con un "¡ya volví!". que normalmente le reservamos.

En esta época del año, la escuela de teñido de Tachibana estaba de vacaciones. Hiraoka, el entusiasta del golf, también era invisible. La casa Mochizuki había mantenido las contraventanas cerradas desde el verano. Mi gato ocupaba la terraza de la casa deshabitada que estaba calentada por los rayos del sol. Tan pronto como desapareció el sol, huyó de la terraza y se acurrucó en un armario. Todo estaba dormido.

Las abejas ya no salían a buscar comida, así que a menudo iba a la ciudad, a veces con Kayoko, a veces con Yasuko y a veces las tres. Probablemente porque el número de surfistas y turistas había disminuido, todo estaba tranquilo. Los mayores se quedaron en casa, los jóvenes estaban en las grandes ciudades. Sólo el supermercado mantuvo cierta animación.

Compré un plato ya preparado para cenar, filetes de pescado que se podían meter en el congelador en cantidad, dudando porque quizás aún era un poco pronto, algo para quitar el amargor a las verduras de primavera, varias latas.

En el autobús de regreso, nada más que mujeres. Abundaban las recetas de todos para la cena. ¡Estamos cansados del día de Año Nuevo, preparando platos especiales! ¡Sería genial esconderse en algún lugar y no hacer nada! dijeron las dos esposas riendo.

Sin embargo, por mucho que nos encerremos, este estado pronto terminará. Porque todo tiene un final. Llegará un día en el que tendremos que abandonar el lugar donde nos encontramos.

Hoy leí hasta la página 192 de la biografía de Glenn Gould y descubrí un pasaje donde finalmente abandona su planeta de meditación, es decir los países del Norte, para empezar a vagar por las calles de Nueva York. ¿Ha vuelto a su humanidad? ¿Es esto una derrota? Escapó de su soledad.

No puedo imaginarme a Glenn Gould comprando en la ciudad o comiendo un bistec enorme con un amigo, pero lo cierto es que escapó de su mundo de hielo y eligió vivir con los hombres que había odiado durante tanto tiempo. ¿A menos que su comportamiento sea una señal, como parece decir Schneider, no sin ironía, de que "los ángeles están llegando a su fin cuando se enamoran de los hombres"?

Dos años después, Gould murió. No soy un especialista en su música, pero parece que puedo comprender la psicología del pianista que regresó a la sociedad de los hombres. Después de todo, ¿no es el hombre de paso, un ser de transición? De la desgracia a la felicidad o

todo lo contrario, de la soledad a la multitud, de un ser a otro, de la calma a la animación, el cerebro va constantemente del pasado al presente, del presente al pasado, a veces incluso, se aventura en lo lejano. futuro.

El que pasó toda su vida en el mismo lugar, hacinado en una cabaña, escribió: “El curso del río que nunca se seca, y sin embargo nunca es la misma agua[1]“. Así era la música de Glenn Gould. Iba y venía entre los sonidos graves y agudos, entre las pausas y la cromática de la partitura. Nunca permaneció en el mismo lugar.

Entonces ¿adónde voy a ir?

Desde mi llegada a la península, esta es la primera vez que logro leer un libro hasta el final. ¡Qué pereza, qué larga pausa!

Cerré el libro y lo volví a colocar en su lugar original, en el fondo de una caja.

XIV

Caen las flores rojas de las camelias. Sería inútil contarlos. El rojo de las flores superpuestas cubre la mayor parte del camino, mostrando a veces el amarillo brillante del pistilo. Las flores están vueltas hacia mí, como una boca abierta, que revela el color escarlata de sus mucosas.

Camino por un sendero bordeado de espesos árboles. No sé a dónde voy, el lugar me resulta desconocido. Al regresar del taller de miel de Kayoko, sentí la necesidad de emprender un camino desconocido. Me he acostumbrado perfectamente a caminar solo desde que estoy aquí. Subí y bajé varias pendientes pronunciadas. Avancé sin desviarme un paso por senderos llenos de meandros, caminos rurales por donde nadie pasaba, hacia una bahía que no conocía. Aquí casi nunca nieva, aunque a veces empiezan a revolotear algunos copos. Quizás esta noche podamos ver bailar la nieve.

Aunque en un día como este lo más prudente es quedarme frente a los fogones, de repente quise estirar las piernas y me dirigí hacia el taller. Como siempre tomamos té caliente con miel, charlamos mucho y la dejé alrededor de las dos de la tarde. Era pleno día, pero espesas nubes cubrían el cielo y el aire se hacía más frío. Al mismo tiempo, como empujado por una fuerza misteriosa que no me dejaba descansar, aceleré el paso.

¡Ah, no debería haberme aventurado tan lejos! El frío y la soledad hicieron que mi cuello se hundiera en mis hombros. Fue en el momento en que estaba a punto de renunciar a ir a la bahía desconocida que apareció frente a mí el camino, todo rojo con flores de camelia.

Eran camelias salvajes. Miré hacia arriba y vi que las ramas formaban un arco sobre el camino. El color blanquecino de los troncos acentuaba el brillo de las hojas que brillaban con un reflejo oscuro,

innumerables flores habían caído. Cogollos también, innumerables. Incluso si estiras el cuello para ver entre las ramas, sólo puedes ver una masa compacta. En algún lugar, el sonido de una caída, las flores caen sin tregua. Este leve ruido resuena en mi cerebro, un golpe sordo se sucede a otro, pero no puedo discernir dónde caen las flores que forman una espesa alfombra roja.

Sin las flores que cubrían el suelo, probablemente nunca habría conocido el bosque de camelia. A lo largo de mis años viajando por la península, no cabía duda de que me había perdido muchos de estos bosques de camelias. Finalmente entendí cuando levanté la cabeza que aquí estaban estos árboles y escuché esta nueva voz.

Durante un rato escuché atentamente cómo las flores caían y golpeaban el suelo con un ruido sordo. ¿Estaba más allá del arco de ramas sobre mi cabeza? En medio de esta calma, como si el tiempo se hubiera detenido, el sonido de las flores cayendo llegó vívidamente a mí. ¿Fue para escucharlo que aceleré el paso, como si algo me empujara a mis espaldas a mi pesar? Cuando se me ocurrió la idea, el color de las flores era tan brillante que cogí algunas y las metí en mi mochila. Tirando de las ramas que tenía a mi alcance, logré romper una que tenía hermosas flores. La cosecha de hoy fue una rama de camelia. Las flores rojas no dejarán de brillar en la entrada helada de la casa o en un rincón del salón.

Caminar así sobre las flores esparcidas enfrió mi deseo de ir más lejos. El camino era el cementerio de camelias. A menos que me invadiera el miedo. Si daba un paso más sería absorbido por la tierra, sentía que mi cuerpo no podía encontrar el camino de regreso. Bajo la suave corteza verde se escondía un valle que parecía querer atraerme, bajo los restos de las flores también existía un camino irresistible e invisible. Las flores que conocían su final en esta transición de estación sabían que este era sin duda el último lugar que les darían para ver. En el momento en que me vino a la mente este pensamiento, el olor de las flores, que había tomado por miel derramada, impregnó el aire con un matiz de podredumbre.

En el camino de regreso, me sentí incómodo, ya que la imagen de las almas rojas arrojaba chispas en mi cerebro. Hacía tiempo que había dejado de sentirme regulada, pero era como si el olor de la sangre que mana cada mes renaciera en el hueco de mi cuerpo. ¿Cómo podría hacer la conexión entre el rojo de las flores caídas y el de la sangre menstrual?... Apresuré el paso, para aplastar el rojo que pisoteaba.

Cuando los árboles se alejaron, el cielo cargado de nubes que me envolvía se aclaró, una luz pálida iluminó el suelo reseco del invierno. ¿Por qué la forma de estas hermosas flores evocaba en mi mente la imagen de las profundidades de la garganta? ¿Por qué la luz fría y oscura que brillaba a través de los árboles me hizo pensar crudamente en el cuerpo humano? Quizás el hecho de caminar solo bajo las nubes me había causado una ligera ansiedad y me había permitido ver trozos de carne y sangre. Este camino solitario, en el frío del invierno, bajo los árboles que rodeaban la bahía como un feto en el útero oscuro, me había llevado al más allá.

El temor de haberme perdido en un mundo en el que no debería haber entrado continuó atormentándome mucho después de regresar a casa.

"¡Pero lo sé, este dosel de árboles! El camino estaba todo rojo, ¿no?"

Para aliviar mi nerviosismo, llamé a Kayoko, quien me respondió con voz risueña.

"Estas camelias siempre sorprenden. ¿Rojo como la laringe? Esta idea nunca se me ocurrió, continuó Kayoko con voz serena. Más adelante hay un enorme pantano. Al igual que el que está debajo de tu casa, está invadido por juncos y espadañas. Antiguamente se cultivaban carpas allí, pero ahora debe ser un paraíso para las aves migratorias". Luego añadió: "¡Pero ya sabes, no es un lugar al que ir esta temporada!"

Tenía razón, era exactamente un cementerio. Sólo en invierno aparece el cementerio rojo. Lamenté no haber traído mi cámara. Lamenté no haber conservado imágenes de este cementerio que las flores habían moldeado sin que nadie lo supiera. Si hubiera seguido los pétalos que parecían trozos de carne, tal vez podría haber aceptado el miedo que había recorrido mi corazón. ¿Qué decía? Parece una laringe, ¿no?

Los días transcurrieron lentamente. Una mañana encontré dos coles chinas en mi puerta, era Kurata quien las había dejado, otra vez el sueño me hizo soltar el periódico que estaba leyendo y me enterré bajo la colcha nuevamente, otra mañana encontré un aviso informando que un paquete enviado desde Tokio había llegado en mi ausencia. Llamé para pedir que me lo entregaran nuevamente, era un paquete de caquis secos que me envió un amigo en Yamagata al que aún no le había dado mi nueva dirección. Un fino polvo blanco cubría los pequeños frutos que la familia de esta amiga cosechaba cada año

en su jardín. Siempre había recibido este regalo de invierno en Tokio.

En esta época del año abandoné por completo el jardín y el pantano. Aunque el calendario anunciaba la llegada de la primavera, las plantas y los bulbos seguían dormidos. Dejé la estufa encendida todo el día, seguí al gato cuando salía al jardín, me ocupé en la cocina cocinando grandes nabos y marinando en sal una gran cantidad de hojas de col china. El día pasó en un abrir y cerrar de ojos. El día caía muy temprano, cuando tenías cuidado, se podía ver más allá del bosque hacia el oeste la estrella roja poniéndose.

Por la noche lo único que podía hacer era salir al porche y mirar las estrellas. Miles de estrellas cruzaban silenciosamente el cielo helado. Orión y la Estrella del Pastor estaban justo encima de la casa; en cuanto a las otras estrellas, no sabía sus nombres. A través de las ramas que el viento del norte agitaba, me complacía observar el brillo blanco en la oscuridad del cielo, los puntos plateados en la oscuridad.

En medio de la tranquilidad de la oscuridad lacada en negro, se podía escuchar el sonido constante del agua de manantial chapoteando sobre la superficie finamente helada del pantano. Cómo el agua brotaba de la tierra, el ruido no era regular, cantaba un ritmo casi imperceptible.

Cuando me quedé escuchando el sonido del agua, pensé en las oscuras entrañas de la tierra. Nunca me abandonaron las ganas de echar un vistazo al origen del ritmo invisible del agua. ¿Qué edad tenía el agua que fluía en este momento? Lo que había tardado muchos años en llegar, lo que había adquirido el color de los acantilados cercanos, se arremolinaba bajo tierra y atravesaba un pasaje invisible. Cuando me dije que esta agua regresaba al mar, mi corazón se debatía entre el miedo a la infinidad del recorrido del agua y una atracción incontenible.

Mientras escuchaba mecánicamente el sonido del agua, de repente me vino a la mente el rostro de un hombre. ¿Cómo se llamaba?... Ocupaba el apartamento justo encima del mío, en Tokio. Estoy ahí, Sr. Okamura. Se había mudado casi al mismo tiempo que yo y vivía solo.

Al mismo tiempo, recordaba vívidamente la ropa de cama inundada, su almohada aplastada por el agua, las paredes del armario donde las infiltraciones habían formado patrones en algunos lugares. No sólo el armario, sino también el suelo del baño estaba mojado, el agua había penetrado las paredes.

Fue hace tres años, a principios de verano. A última hora de la noche me fui a la cama. Desde el lado de la cocina y del armario,

pudimos escuchar un leve ruido al que no estaba acostumbrado. Flic flac. Al principio pensé que era el gato el que estaba bebiendo. Pero él yacía acurrucado sobre mi edredón. ¿Qué podría ser? ¿Me había olvidado de cerrar el grifo de la bañera o de la cocina?

Intrigado me levanté para ir a ver y no pude contener un grito de sorpresa. En la cocina, en la unión de las paredes y el techo, rodaban gotas de agua. Una fina capa de agua cubría el suelo de parquet. Aturdido, miré a mi alrededor: el armario entre el dormitorio y la cocina estaba en el mismo estado. El futón de verano que generalmente no uso, las mantas, la ropa de cama reservada para los amigos, todo estaba empapado de agua.

Corrí hacia el teléfono y marqué el número de emergencia de la empresa de mantenimiento del edificio, antes de subir dos escalones por la escalera de incendios hasta el apartamento de arriba. Llamé a la puerta varias veces gritando: "¡Tengo agua en casa!". ¡Viene de ti! ¡Tenga la amabilidad de cerrar el agua inmediatamente!"

Por mucho que llamé a la puerta y toqué el timbre, nadie vino. Finalmente apareció un hombre que caminaba con paso inestable. No parecía entender mis palabras, no entendía lo que estaba pasando. "Hay agua en mi casa y… Además, mira, tu entrada también está toda mojada, ¿no lo ves?" Mientras señalaba, el agua entró al pasillo. Fue mi turno de no entender por qué el Sr. Okamura seguía sin responder a pesar de tener los pies mojados. Que no pueda entender la situación está bien, pero ¿qué planeaba hacer? ¡Mi apartamento todavía estaba inundado! Incapaz de soportar su indiferencia, me costó recordar lo que quería echarle en cara.

Una hora más tarde llegó un técnico que había traído la empresa de mantenimiento. Temprano en la mañana me explicaron la causa de la fuga. La palanca de descarga del apartamento de arriba ya no funcionaba y el agua seguía fluyendo. Si fuera solo eso, el problema no hubiera sido muy grave, pero la caja de jabón o desodorante, lo que sea, que había cerca había bloqueado el orificio del desagüe, por lo que el agua se había desbordado y terminó llegando a mi casa. Todo este tiempo, el Sr. Okamura estuvo durmiendo profundamente en la habitación japonesa de al lado y no notó nada.

Pasé varios días limpiando, limpiando y desechando los futones empapados. Era la primera vez que utilizaba tal cantidad de trapos y papel absorbente, también fue en esta ocasión que supe que debía esperar al día "abultado" para finalmente deshacerme de la ropa de cama que se había quedado inservible. Mientras tanto, los futones

empezaron a desprender un olor desagradable. Pero lo que más me irritó fue que el señor Okamura no había pronunciado la más mínima palabra de disculpa. Hay que decir que nunca tuve la oportunidad de conocerlo. ¡Es difícil imaginar una cara más grande! Tenía toda la intención de decirle lo que pensé al respecto cuando lo vi. Pero mi ira rápidamente disminuyó. ¿Fue una especie de lástima que sentí hacia él, una forma de compasión? Lo cierto es que había perdido las palabras que quería dirigirle.

Había pasado aproximadamente un mes desde la fuga.

Me levanté temprano, una vez no es habitual, y fui a sacar el periódico de la caja. Mecánicamente, miré hacia el estacionamiento del edificio, a través de una ventana lateral. En el aire azul del amanecer, Okamura se encontraba en un espacio de estacionamiento vacío. Se encontraba sobre la línea blanca que delimita la ubicación de los automóviles que tienen contrato de alquiler. Inclinándose hacia adelante, miró al suelo. ¿Estaba mirando una procesión de hormigas, un trozo de papel? Sus manos colgaban fláccidas, como si estuviera perdido en sus pensamientos. Parecía una silueta humana pegada en una hoja de papel.

En comparación con la otra vez, había perdido un peso considerable y parecía agotado.

Toda su persona estaba imbuida de una calma aterradora y miraba al suelo con una atención apasionada, casi anormal. Aún inclinado hacia delante, desequilibrado, acabó avanzando poniendo todas sus fuerzas en las rodillas. Un paso, luego otro. Estaba tambaleándose, como un contenedor a punto de volcarse. Mientras me quedaba quieto sin quitarle los ojos de encima, casi grité de sorpresa: acababa de comprender que sus movimientos eran los de un hombre en rehabilitación. Para no causar tensiones innecesarias en sus riñones, su espalda, sus piernas, avanzaba con cautela, con concentración, sabía que tenía que caminar. Cada paso lo acercaba a la muerte. Fue en ese momento que entendí el por qué de su actitud cuando fui a buscarlo el día de la fuga de agua, por qué tenía tanta dificultad para mantenerse en pie cuando me abrió la puerta.

Otra vez. Vi a Okamura siendo reprendido violentamente. La mujer que tenía delante debía ser una empleada del distrito, algo así como una asistente social. El señor Okamura estaba furioso y se aferró a la barandilla de la escalera de incendios. La mujer parecía querer impedirle subir.

“¿Por qué te comportas así?” ¡Parece que te gusta avergonzar a la

gente! ¡Detén esta farsa!”

El señor Okamura se quedó sin decir nada. Con los labios apretados, miró a la mujer con los ojos llenos de resentimiento. Cuando se dio cuenta de que no ganaría su caso, le tendió la mano. Okamura la apartó violentamente. La mujer casi gritó.

“¿Qué te pasa?” Vengo aquí porque es mi trabajo. ¿Por qué rechazar el ascensor? Sin embargo, ¡te dijimos que era peligroso subir las escaleras! ¡Si te caes, será mi culpa! ¿Has pensado en eso? De todos modos, ¡qué no ver! ¡Tengo más que suficiente, imagina!”

Después de un momento, la voz de la mujer adquirió un tono suplicante. Exhortándolo, consolándolo, engatusándolo, la misma voz resonó durante mucho tiempo en las escaleras con inflexiones que cambiaban todo el tiempo.

La imagen de Okamura me asaltó, tuve la impresión de estar despedazado, como un pequeño animal apresado por un ave de presa. Cuando comencé a vivir en este edificio, hace casi treinta años, Okamura todavía era bastante joven. Llegaba a casa tarde por la noche y tenía la molesta costumbre de cerrar la puerta con fuerza. Refunfuñé: “¡Este tipo torpe no debe saber qué hora es!” No sabía cómo había sido su vida, pero alguien que llegó tarde a casa y cerró la puerta de un portazo se había convertido en un anciano que apenas lograba caminar por la línea blanca de un estacionamiento.

¿Es así como los hombres son vencidos por la enfermedad? ¿Que viven en el lado receptor del resentimiento, el desprecio y la lástima? Mientras me entregaba a estos pensamientos, de repente me llegó la voz de Okamura, que sin duda estaba dirigida a la mujer, una voz tranquila y firme:

"¡Idiota, ya es suficiente!"“

La voz de un hombre solitario, cuyo cuerpo ha envejecido. Aunque pone todas sus energías en rehabilitación, su cuerpo ya no responde como antes. Okamura, sostenido por la mujer, se arrastró hacia el ascensor.

Regresé a mi estudio y miré dentro del armario. Todavía no estaba acostumbrado a los futones que acababa de comprar. Eran voluminosos y ocupaban mucho espacio. Un mes antes estaban aquí los futones y la almohada que siempre usaba en Tokio. Eran los futones que se habían regado, la almohada que se había regado, se habían transformado y mi mano ya no los reconocía. Me hizo pensar que la ropa de cama mojada era como el sudario de un hombre muerto. Sí, las cosas también tienen un final inesperado.

En el apartamento del señor Okamura debía haber multitud de cosas esperando su fin. Zapatillas manchadas, mierda, el suelo del baño donde el agua formaba una mierda, mierda. Las paredes llenas de marcas, mierda. La época que marcó la vejez, una mierda. La voz apagada y resentida siguió sonando en alguna parte.

A partir de ese momento me puse atento a los ruidos que venían de arriba. Cuanto más silencioso se volvía, más me preocupaba, preguntándome qué estaba pasando. ¿Estaba el cuidador allí? No importaba si era voluntaria o una funcionaria algo mandona, me preocupaba que Okamura se viera obligada a vivir en un apartamento maloliente. Quizás el suelo y las paredes inundados ya desprendían olor a humedad. Los ojos no podían verlo, pero una sombra profunda se extendía por el piso superior. Desde este incidente, a mi pesar, me había vuelto dolorosamente sensible al sonido del agua por la noche.

Cuando escuchaba, los sonidos pasaban constantemente a través de las paredes, el aire cargado de gotas, un crujido. No sólo desde el piso de arriba, sino incluso más arriba, podía escuchar claramente el sonido del agua corriendo. El agua todavía fluía en alguna parte, dentro de las tuberías que habían sido encerradas dentro de las paredes. ¿Fue un noctámbulo el que abrió el agua del baño o de la cocina? Poco a poco el sonido se hizo más fuerte y tuve la ilusión de una inundación inminente.

Mi cerebro se vio inundado de imágenes de tuberías reventadas y paredes goteando. Esto es lo que me dije mientras escuchaba. ¿Realmente escuché esos ruidos? ¿La gente vivía de noche? El hecho de que el agua fluyera nos permitió tener una prueba de ello, una pequeña prueba de su existencia, que atravesaba furtivamente las paredes. Sin embargo, el apartamento permaneció en silencio.

Inmóvil, con la cabeza apoyada en mi nueva almohada, algo cálido brotaba de mis ojos. En el agua que estaba estancada más allá del techo, justo encima de mí, había visto la silueta de Okamura, su cuerpo mojado yacía inmóvil. Estaba vivo, pero este cuerpo estaba inmóvil como un cadáver. De este cuerpo se escapaban burbujas de líquido lavavajillas que decían: “¡Pobre cabrón!” Las palabras mezcladas con el agua sucia, se estancaron en la oscuridad sin poder ser expulsadas.

La superficie helada del pantano brillaba suavemente en la oscuridad. El sonido del manantial subiendo hasta la terraza era refrescante. El agua fluyó hacia el mar, implacable, abriéndose paso

bajo la tierra. Aquí había agua ajena al hombre. No era agua ligada a la vida cotidiana, era agua que la gravitación arrastraba sobre el terreno en pendiente. Por la noche, el borboteo del manantial me daba la impresión de una risa ligera o de chasquear la lengua para espantar a alguien. También podríamos sentir en estos destellos la gozosa emoción de saltar de la tierra para ir hacia un destino conocido, la alegría de ser libres. Más allá de la risa del agua, por un momento, me pareció escuchar la voz odiosa de Okamura gritando: "¡Basta!" No lo había vuelto a ver desde ese día.

Tarde helada. Orión se movió mucho hacia el oeste.

Regresé a la casa, frotándome las manos y los hombros fríos. Me quedé un rato frente a la estufa sin pensar en nada. ¿Fue porque estaba acurrucado por el frío, una repentina necesidad de beber alcohol se apoderó de mí? Cualquier cosa serviría. Saqué una botella de vino y me serví un vaso del líquido rojo. Inmediatamente, el calor surgió desde lo más profundo de mi cuerpo. Moví mis dedos varias veces, estirándolos, doblándolos, y por primera vez en mucho tiempo me miré las manos dañadas. Este verano, cuando fui a nadar, todavía me parecían jóvenes en la transparencia del agua. En realidad, habían perdido toda su juventud. Seco y rígido.

¿Cuándo llegaría la mañana en que, como Okamura, empezaría a temblar las piernas? A menos que mi discurso pierda fluidez. La vida humana es una estrella fugaz. No conoce un viaje largo y lejano como el agua de manantial. Los días se repiten en un movimiento monótono, y cuando de repente tomamos conciencia de ello, nos encontramos incapaces de avanzar recto sobre una línea en blanco.

Cuando me vino este pensamiento, de mi corazón salieron estas palabras: "¡Debemos actuar rápidamente!", inexplicablemente. Rápido, rápido. De lo contrario, no habrá más tiempo. Sólo una decisión hace avanzar a la gente. Sí, rápido. Todo lo posible.

Los comienzos de la primavera. Las flores del ciruelo y la verónica comienzan a florecer. Las campanas de invierno están floreciendo. Las rosas navideñas están en su apogeo. Colecciono pata de gallo. Planto las flores en macetas, aumento el número de macetas. Agrego fertilizante para plantas perennes. Yo planto patatas.

Usui. Es la época del año en la que la nieve se convierte en lluvia. La temperatura va subiendo poco a poco. Los árboles hinchan sus cogollos. Es necesario agregar fertilizante para que los bulbos emerjan del suelo.

Está lloviendo, sólo un poquito. Parece que esta lluvia se llama "lluvia

suave". Tachibana habló de una lluvia "agridulce"…

Descubrimiento de diminutos capullos en rosales.

Finalmente terminé de comer el arroz machacado que le compré a mi madre el día de Año Nuevo.

Comprar: guantes de goma para jardinería. Masilla para reparar mis botas de goma. Varias semillas.

XV

Marzo.

Pronto será el equinoccio de primavera.

Aquí y allá las laderas de las colinas comenzaron a cubrirse de delicadas manchas de color verde claro.

Estoy ocupado en casa porque quiero tomar un tren temprano en la tarde. Lo reviso todo, asegurándome de que no se me ha olvidado nada mientras empaqueto las cajas que envío por paquetería postal.

Cerré las ventanas del primer piso e informé a la oficina de correos de mi cambio de dirección. También dejé de repartir el periódico. Dentro de dos semanas seguramente pensaré con nostalgia en la sección “Mañana en el calendario antiguo” que seguí durante todo este año, sin olvidarme del “Correo de barcos pesqueros en alta mar”. Vacié la nevera, cogí las latas de comida para el gato, sin olvidar el agua de su cuenco. Cerré el agua y el gas. Mi tarjeta de Seguro Social, mi pasaporte, mi cuenta bancaria ya están en un rincón de mi bolso.

Pasé toda la semana charlando con todos los que me resultaron familiares. Kurata, después de contarme detalladamente todo lo que plantaría en primavera, me entregó un puñado de petasitas que había cortado en un rincón de su huerto, diciéndome: "Entiendes, es demasiado pronto para los brotes de bambú, entonces…” Las cebollas de estos fuki se multiplicaban de año en año, y ahora podía subsistir únicamente con vegetales de su huerto. “Hay más que el año pasado. ¡Al final todo se convertirá en una jungla! " Pareciendo avergonzado, dijo: "Te aconsejo que los comas en tempura, está realmente bueno. Y luego, en el frigorífico, se conservará un rato”.

Tachibana me regaló una bufanda verde pálido, su esposa tenía la misma. Parece que obtuvo el tinte de hojas tiernas de artemisa. Las creencias populares sobre las plantas no vienen del cielo, se

encuentran casi por todas partes en los campos. Una vez me dio alcohol fermentado con biwa. Era eficaz, al parecer, para dolencias estomacales o intestinales, bueno también para la piel, no lo sé.

La casa que Yasuko y Kôtarô restauraron con sus manos estaba bañada por la luz del sol, cuyos rayos pasaban a través de una gran ventana orientada al sur. El césped había crecido y los rosales que habían plantado en otoño estaban echando raíces bien. Todos estos rosales seguramente darían flores de variados colores cuando llegue el verano.

“Voy a estar sin trabajo por un tiempo”, dijo Kôtarô, pero me dijo que iba a tener un puesto en un juku para el nuevo semestre de primavera. El establecimiento es pequeño, regentado por un profesor jubilado, enseñará matemáticas dos veces por semana para empezar con estudiantes de secundaria.

"Sabes, dibujé algo", me dijo Yasuko. En una pared de la sala de estar había un dibujo enmarcado de un hongo. Pensé que era un paraguas rojo que había caído del espacio. “¿No quieres aceptarlo?” Le agradecí cortésmente y le dije que decoraba maravillosamente su sala de estar, sería una pena.

No podía imaginar lo abarrotado que estaba mi estudio en Tokio de cosas, cada una más inusual que la anterior. Un montón de libros amarillentos, montones de documentos que acumulé después de haberlos impreso, cartas que me escribieron amigos ahora desaparecidos, ropa que no tengo el valor de tirar, pañales absorbentes para el gato amontonados en los baños, productos de limpieza adquiridos con antelación. ¿Cómo podría encajar el encantador diseño de una seta con la total falta de armonía de mi interior? Sin mencionar el hecho de que… me mordí el labio, decidiendo no decir nada por ahora.

"¿Cuándo volverás?"

— En junio. Quizás a principios de julio. En cualquier caso, será la época de las luciérnagas”.

Los Kawahara fueron al jardín y cortaron para mí una rama de un melocotonero que estaba empezando a florecer. Dudé, preguntándome cómo iba a ganar. Kawahara, que no habla mucho, dijo: "¿Qué importa si las flores se marchitan?" Sólo necesitan aguantar hoy”.

Junto a su marido, la señora Kawahara añadió: “¿Por qué no te quedas hasta que florezcan los cerezos silvestres?”

Las flores de durazno que habían sido cuidadosamente envueltas en periódico, las até en la canasta del gato, por temor a que se aplastaran

o se rompieran.

“Te llevaré en auto a la estación”, me dijo Kayoko, y mientras esperaba que viniera a recogerme, me fui al bosque de bambú de Kurata, tenía muchas ganas de hacerlo. Los brotes de bambú aún no habían brotado, y cuando caminaba entre los árboles, empezó a soplar un viento fresco, casi frío. Por encima de mí, los tallos de los grandes bambúes que se rozaban sonaban como el galope de un caballo. ¿Un universo vacío? ¿El cosmos? Sí, aquí, sumergido en un vacío inalterable, ¡tenía la impresión de estar fuera del alcance de la muerte!

Hice otro descubrimiento inesperado. El árbol con sus hojas siempre húmedas, que yo creía muerto, ahora mostraba pequeños brotes entre las raíces. Los lugares donde a menudo me había inclinado para cortarlos revelaban pequeños brotes verdes. Dejé escapar un grito de alegría.

En el camino de vuelta crucé el puente Yukio y fui a echar un vistazo al pantano. La proa del barco apuntaba su rostro esculpido hacia el cosmos. Acariciaba la escultura, la palma de mi mano sentía el calor de la madera, el sonido del agua era incesante, a veces atravesado por el canto de un ruiseñor.

Cuando vine aquí para tomar un descanso al azar, los ruiseñores cantaban sin parar. Esta vez es para decir adiós.

Mi estancia duró poco menos de doce meses. Pero tengo la impresión de haber pasado varios años en esta península. ¿Será por el calendario antiguo, que dividía cada mes en dos y formaba un año con veinticuatro estaciones? Viví días felices y de gran dulzura. Apenas trabajaba, comía, dormía, charlaba, caminaba junto al mar, exploraba el bosque.

No se lo he dicho a nadie, pero marzo es mi cumpleaños. En apenas unos días he cambiado diez. El día que crucé la línea tomé una decisión que hasta entonces había dejado ambigua: regresar a Tokio.

Ordena las habitaciones al revés, tira las cosas innecesarias, alquila el apartamento o ponlo a la venta. Elija lo que elija, será un dinero valioso para mi vida aquí. Cuando todo esté arreglado, regresaré a la península con un nuevo ánimo. Sí, de lo contrario será demasiado tarde.

Nanako, ¿estás de acuerdo? Me gustaría encontrar un ritmo diferente al que te hizo vivir tu vida demasiado rápido. Sí, un ritmo menos apresurado que el de Tokio, una velocidad que corresponde a lo que soy, ¿ves?

Puse en su canasta a la gata que había dejado encerrada en casa desde la mañana, el auto de Kayoko llegó justo a tiempo, sin que yo tuviera que estar pendiente de ella. Puse el equipaje en el maletero y me subí al coche, intentando calmar al gato que maullaba frenéticamente. "No te preocupes, volveremos enseguida".

— ¿En junio?

- Sí. Con mi madre, al menos. Por lo demás ya os aviso.

No teníamos nada más que decirnos el uno al otro. Sólo a Kayoko le hablé de mi intención de vender mi estudio para establecerme aquí. Incluso si voy y vengo, esta vez mi vida principal será aquí. Mi ausencia sólo durará unos meses.

"¡Está bien, entonces adiós!"

— ¡Hasta la próxima!

Al mismo tiempo, Kayoko puso en mi mano una olla envuelta en tela.

"¿Qué es esto?"

— ¿Lo has olvidado? ¡Un día prometí darte la mejor miel del mundo!"

Desabroché la tela y un denso líquido marrón tembló levemente a la luz.

"Es miel de castaño. Tenía la intención de dártelo cuando regresaras a Tokio y había guardado algunos. Esta es la favorita de Yôji; sólo puede cosecharla una vez cada cuatro o cinco años. ¡Verás, esto aumentará tu vitalidad!" Y agregó en tono misterioso: "Hablando de vitalidad, Yasuko ya no tiene ataques de asma, incluso tiene la firme intención de tener un hijo. Si todo va bien, el número de habitantes seguirá aumentando".

Ah ¿bien? Bien, bien. Tiene cuarenta y tantos, es una edad en la que todavía hay tiempo para muchas cosas. Ante la idea de que Kôtarô tendría que trabajar como una abeja obrera durante muchos años, no pude contener una sonrisa.

Escuché el zumbido de los enjambres. De nuevo en el tren, no dejó de vibrar. Las abejas del taller de miel ya deben estar recogiendo semillas por toda la península para la floración de la colza. En la colmena, la reina siguió poniendo multitud de huevos. Así la interminable cadena de la vida se repitió eternamente. Kôtarô era también una de esas abejas obreras que zumbaban sin cesar.

Saqué mi computadora del bolso que había colocado frente a mí. Lo encendí y abrí una nueva carpeta. Pensé por un momento y escribí el título "Cerca del árbol que gotea". Tenía la intención de escribir la

historia de la segunda mitad de mi vida. Estaba corriendo contra el árbol.

Mientras miraba distraídamente las letras que brillaban débilmente en la luz, escuché el fragmento de una melodía que había olvidado hacía mucho tiempo. Una voz de mujer, un poco ronca, cantaba: "No iremos más al bosque..” Era una canción de Françoise Hardy que había escuchado innumerables veces en mi juventud. Las palabras pasaron vagamente por mi mente. “Mi juventud se va, ya no iremos al bosque…”

La voz resonó en mi cabeza.

Vamos, admítelo francamente, tu juventud ha terminado. Yo también pensé que ya no iría al bosque. Pero ahora ya no es así. Volveré al bosque. El bosque donde los alisos, cedros, pinos y todos los demás árboles se bañan con la luz de la mañana y el viento del mar. El otoño verá surgir setas de todos los colores. Yasuko caminará con su aire de pintora aficionada, por este bosque que es nuestro y que atraviesan las abejas. En ocasiones, seres desconocidos que emergen del mar avanzarán por este camino cubierto por una capa de hojas podridas sobre la que tenemos la impresión de estar flotando. Este camino también lo tomaré con estos seres desconocidos provenientes del mar que sólo yo puedo ver. Aquel que regresó al bosque sin que nadie lo supiera, todavía vivirá días en los que la alegría de repente iluminará su rostro.

Media hora después de la salida, el tren abandonó las montañas. Una vez más apareció el mar. El mar que reflejaba las alas de los pájaros bajo el brillo deslumbrante del sol. El agua del mar abierto brillaba, azul como nunca antes.

Era el comienzo de la península, donde se abre la irregular ría, que conozco mejor que nadie. La bahía ahuecada y abierta hacia dentro parecía un inmenso útero de color azul pálido.

Cuando dejamos la bahía a la derecha, no era más que una llanura donde se sucedían arrozales y suaves colinas. Muy, muy lejos, estaba la capital donde había pasado mi juventud, me esperaba Tokio, esta ciudad que poco a poco había empezado a envejecer para mí.

En el extremo de una escarpada península, en un paisaje marítimo de verdes arrozales y acantilados de sosegada belleza, lejos de Tokio, una mujer de mediana edad desencantada y abrumada por la gran ciudad emprende el redescubrimiento de sí misma en una apacible soledad.

Humilde y pertinaz observadora, acompañada de su gato, aprenderá durante doce meses la sucesión de las veinticuatro estaciones del año japonés. Como un jardinero que respeta escrupulosamente su almanaque, desbroza y planta su jardín, se deja purificar por el viento, aprende a escuchar las criaturas del mar, hace mermelada de fresas silvestres, escribe haikus a la espera de las luciérnagas del verano y se adentra en el bosque, atenta a las presencias invisibles, observando la danza de la nieve.

Pasan las semanas y, al ritmo de esta narración fulgurante, dos tiempos se contraponen: el de su protagonista, que se encamina hacia la madurez —la vida humana, concluye ella, es una estrella fugaz—, y el de la naturaleza, en la que las resurrecciones se suceden y la vida no cesa de germinar. Su nuevo vínculo con la naturaleza, por tanto, es consuelo y es refugio: en ella, la belleza siempre perdura.

Pero en esta aldea en los confines del mundo, también la amistad y la ayuda mutua entre paisanos cobran todo su valor, como las brazadas de bambú colocadas frente a su puerta por su vecino, el señor Kurata, en época de cosecha o las cálidas visitas al taller de elaboración de miel de su amiga Kayoko.

Con una prosa evocadora y exquisita, Mayumi nos brinda una conmovedora novela sobre un renacimiento que resuena en cada página con descubrimientos inesperados y desborda un sensual amor por la vida.

«Atención: obra maestra». *The Japan Times*

100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

te contamos más en la primera página de este libro